

EL JIBARO

EN LA

LITERATURA DE PUERTO RICO

(COMPARADO CON EL CAMPESINO DE
ESPAÑA E HISPANOAMERICA)

LICENCIATURA

L. HISPANICAS

ANA MARGARITA SILVA
MEXICO -1945

17557

1491



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Introducción

En este ensayo sobre El Jibaro en la Literatura de Puerto Rico, al que hemos dedicado varios años de investigación, perseguimos tres fines especiales:

Recoger y clasificar la producción literaria sobre nuestros campesinos, observando qué aspectos han sido más frecuentados por los escritores, así como la manera peculiar que tienen de enfocarlos.

Demostrar que el jibaro es español por la raza, por su psicología, por el idioma y por sus tradiciones.

Apuntar algunas de las relaciones que existen entre nuestros jibaros y los campesinos de Hispanoamérica y España.

No aspiramos a que este imperfecto trabajo sea una obra definitiva. Por el contrario, admitimos que podemos estar equivocados en muchas de nuestras afirmaciones y que algunos temas, como el del lenguaje, merecen un estudio más completo que el que podemos dedicarle en este trabajo.

Confiamos en que otros estudiantes, simpatizadores del "pálido de nuestras alturas", continúen esta investigación o sientan el deseo de producir nuevas y mejores obras literarias sobre este tema.

CAPITULO I.

ORIGEN DEL VOCABLO JIBARO

El vocablo "jíbaro" que nos es hoy tan familiar tiene un origen dudoso, pues no sabemos con seguridad cuando empezó a usarse, ni por qué lo aplicamos a nuestros campesinos.

I. Aparición del Término.

En las Memorias sobre la Isla de Puerto Rico de Alejandro O'Reilly (1) se habla de pardos y morenos libres. El Padre Abad (2) llama a los habitantes de la isla "criollos", y a los pobres "agregados". Pedro Tomás de Córdova (3) tampoco emplea el nombre "jíbaro".

La cita más antigua que se ha encontrado, está en la obra del abolicionista francés Víctor Schoeler:

"Entre los jíbaros de Puerto Rico se cuentan de 180 a 190 mil individuos apellidados blancos de la tierra." (4).

Es de suponerse que dicho apelativo era ya de uso corriente en la isla, cuando lo repite un escritor extranjero.

(1) O'Reilly, Alejandro: "Memorias de... a S. M. sobre la Isla de Puerto Rico en 1765". B. H. P. R., 1921, vol. 8:108.

(2) Abbad Lasierra, Fray Inigo: "Historia, Geografía, Civil y Natural de San Juan Bautista de Puerto Rico". (Anotada por José Julián Acosta). Imp. Acosta, San Juan, P. R., 1896. (Se publicó en 1768).

(3) Córdova, Pedro Tomás de: "Memorias geográficas, históricas, económicas y estadísticas de la Isla de Puerto Rico". Oficina del Gobierno, P. R., 1831—1836. 6 vols.

(4) Schoeler, Víctor: "Colonias étrangères. (Tomo I, p. 317) París, 1843. (Cita de Salvador Brau, en "Puerto Rico y su Historia", p. 304).

Vidarte publicó sus versos "A una Americana" en Barcelona, en 1844.

"Por un te adoro, mi bien
jibarita el alma diera,
que eres tú más hechicera
que la hermosa Borinquén". (1).

El doctor Alonso, que se ausentó de la isla en 1842, edita su libro "El Gíbaro", en España, siete años más tarde. Vemos, pues, que estos tres últimos autores son los primeros en usar el vocablo, y casi para la misma fecha, lo que nos prueba que los escritores cultos comenzaron a aplicarlo al campesino puertorriqueño a mediados del siglo XIX, y seguramente ya era familiar al idioma popular, antes de esta fecha.

2. Aceptaciones.

No existe la voz jibaro en el vocabulario español, pero en vizaíno encontramos la palabra "gebo", que significa un aldeano joven y fornido, de maneras y formas toscas. Por ésto ha surgido la idea de que jibaro proceda del vocabulario vizaíno:

"Nuestro sabio amigo el Dr. Pedro Múgica, de Berlín, nos llama la atención hacia el parecido de ambos vocablos.... ¿Cuándo empezó la inmigración de sangre vasca en Puerto Rico?... no fué hasta 1815 que vino a admitirse la entrada y asiento en nuestra isla de los extranjeros católicos. Es por esta época, a principios del siglo, cuando empieza a llamarse jibaro al campesino puertorriqueño." (2).

En Argentina se aplica el término a un hombre rústico e inepto; en México, al descendiente de albarazado y calpamula; en Honduras, a un hombre alto y robusto; en Perú, a un baile entre los indios; en Cuba hay unos perros salvajes llamados jibaros y un pequeño cayo de la costa norte denominado Jibara. De aquí dedujo el doctor Coll y Toste que podía haber sido derivado nuestro vocablo. (3) Diferentes tribus indias de varios países de América, son también conocidas por el nombre jibaros:

"Son jibaros o xibaros, que habitaron, y aún existen, en el Perú, Ecuador, Chile, y Colombia. Forman varias tribus, y entre otras se nombran Muratos, Juanibras, Aguarunas y Antipas... Escribiéndose generalmente *Jivaro* se ha dado esa denominación a ciertos indios residentes en selvas y montañas, principalmente entre el Perú y el Ecuador, de los que hizo estudio el profesor Hamy en 1873, y sobre los cuales informó a la Academia de Ciencias de la Habana el Dr. Luis Montané en 1903. Anteriormente en 1741, el Padre Samuel Fritz, publicó un mapa en que se ve el nombre de esa tribu, o familia india." (4).

Parece que estos indios invadieron alguna vez a Puerto Rico y a Santo Domingo, y aunque no dejaron rastro alguno de su paso, es de notarse que en la ve-

(1) Vidarte, Santiago: "A una Americana" en "Album Puertorriqueño". Barcelona, 1844. p. 25.

(2) Malaret, Augusto: "¿Por qué llamamos jibaros a nuestros campesinos?" El Mundo, San Juan, P. R. Enero 23 de 1932.

(3) Coll y Toste, Cayetano: "Prehistoria de Puerto Rico". Imp. El Boletín Mercantil, San Juan, P. R. 1907. p. 262.

(4) Zayas y Alfonso, Alfredo: "Lexicología Antillana". Tip. Molina y Cia., Habana, 1931. Tomo II: 130.

cina antila se le dió el nombre jíbaro a los mestizos, según informa el Padre Muri-
llo. (1)

En Cuba existe la palabra guajiro para denominar al campesino o a las per-
sonas que evaden el trato de las otras por falta de sociabilidad, pero también suele
llamárseles jíbaras:

"Sale a ver la gente,
jíbaro, guajiro". (2)

3. Etimología.

No se ha publicado ninguna investigación seria sobre la etimología de este vo-
cablo. José de J. Domínguez (3) y Cayetano Coll y Toste (4) han presentado
sus teorías, tratando de encontrar un origen indo-antillano o latino para esta pa-
labra. Aunque estos escritores nos merecen el mayor respeto, debemos aceptar que
sus opiniones en este asunto son muy pintorescas y caprichosas, pero en resumen
no prueban nada, pues el término no es exclusivo de las Antillas, ya que hemos
visto cómo es conocido en casi toda la América, con diferentes acepciones.

4. Evolución.

En cuanto a la ortografía de nuestro vocablo, podemos observar que ha varia-
do mucho. Zayas lo presenta con "x" y "v", como ya indicamos; xibaro, jívaro.
En Puerto Rico se usaron al principio la "g" y la "j" indistintamente, pero pronto
prevaleció la "j" tanto en el nombre como en sus derivados.

El significado del apelativo también ofrece una evolución considerable. Sal-
vador Brau nos dice que su significación primitiva era montaraz, aunque después
se ha usado como sinónimo de labriego. (5) Tomó luego un sentido ofensivo,
debido a las causas que expone el Dr. Coll y Toste. (6) Cuando el gobernador
don Juan de la Pezuela implantó en 1850 las libretas de jornaleros, los campesi-
nos agregados en las estancias y sin tierras propias quisieron seguir viviendo en sus
bohíos, ocultos en las serranías, alejados por completo de los centros urbanos, y
con los usos y costumbres de sus antepasados. Entonces se les llamó en tono ofen-
sivo "jíbaros", como si dijeran alzado, insociales, opuestos a vivir en poblaciones.
Con el tiempo, los habitantes de la capital, mirando con desprecio a todos los re-
sidentes en los campos, les lanzaron enfáticamente el injurioso vocablo, y los ofen-
didos, en tono de burla, llamaron a los que residían en la capital, los del "empei-

(1) Malaret, Augusto: "¿Por qué llamamos jíbaros a nuestros campesinos?", (estudio
citado).

(2) Zayas y Alfonso, Alfredo: "Lexicología Antillana". (Obra citada). p. 129.

(3) Jesús Domínguez, José de: "Los jíbaros". (Estudio filológico). En González Font,
José: "Escritos sobre Puerto Rico". 1903. Barcelona. p. 138.

(4) Coll y Toste, Cayetano: "Prehistoria de Puerto Rico". (Obra citada). p. 262.

(5) Brau, Salvador: "Puerto Rico y su Historia". Imp. Arturo Córdova, San Juan, P.
R. 1892. p. 304.

(6) Coll y Toste, Cayetano: "Origen Etnológico del Campesino de Puerto Rico". B. H.
P. R. 1924. Vol. II: 127.

rao", porque San Juan era la única ciudad de la isla cuyas calles estaban empedradas con cantos rodados del río.

La significación de esta palabra sigue evolucionando y hoy es sinónimo de buen puertorriqueño; de ella se sirven los políticos en días de elecciones para atraer a las masas campesinas; y el poeta, en momentos de nostalgia:

"Jíbaro soy, mi bohío
es un nido entre el pomposo
arbolado suntuoso
de un pomarrosal umbrío". (1).

5. *Derivación.*

En realidad es muy difícil asegurar cuál es la procedencia del vocablo jíbaro. Si aún no es familiar en España, sería arriesgado afirmar que es derivado del vizcaíno "gebo", cuando no podemos indicar qué transformaciones ha sufrido para convertirse en jíbaro.

Estudiando las distintas acepciones, observamos que en la mayoría de los casos, están íntimamente relacionadas con los indios. Es sinónimo de guajiro, nombre de procedencia también indígena, y parece más seguro creer que su origen es americano.

Como el vocablo es usado por casi todos los países de América, donde hay tan gran variedad de tribus que hablan distintos dialectos, creemos que sólo un profundo análisis de los elementos que constituyen estas lenguas y de la interpretación que hicieron de ellas los colonizadores españoles, podría arrojar alguna luz sobre la procedencia exacta del término que estudiamos.

Esperamos que futuras investigaciones aclararán este punto, que es de verdadero interés para los puertorriqueños.

(1) Alegría, José S.: "Jíbaro". La Estrella, San Juan, P. R., 8 de abril de 1933.

CAPITULO II

ETNOLOGIA

CAPITULO II.
ETNOLOGIA.

1. *Principales Teorías.*

Sobre la etnología del campesino puertorriqueño, se han sostenido dos tesis principales: una afirma que el jíbaro es el producto del cruzamiento de tres razas, la blanca, la india y la negra. La otra sostiene que el verdadero jíbaro es de pura sangre hispana.

Salvador Brau, Francisco del Valle Atilés, Agustín Navarrete y la mayoría de los autores extranjeros que no conocen bien nuestros campos, se inclinan hacia la mezcla de razas, mientras que Cayetano Coll y Toste, Angel Paniagua y Oller, Manuel Fernández Juncos, José Julián Acosta y varios escritores españoles, insisten en encontrar en nuestros campesinos los caracteres distintivos de la raza española. Veamos algunas de estas opiniones.

2. *Mezcla de Razas.*

Brau quiere demostrar que la fusión de las tres razas contribuyó en proporción igual a la constitución de la existencia social de nuestro pueblo, pues aunque las razas europeas eran más cultas, los otros elementos se equilibraron por la fuerza numérica, porque el número de indios y africanos fué por muchos años mayor al de los europeos. . (1).

El Dr. del Valle Atilés opina que la raza negra ha actuado más poderosamente que la india en las condiciones morales del campesino. (2).

Navarrete, por el contrario, cree que las razas pobladoras concurren en proporciones distintas, lo que dió lugar a la gran variedad de mezclas y sub-mezclas que hoy tenemos. Aunque el elemento indígena fué superior en los primeros años de la colonización, pronto disminuyó a causa de los trabajos rudos, de la guerra,

(1) Brau, Salvador: "Clases Jornaleras de Puerto Rico". Imp. El Boletín Mercantil, San Juan, P. R. 1888. p. 3.

(2) Valle Atilés, Francisco; del: "El Campesino Puertorriqueño", en Revista Puertorriqueña, 1888. Tomo II, p. 629—734.

de la emigración y de las epidemias. El español se mantuvo aislado, y más tarde cuando se prohibió la trata de negros y continuaron las inmigraciones europeas, aumentó considerablemente la población blanca, que desde entonces predomina. La raza indígena parece haberse extinguido totalmente, pues sólo encontramos algunos ejemplares de mestizos con muchas características de los indios, en el barrio Indiera de Guayanilla. (1).

El Dr. Arnau acepta la mezcla de razas, y analizando los factores étnicos que componen nuestro elemento blanco, recuerda las inmigraciones de distintas naciones europeas, así como de Santo Domingo y Venezuela. Muchos de ellos se establecieron en las plantaciones de café y en las haciendas azucareras y podemos encontrar sus descendientes entre nuestros campesinos, aunque no lleven el apellido de sus progenitores. (2). Los novelas "Ernesto" de González García y "En el Fondo del Aljibe" de Degetau, están inspiradas en los infortunios de estos hijos de extranjeros.

I. Pura Sangre Española.

El Dr. Coll y Toste presenta gran variedad de argumentos para defender su tesis, y dice al efecto:

"De todos los pueblos de la América Hispana, el campesino de tierra adentro de Puerto Rico, el hijo de la montaña, es el descendiente más genuino español de la Madre Patria en este hemisferio. En los demás pueblos del continente americano, y hasta en los mismos de Cuba y Santo Domingo, ha pasado sobre ellos el huracán de la guerra, llevándose entre sus despojos el idioma del Siglo XVI, y lo mejor de la raza. En las serranías puertorriqueñas, todo está incólume.... Según las leyes de la Antropología, una nueva generación comprende el espacio de treinta años, que se considera como la duración media de cada generación en la raza humana.... Siguiendo las leyes antropológicas del mestizaje, a las diez generaciones, contando, pues, de 1509 a 1779, no quedaron más vestigios de sangre indígena. Sin embargo, las reales contenciones, consideraban al hijo del mestizo e india, como blanco, aunque el orgullo europeo los tachaba todavía de mestizos. Eran blancos, con la gota de sangre india que en dos generaciones más, o sea en 1839, desapareció por completo. Así pues, el campesino de las sierras de Puerto Rico es castellano puro, por la ley eugénica de Broca. (3)

Los escritores españoles Ciro Bayo y José María Salaverría (4) encuentran que el parecido entre los campesinos de la América Hispana se debe a la herencia de la raza colonizadora. Del "Viaje Romanesco" de Bayo, tomamos el párrafo siguiente:

"El gaucho argentino, el huaso chileno, el cholo peruano, el llanero de Venezuela, y Colombia, el lépero mexicano, el guajiro cubano, y el jíbaro portorriqueño, asombran por su

(1) Navarrete, Agustín: "Orígenes de la Población de Puerto Rico" (I y II) en "Conferencias Dominicales de la Biblioteca Insular", Bur. Sup. Prtg., San Juan, P. R., 1913, p. 30 y 97.

(2) Ruiz Arnau, Ramón: "Desarrollo Etnico Social del Pueblo Puertorriqueño", en "El Cuarto Centenario de la Colonización Cristiana de Puerto Rico", Imp. Boletín Mercantil, San Juan, P. R. 1908, p. 99--105.

(3) Coll y Toste, Cayetano: "Origen Etnológico del Campesino Puertorriqueño", B. H. P. R., 1924, Vol. II: 127.

(4) Salaverría, José María: "El Poema de la Pampa", Editorial Calleja, Madrid. 1918, p. 18, 29.

prosopopeya, por su intuición artística, orgánica y espiritual. Los rasgos faciales, el temperamento de la raza hispana persisten a través de los siglos y de las mezclas étnicas". (1)

4. *Conclusión.*

Antes de tratar la solución del problema que nos ocupa, queremos hacer algunas aclaraciones pertinentes al tema. La masa campesina de nuestro pueblo, no vive solamente en la montaña, como en los siglos anteriores. Debemos tener presente que el último censo arrojó un balance de cerca de ochenta por ciento, a favor de nuestra población rural. Si damos un paseo por las distintas regiones de la isla, notaremos que los elementos raciales tratan de agruparse, debido al clima o a las diferentes ocupaciones en que se emplean. Así observamos que en las centrales azucareras predominan los negros; en la costa y los barrios próximos a los centros urbanos, se propaga mejor el mestizaje. Pero el habitante de la sierra continúa siendo blanco, con todas las características de aquellos antiguos hidalgos españoles que se vieron obligados a labrar la tierra, a convivir con el negro y el mestizo, manteniéndose, no obstante, refractorio, a las uniones desiguales. Ellos son los que conservan la psicología y las costumbres de aquellos primeros campesinos que se refugiaron en la montaña, y recibieron el nombre de jíbaros.

Por una observación directa y actual de nuestra realidad, creemos que el Dr. Coll y Toste tiene razón en sus afirmaciones y daremos preferencia a este grupo de la población al referirnos a los "jíbaros" en este trabajo.

No es nuestro propósito, sin embargo, negar el mestizaje que dió origen al pueblo puertorriqueño, y así diremos con el poeta:

"En nuestra selva, el español moreno
tomó a la india, virgen altanera,
de lacia y reluciente cabellera,
y de redondo y bronceado seno.

El jíbaro nació del maridaje
de una raza cruel y otra salvaje,
y pasión heredó, coraje y brío." (2).

(1) Bayo, Ciro: "Viaje Romanesco". (Cita del Dr. Coll y Toste, en B. H. P. R., Vol. IX: 149.

(2) Ribera Chevremont, Evaristo: "El Jíbaro". El Mundo, San Juan P. R. 12 de marzo de 1932.

CAPITULO III
EL IDIOMA DEL JIBARO

CAPITULO III.

EL IDIOMA DEL JIBARO.

En el idioma de nuestro jibaro, como en el del campesino de toda la América hispana, encontramos tres elementos principales: arcaísmos, voces de otros idiomas y palabras inventadas por él.

La supervivencia de voces arcaicas es también común en el español popular de la península. Por esta razón coinciden, quizás, el alemán Pajeken (1) y Navarro Tomás (2), al encontrar parecido entre el lenguaje de nuestro campesino y el habla popular de España.

Con respecto a la semejanza del idioma del campesino hispanoamericano con el de distintas regiones españolas, existen diferentes opiniones. El colombiano Rufino José Cuervo (3) decía que debemos considerar a Castilla como centro de unidad para el español de América. Daniel Mendoza (4) observa marcados rasgos andaluces en el hablar del llanero venezolano. Manuel Fernández Juncos (5) hace igual afirmación refiriéndose al jibaro de Puerto Rico. Pedro Henríquez Ureña (6) opina que el andalucismo que se nota en algunas regiones de América, puede estimarse como un desarrollo paralelo, más bien que como una influencia, pues recorriendo las listas de los colonizadores que vinieron durante los primeros cincuenta años, encontramos que los andaluces y los extremeños fueron los menos.

(1) Pajeken: "Grammatik der span." 1868. p. 60. (Cita de Augusto Malaret en "El Idioma del Jibaro". El Mundo, San Juan, P. R. 31 de enero de 1932.

(2) Navarro Tomás, Tomás: "Lingüística Puertorriqueña" en Índice, San Juan, P. R. 13 de enero de 1930.

(3) Cuervo, Rufino José: "Apuntaciones Críticas sobre el Lenguaje Bogotano y referencias a otros países de Hispano América. París, 1914. Prólogo de la Cuarta Edición, p. 3.

(4) Mendoza, Daniel: "El Llanero". Editorial América, Madrid. 1846. p. 41.

(5) Fernández Juncos, Manuel: "Varias Coras". Tip. de Bellas Letras, San Juan, P. R. 1884. p. 92.

(6) Henríquez Ureña, Pedro: "Observaciones sobre el Español en América". Revista de Filología 1921, p. 25 (Madrid).

1. Fonética.

Sobre la entonación y articulación no se ha publicado todavía ningún estudio serio en Puerto Rico. El doctor del Valle Atilés (1) opinaba que la poca intensidad del jíbaro al enunciar las palabras se debía al empobrecimiento orgánico. Creemos que tenía razón, porque la salud mental y la física gobiernan en cierto modo los órganos de la articulación y fonación.

El jíbaro no habla siempre con naturalidad cuando se encuentra con una persona a quien él considera superior. Contesta con monosílabos, repite lo mismo que se le dice y titubea al expresarse. Trata de reforzar la "s" final, colocándola muchas veces equivocadamente, y vacila al pronunciar muchas palabras. Esta timidez y afectación se debe, quizás, a la influencia de la escuela rural que trata de corregir sus defectos, o tal vez a su actitud defensiva, ya que a veces se han burlado de su manera de hablar. Conviene indicar que esta es una situación especial del jíbaro, y que fuera de este momento, habla siempre con naturalidad.

Principales Incorrecciones:

- 1.—Cambios acentuales: ahi, cáida, tráido.
- 2.—Cambios de vocales ante nasales: ampollar (empollar), antonces (entonces), ingüento (ungüento), centura, (cintura). No se puede afirmar que la nasal tenga influencia alguna, pues lo mismo sucede con aspirar (esperar).
- 3.—Asimilación de vocales; debeleda (debilidad), Avaristo (Evaristo).
- 4.—Cambios de u por o; o por u; eu por u; e, por e: mociélago (murciélago), almuada (almohada), Ugenio (Eugenio), ergullosa (orgullosa), Joaquín (Joaquín). Hartzzenbuch afirmaba que muchos de estos errores eran corrientes en España. (1).
- 5.—Equivalencia acústica: b por g; g por b; f por h aspirada: agüela (abuela), abuja (aguja), fuerza (fuerza), dijunto (difunto).
- 6.—Desaparición de la d inicial, final e intervocálica: ebajo (debajo), beldá (verdad), mojado (mojado), etc.
- 7.—cambio de la ll o la n en ñ: ñamar (llamar), ñema (llema), ñublao (nublado).
- 8.—La b, c, g, p como finales de sílabas se cambian por l o no se pronuncian. (Recordaremos que en el español clásico los grupos de consonantes se suprimen o debilitan): alsuelto (absuelto), alsión (acción), aseltal (aceptar), indino (indigno).
- 9.—El seseo y el yeísmo son fenómenos generales en la América hispana: corason (corazón), estraño (extraño), sepiyo (cepillo), cabayo (caballo).

(1) Valle Atilés, Francisco del: "El Campesino Puertorriqueño". (Obra citada) p. 693.

(2) Hartzzenbusch, Juan Eugenio: Carta a José Rufino Cuervo, en "Apuntaciones, etc.". (Obra citada). Prólogo, p. XXV.

10.—El vulgarismo más frecuente relativo a la s, consiste en transformar este sonido en una simple aspiración sorda cuando es final de sílaba y en eliminarlo cuando figura en posición final ante pausa: suhpiro (suspiro), loh toro (los toros). (1).

11.—Sustitución de la r por l, (no es propiamente una l, sino una variante intermedia): tolpe (torpe), comel (comer), venil (venir). (2).

12.—Es común la erre velar, pronunciada en el fondo de la boca como la francesa. (3).

13.—Vocalización y pérdida de la r intervocálica: mía (mira), pa (para). (4).

14.—Disimilación: pae, pai. (padre).

15.—Vocalización de la d intervocálica: to (todo).

16.—Diptongación de vocales concurrentes: golpiar (golpear).

17.—En algunos campesinos que han vivido en la ciudad algún tiempo o han asistido a la escuela rural, se notan ciertos casos de ultra corrección: arro (jarro), ugo (jugo).

2. *Lexicología.*

Arcaísmos:

Augusto Malaret ha preparado una larga e interesante lista de los arcaísmos más frecuentes en el idioma del jibaro, de la que tomamos algunos ejemplos: (5).

"Agora: pertenece a los períodos anteclásico y clásico. Muy usado en el Romancero y en Mío Cid.

Ahujero: Es de uso extenso, como ahujear. En la Gramática arábico-española de Cañes (Madrid) 1775, se citan las grafías ahuja, ahujero, y otras.

Alabancia: Gonzalo de Berceo, padre de la poesía castellana (1200), usó el vocablo alabanza por elogio. En Andalucía y Murcia es corriente alabancia por jactancia.

Amañarse: Es voz de Cervantes. "No me amaño a dejarle por mis disparates que haga". (Quijote, parte II, cap. XIII).

Cucar: En Rebusco, del P. Mier, se aprueba el uso clásico de esta voz con el significado de provocar. Al cuco no cuques, y al ladrón no hurtes, dice un viejo refrán español.

Cuchilla: Con la acepción de "cima de una montaña", se halla varias veces en Bernardo del Obispo Valbuena. Juan de Castellano la cita mucho en sus elegías.

Dende: Fué palabra correcta hasta el primer tercio del siglo XVI. En 1492 le escribían los Reyes Católicos a Colón: "que vos podades dende en adelante llamar e intitular don Cristóbal Colón".

(1) Navarro Tomás, Tomás: "Ortología Española" (Compendio) Imp. de Lib. y Casa Edit. Hernando. 1928. p. 75.

(2) Navarro Tomás, Tomás: Obra citada. p. 88.

(3) Navarro Tomás, Tomás: Obra citada. p. 92.

(4) Navarro Tomás, Tomás: Obra citada. p. 90.

(5) Malaret, Augusto: "El Idioma del Jibaro". (Citado).

Voces de otros Idiomas y Dialectos:

Los conquistadores tuvieron que conservar los nombres indígenas para los animales, plantas y objetos que ellos no conocían. Muchas de estas palabras que aparecen en el vocabulario indo-antillano, y otras que han sido importadas de distintas regiones de América, son usadas por nuestros campesinos: batey, bohío, jataca, petate (del mexicano petlatl), etc. (1).

Al llegar los esclavos africanos es de suponerse que algunas de las palabras de los dialectos que ellos hablaban se asimilaron al lenguaje de los nativos, pero no tenemos noticias de que se haya hecho algún estudio de esta índole. Cuervo (2) menciona la voz "cachimbo o cachimba", como derivada de algún dialecto africano.

De los inmigrantes de habla francesa e inglesa, aprendieron los campesinos algunas palabras, que asimilaron a su vocabulario: Musiu (Monsieur), mavi (marvic), (3) ran-con-tan (argent comptant), sitó (stop), buldó (bull dog), mone (money), dolete (dólar).

Hay además, en el léxico del jibaro, gran número de americanismos de uso corriente en otras regiones: arepa, chorote, cobija, jicara, papaya, ñapa, etc.

Palabras y frases inventadas: El jibaro ha demostrado su ingenio inventando una larga serie de palabras y modismos aislados o en combinación con otras voces, que han recogido los escritores en sus obras regionales. Para algunos de ellos, se puede encontrar alguna base psicológica; pero en la mayoría de los casos es imposible trazar su origen. No siempre inventan los vocablos, a veces usan palabras conocidas, pero dan una nueva significación a la frase. Es curioso oírlos explicar los síntomas de una enfermedad, pues no es fácil entenderlos.

Partes del cuerpo: Cascos de la cabeza (cráneo); la cueva de los ojos (órbita); palo de la nariz (hueso nasal); maslote del pescuezo (vértebras del cuello), encuentros (hombros); redaños o reaños (los intestinos); ñus del espinazo (espina dorsal); corvas, batata (partes de la pierna); paletas (homóplatos), etc.

Enfermedades: petiflor (tifus); á fragancia (asma); runa (reumatismo); tos brava (tos ferina); jinchera (anemia); esvanecimiento (mareo); subimiento (congestión); sarapia (sarampión); nacsensia (tumor); picao del pecho (tuberculoso); saltareo (movimiento del estómago); esosinio (intranquilidad); repletera (gases en el abdomen); corrimiento (dolor en todo el cuerpo); embuchao (indigestado), etc.

Meses del año: Son mejor conocidos por el nombre de alguna fiesta religiosa: los Reyes (enero); la Candelaria (febrero); San José (marzo); la Semana Santa (abril); la fiesta de Cruz (mayo); San Juan (junio); Santiago, Santa Ana o la Virgen del Carmen (julio); Santa Rosa (agosto); la Monserrate o las Mercedes (septiembre); San Rafael (octubre); los Muertos (noviembre); Noche Buena (diciembre).

(1) Coll y Toste, Cayetano: "Prehistoria de Puerto Rico". (Citada). p. 195.

(2) Cuervo, Rufino José: "Apuntaciones, etc.". (Citada). p. 670.

(3) Fernández Juncos, Manuel: Prólogo a "Provincialismos de Puerto Rico", por Augusto Malaret. Imp. Castro Fernández, San Juan, P. R., 1917.

Estaciones: (1) la calor (verano); la cogida de café (otoño); el frío (invierno); las flores o la cuaresma (primavera).

Otras palabras y frases: Ajila (siga adelante); arrancao (sin dinero); boche (regaño); caña u hoja de lechuga (billete de banco); conejo (conozco); dita (vasija de "higuera"); esmonguillao (mareado); embuchado (tener algo en la mente que no se quiere decir); eslembao (perplejo); jendío (borracho); jinquetazo (bofetada); mancolnia (camarada); picao (un poco embriagado). A veces repiten las palabras si no están seguros del significado de una de ellas: muerto-defunto; fiebre-calentura.

Se ha observado que hay dos dialectos en Puerto Rico, pues los nombres de los objetos varía mucho, y las terminaciones del diminutivo son distintas.

Ciertos objetos reciben una variedad de nombres: al "hibiscus" le llaman pavona, candelaria, lira, campana, coqueta, araña, cayera, adelaída, pistiliana, candela, flor jibara. (1).

Una misma palabra se pronuncia de diferentes modos en distintas regiones de la isla: ñudo, ñu, nuo, nu (nudo).

3. *Morfología.*

Las modificaciones del lenguaje afectan más fácilmente a la pronunciación que a la morfología o a la sintaxis. Por esta razón no hemos encontrado gran número de incorrecciones relacionadas con las partes de la oración, para lo que será seguramente necesario una investigación más intensa que la presentada en este capítulo:

1. Irregularidades verbales: habianos (habiamos); semos (somos); haiga (haya); andé (anduve); juiga (huya); quedrá (querrá); tiés (tienes); éranos (éramos); etc.

2. Ciertas formas verbales, como los pretéritos y futuros del subjuntivo, son casi desconocidos.

3. En los adjetivos comparativos y superlativos se observan incorrecciones como: más mejor, buenísima, agrisima, tan malísimo, etc.

4. Desconocen los pronombres vosotros, vos, os. No es frecuente el uso de cuyo, quienes, quienquiera, cualesquiera.

5. Hay un gran número de palabras deformadas: dimpués (después); en-devina (adivina); suidá (ciudad); probe (pobre); denguno (ninguno); demontre o diante (demonio); miaja (migaja); inderción (inyección); escasitú (escasez); valse (vals); desboronar (desmoronar); escabuyarse (escabullirse); rejendija (rendija); enamoriscarse (enamorarse), enjuagar (enjuagar); puallí (por allí), etc.

6. Formación de diminutivos: en cuantito, luegoito, enseguiita, agorita, (ahora), chirriquitito (chiquito); delgaítito (delgadito).

(1) Navaro Tomás, Tomás: "Lingüística Puertorriqueña". (Obra citada).

Algunos vocablos han cambiado su forma, por analogía o asociación, pues al oír las palabras nuevas tratan de darles la pronunciación de otras ya sabidas.

A través de la literatura regional encontraremos muchas palabras deformadas, que son exageraciones de los autores, y no descuidos del jibaro.

4. *Sintaxis.*

El habla del campesino resulta a veces pobre y monótona debido a su escaso vocabulario. Ya hemos hablado de los arcaísmos y neologismos; apuntaremos algunos otros vicios de dicción como solecismos y cacofonía:

A la capital hace más calor que en el campo.

Te se cayó el sombrero.

Hubieron muchas trullas en los Reyes.

Hacen muchos días que estoy enfermo.

Me se olvidó lo que le dije.

Hay que pensar en el porvenir, que nadie sabe lo que nos espera y hay que estar preparado para lo que venga.

Allá mismo es que está.

Modismos y refranes: Muchas de estas frases que apuntamos se encuentran en las novelas regionales de Hispanoamérica y no podemos afirmar que hayan sido todas inventadas por nuestros campesinos:

Al cantío de un gallo (muy cerca); a lo suco sumuco (a hurtadillas); a troch y moche (por todos lados); en la inopia (sin dinero); esbanarse los sesos (pensar profundamente); ese gallo está privao (imposibilidad de hablar); ese güevo quiere sal (desear algo); estar pímpe (bien comido); jiede a rico (hacer alarde de riqueza); quedarse espetao (sin movimiento); salir a espeta perros (a toda prisa); ser como la hoja del yagrumo (cambiar de opinión); cógenme esa puerca por el rabo (cuando se oye algo que no se entiende); ca mochuelo con su olivo (bien acompañado); detrás de la cruz el diablo (no fiarse de los hipócritas); el que nace barrigón manque lo fajen (equivale a "Aunque la mona se vista de seda"); de golpe (de súbito); me tapo (cuando se oye alguna mentira); puái me las den toas (no me preocupa); novesitita (persona joven); más vieja que el frío (mucho edad), etc.

Las fechas y la edad son expresadas por medio de los terremotos, huracanes, epidemias o algún otro suceso de importancia:

"No siñó. Es porque es revejito. Yo soy el que sé la cuenta. Asucue. Este pa la tormenta antoavía no había chillao. Este pa el derrumbe tenía... tenía... siñó, tenía... espere... tenía... tenía... Sí, sí, cuatro meses entrao en tres... igo en cinco... Sí, sí, es dici en cinco, casi llegando a los seis". (1).

Con los refranes expresa el jibaro su filosofía. A veces, imitando a Sancho Panza, los dice todos al mismo tiempo:

(1) Agüero, Joaquín: "El tío Jimbá". Imp. Rofles, Barcelona, 1925. p. 15.

"Pero es bueno que ustedes sepan que por el mismo consiguiente, él cual se ha dicho que to hombre es espejo de otro hombre, y que por el contenido de la persona en to caso y en otra circunstancia... y por la razón mesma, no debe hacerse mal a nadie, lo que ustedes han venio a practicar en este barrio, no está en la ley de Dios". (1).

Formas de Tratamiento:

Las formas de tratamiento varían en distintas regiones de América. México, las Antillas y la mayor parte del Perú, son regiones de "tuteo", mientras que en Argentina, en Costa Rica y en otros países es muy corriente el "vos". Casi todas las clases cultas y populares emplean "ustedes" como único plural de tú, vos y usted. El jíbaro usa "usted" para los padres, hermanos mayores y personas de importancia.

El campesino de Hispanoamérica ha derivado formas especiales de señor y señora, que aplica a las personas de alguna edad o a los descendientes de esclavos; "ña", "ñor", y "ñora", que aparecen en "Sotileza" de Pereda, son los tratamientos dados generalmente a los negros viejos, que recuerdan la esclavitud. "Seña", "seño", "siña", "siño", elevan un poco más la condición social. (2). En Puerto Rico se usan para los ancianos blancos y para los negros. En nuestros campos también se emplea "eño", "eña".

El don se le da únicamente a personas de respeto o de distinción; con frecuencia, el jíbaro llama a sus superiores "el don", "la doña", "la doñita".

En Cuba, después de la abolición de los esclavos en 1878, los negros empezaron a rechazar como depresivo el tratamiento de "ño", "ñor" o "seño", y a sustituirlo por don. Entonces los señores se negaron a usar el don, al extremo que hasta los presidentes son llamados por su nombre o apellido: José Manuel Menocal. En Puerto Rico el don ha descendido hasta las clases pobres; no ha sucedido así en Santo Domingo, pero allí han desaparecido muchas de las formas de tratamiento usadas antes de la abolición. (3).

El campesino puertorriqueño tiene algunas otras palabras que utiliza como formas de tratamiento: Al hermano o hermana mayor se les dice: "mano", "mana", "Ma" es una abreviatura de estas formas, que también sirve para designar a las personas muy ancianas. Los esclavos decían a sus dueños: "amo", "amita". Los sirvientes llaman a los hijos de familia: "Niño", "Niña". A los artesanos en general les llaman "Maestro". "Cuñao", "ahijao", "padrino", son muy corrientes. "Compadre", "compay", "comae", etc., son formas preferidas a todas las demás cuando quieren expresar íntima amistad. Los que tienen el mismo nombre se llaman uno al otro: "Tocayo", "Tocaya". A veces usan dos tratamientos juntos: "Mi tío ño Gil", "mi comae doña Pepa".

5. Conclusión.

La mayor parte de los cambios en fonética, morfología y sintaxis que hemos observado se deben al contacto con lenguas indígenas, al grado de incultura y al

(1) González García, Matías: "A Caza de un Curandero". Puerto Rico Ilustrado, San Juan, P. R. Septiembre 6 de 1930.

(2) Alonso Amado: "Problemas de Dialectología Hispanoamericana". Buenos Aires. 1930. p. 110.

(3) Alonso Amado: "Problemas de Dialectología, etc. (Obra citada), p. 118.

aislamiento en que siempre ha vivido el campesino de América. Henríquez Ureña (1) cree que el clima influye en estas diferencias fonéticas, pues él ha observado que en las tierras frías se pronuncian las consonantes con gran precisión y minuciosidad, mientras que en las regiones calientes las consonantes se debilitan y las finales tienden a desaparecer.

Analizando los puntos de mayor interés en el lenguaje del jíbaro, encontramos que sus variaciones son comunes a los del campesino de Hispanoamérica y muy semejantes a los del habla popular de España. Se ha modificado la significación de algunas palabras, ha variado el valor fonético de ciertas letras, se han incorporado vocablos nuevos, las metáforas y sinécdoques han creado nuevas acepciones y la entonación ha adquirido otros matices. Todo ha contribuido a enriquecer el idioma y no a cambiarlo.

(1) Henríquez Ureña, Pedro: Observaciones sobre el Español en América. (Artículo citado).

CAPITULO IV

ESTADO SOCIAL

La población rural de Puerto Rico está compuesta de propietarios y trabajadores asalariados. Aunque generalmente damos a todos el nombre de jibaros, nos referimos únicamente a los obreros en este estudio del estado social.

Siendo éste un país agrícola, el núcleo campesino es, fuera de toda duda, el factor más importante en el desenvolvimiento de nuestra vida económica, política y social.

1. *Condiciones de Vida.*

Nuestra masa campesina consiste de dos grandes grupos: el del interior, que vive en la sierra y el de la zona costera. Ambos quedaban relativamente lejos de las instituciones de servicio higiénico, de beneficencia y de acción policíaca. No pudiendo participar del progreso de las ciudades, es natural que sus condiciones de vida fuesen inferiores a las de la clase proletaria domiciliada en los centros urbanos.

La jornada de labor era inhumana. Durante diez o doce horas de rudo trabajo muscular continuado, no había más descanso que los minutos precisos para tomar algunos bocados de muy pobre alimento. El salario que recibían era insuficiente para su manutención. (1)

La mujer no gozaba de mejor suerte. Ojerosas y macilentas se veían con frecuencia obligadas a abandonar su hogar y compartir con su esposo y sus pequeños hijos las rudas faenas de la labranza.

Mientras los poetas idealizan la vida del campesino, los sociólogos y algunos novelistas protestan con energía del estado social en que se desenvuelve el obrero agrícola:

"¿Era aquello un conjunto social? ¿Estaban aquellas clases reguladas por las leyes generales de la moral, de la justicia y del deber? ¿Las gentes que veía agrupadas en las estribaciones del monte eran seres humanos o jirones de vida lanzadas al acaso? ¿Eran gentes, eran muchedumbres eran cuerpos rodando o almas muriendo?..."

(1) Zúñiga, Francisco M. "El Obrero Agrícola de los Campos" Imp. La Correspondencia de Puerto Rico, San Juan, P. R. 1927, p. 27.

Se daba cuenta exacta de la situación que aquellas clases ocupaban en la colonia. Las veía descender por línea recta de mezclas étnicas cuyo producto nacía contaminado de morbosa debilidad, de una debilidad invencible, de una debilidad que, apoderándose de la especie la había dejado exangüe las arterias, sin fluido nervioso el cerebro, sin vigor el brazo, arrojándola como masa orgánica imposible para la plasmación de la vida, en el plano inclinado de la miseria y de la muerte.

¡Hermosos campos, brillantes flores, soberbia fauna! ¿Y qué? Hollando tantos primores con el pie descalzo de un anémico incapaz de reacciones energéticas e imposibilitado por falta de fuerzas vitales para ponderar lo que la Naturaleza, con tanta opulencia y generosidad creara". (1)

El poeta nos presenta aquí un bellísimo cuadro de vida ideal, que sin duda constituye el supremo anhelo de todo campesino, y es muy pocas veces logrado:

"Al pie de la colina, vera del río,
cobijado de yaguas, haré un bohío
que, con tus veinte abriles encantadores,
valdrá más que un palacio de los mejores.

.....
Cuando el pitirre entone su sonatina,
es que el sol va asomando por la colina,
y yo, tras tí, del lecho saltaré ansioso
y cantaré la gloria del sol hermoso.
Tú descuelgas los cocos que hay en el seto,
haces lumbre, y preparas el café prieto.
Yo, cogiendo el machete bajo del brazo,
me echo encima el capote, prendo el jumaso,
y pasito a pasito, llevo a la estaca,
donde, por saludarme, muge la vaca.

.....
Echo después mis pasos hacia el conuco,
reventando de dicha, libre de hastío,
y tú por leña marchas al seboruco,
o con el calabazo, por agua al río.
Y cuando de regreso, tu carne moza,
llena con sus donaires, la pobre choza,
en lo que yo a la tierra doy mis sudores,
y al viento la cantata de mis amores,
tu mano de madona mi ajuar remienda,
o hace el plato sencillo de la merienda.

.....
Pagado ya el tributo que exige el día,
rezamos a la santa Virgen María,
y sin las inquietudes del poderoso,
nos vamos enseguida tras el reposo.

.....
Cuando con sus jolgorios brille diciembre,
y de tabaco, toda mi vega siembre,
al pollo más castado, mi camagüey,
jugaré lo que valga mi mejor buey.
Ganaré lo que juegue, porque su pata
hierre, punza, golpea, destroza y mata;
y te traeré del pueblo ricas madejas:
un par de ahuecadores para el cabello,
zarcillos que se luzcan en tus orejas,
y cuentas muy brillantes para tu cuello. (2)

(1) Zeno Gandía, M.: "La Charca". Lib. y Ed. Campos. San Juan, P. R. 1930. p. 24

(2) Dávila, Virgilio: "Arroz Criollo" en "Arcanas del Terruño", Imp. Morimo, Bayamón, P. R. 1911, p. 24

2. La Familia.

Entre nuestros campesinos existen estrechos vínculos de solaridad en el trabajo, en la amistad, en el goce de sus placeres. Si observamos los habitantes de un barrio, encontramos que están unidos íntimamente por los lazos de parentesco o compadrazgo, lo que expresa claramente su sentimiento colectivo. Para un compadre, nada hay reservado, puede gozar de la casa y bienes de su amigo, como cosa propia.

La familia campesina no está siempre legalmente constituida, pero cumple perfectamente sus funciones sociales. Es verdad que el concubinato llegó a ser la forma habitual del matrimonio, debido a las dificultades que ofrecía el casamiento canónico, el único aceptado antes de la dominación norteamericana. (1) También contribuyó a ello la oposición de los dueños de esclavos a la legitimidad de los matrimonios, porque era un obstáculo para la venta de siervos.

En algunos casos, los campesinos creen que son más felices en el concubinato, porque así pueden conseguir más docilidad de la mujer, o mayor fidelidad por parte del hombre; pero éstas son raras excepciones. La familia trata de constituirse legal y moralmente desde que se instituyó el matrimonio civil gratuito y los ministros de las distintas religiones facilitaron la ceremonia religiosa. El concubinato no ha sido nunca un vicio en ninguna región de América; es más bien negligencia o falta de medios y no mala intención. (2)

El hijo ilegítimo ingresa en el grupo social como si fuese legítimo. La mezcla de razas no afecta en nada la estimación social, ni se da tampoco importancia a las uniones entre parientes cercanos, a pesar de que la ley y la iglesia lo prohíben. Hay unión en la familia y los extranjeros se admiran con frecuencia de la paz que reina en el hogar campesino. (3) El problema presentado en la novela "La Charca", podrá ser tomado de la vida real, pero debemos admitir que no es un caso corriente.

La costumbre de robar a la novia tiene algo de romántico y constituye una de las más grandes tragedias de la familia campesina. El tema ha inspirado dos de nuestras mejores novelas regionales: "Yuyo" y "Carmela".

Se ha interpretado este hábito como un sacrificio que el jibaro exige a su novia, pues a veces el rapto tiene lugar la víspera de la boda:

"¡La prueba e sacrificio! Pero, porque te ensije lo que to campesino ensije de su novia, vas a ofenderte de ese modo? No me dijste que te dijera como probarne tu cañño? Pues ya te lo he dicho. Nos vamos de aquí y nos casamos ensegua y asunto termina. Vorveremos unios por Dios a esta casa o a cualquiera otra". (4)

Es interesante observar que el novio no da importancia a este asunto, como

(1) Meléndez Muñoz, Miguel: "Estado Social del Campesino Puertorriqueño". Imp. Cantero Fernández, San Juan, P. R. 1916, p. 55.

(2) Parra de la, Teresa: "Memorias de Mamá Blanca". Ed. Le Livre, Paris. 1929, p. 188.

(3) Fleague, Fred K.: "Social Problems in Porto Rico". D. C. Heath & Co., New York, 1917, p. 34.

(4) Huyké, Juan B.: "El Batey". Neg. Mat. Imp. San Juan, P. R. 1926, p. 39.

nos lo describe el poema de Lloréns titulado "Señor Juez"; y aquel mismo hombre convertido luego en padre, cuida a su hija como el más encumbrado señor, muriendo quizás de dolor y vergüenza al descubrir su deshonra:

"Señor Juez, no me condene
ni me miente más aquello,
ni me jable más de ello,
ni manosee más al nene.
Tó dende un principio tiene
derecho a su derecha
Con el cura o sin el cura,
lo que ocurrió no es ná malo,
fué que se goteó del palo
la guanábana maúra". (1)

A veces, la mujer declara en favor de su novio, a fin de que no se le castigue, y así ella misma hace imposible el matrimonio:

"Él nunca me jablo de ese día que usted dice, ni me dijo que me juera con él. Yo me fui porque no quería vivir más en casa, porque no me gustaba allí.

El pobre viejo andaba despacio, con gran trabajo, como si el peso de la declaración de su hija gravitara con toda su ingratitud sobre su espalda encorvada a fuerza de inclinarse sobre la tierra para fecundarla con su sudor." (2)

La fuga se efectúa casi siempre durante los bailes o fiestas nocturnas; y tanto el gaucho, como el llanero, el guajiro o el indio, se sirven de su buen potro que lleva a la feliz pareja con la velocidad del viento.

Las uniones naturales son a veces muy estables, y piensan los campesinos con frecuencia que el matrimonio es quizás la causa del divorcio:

"¡La gente er pueblo! Mucha formalidá al principio. Mucho cumplir con lo que manda la ley! Después de casaos ya es otra cosa. Muchas informalidades que terminan con divorcios.

¡La gente er campo! Verdá es que al principio hay al informalidá de la prueba e sacrificio, pero después semos buenos, el esposo pa la esposa, y así pa toa la vía". (3)

El campesino no ve con agrado los amoríos de sus hijas con el patrón o los adinerados, aunque sea beneficioso para la familia. Prefiere verla bien casada con un jibaro trabajador y honrado:

"Hija de mi corazón... es necesario que olvides a Cristóbal... Tú eres pobre y él es rico... En fin, que yo quiero que se acabe tó... porque nosotros manque no semos ricos tenemos disnidá... y por otro lao, no hay razón pa recibir despresos..." (4)

3. La Política.

El sufragio universal fué establecido en la isla de un modo efectivo en 1897. Anteriormente el campesino no podía tomar parte en las contiendas electorales. Después del cambio de soberanía, volvió a ser restringido en las elecciones de 1902, pero se reimplantó definitivamente en la siguiente elección.

- (1) Lloréns Torres, Luis: "Señor Juez". (He usado una copia manuscrita del poema.)
(2) Meléndez Muñoz, Miguel: "Yuyo". Imp. El Boletín Mercantil. San Juan, P. R. 1913. p. 153, 162.
(3) Huyke, Juan B.: "El Batey" (Obra citada) p. 39.
(4) González García, Matías: "Carmela". Ed. Puerto Rico Ilustrado. San Juan, P. R. 1925. p. II.

El campesino ingresó en los partidos políticos sin previa preparación cívica ni cultural. Por medio de las asambleas políticas o del periódico, que oía leer en los ventorrillos del barrio, se fué familiarizando con el concepto abstracto del patriotismo, con el objetivo de las luchas comiciales, y con los jefes políticos. Su inteligencia no podía alcanzar nada más y era natural que siguiese el credo del patrón o cacique del barrio, quien compraba su voto, o le inducía a afiliarse a su partido por gratitud o por fuerza. Este fué el principio del caciquismo político, que no puede considerarse como un defecto de nuestra cultura, pues en todas las sociedades humanas ha habido siempre encanzadores de las muchedumbres.

Además, la creación del "semi-dió" político es algo innato en todo Hispanoamérica porque tenemos la herencia caciquesca de España que, unida a la de los aborígenes, ha producido la adoración de los "pseudo-superhombres", tanto en la jerarquía intelectual como en la moral y política.

En algunos casos, el jibaro se deja convencer, y después vota por el partido de su agrado. El sabe que tratan de engañarlo y saca provecho de las elecciones:

"Los engaños e nojotros son peores aún. La gente va a pedir cuartos en toas partes... Los laboristas ofrecen pal porvenir... A mí me están dando ganas de darle mi voto, por lo del reparto e tierras... El chiquito tié que defenderse de cualquier mó." (1)

El odio de los campesinos a la gente rica es el resultado del socialismo mal predicado y peor entendido, pues el jibaro no puede asimilar las ideas abstractas prometedoras de futuras reparaciones. El agitador huelguista les ha hecho comprender con más o menos razón, que el hacendado es un explotador que les roba y aniquila y los pobres ignorantes ven en el que así les habla, a un redentor que les promete un próximo mejoramiento material. (2)

Es triste confesar que nuestro campesino no tiene aún orientación alguna en el sendero de la vida. Lo mismo en religión que en política, sólo ve el aspecto positivo, y tiene fe en aqué que les promete más:

"Es digno de meditación el hecho de que mientras nuestros campesinos actúan con cierta inconsciencia en la política del país, y no se han enterado todavía del socialismo empírico". (3)

"Es preciso que este montón de ilotas levante la cabeza y vea detrás de esa bóveda azul la felicidad suprema de otra vida... Porque aquí no se cree en nada, aquí no se espera nada. Esta gente vive muriendo, acabándose poco a poco de placer, como la piel de zapa de Balzac..." (4)

4. Causas del Malestar Social.

Planteados ya los principales problemas que afectan el estado social del campesino, hagamos un resumen de las causas que lo motivan:

Por más de tres siglos nuestros campos estuvieron en el más completo descui-

(1) Huyke, Juan B.: "El Batey". (Obra citada) p. 27.

(2) Zeno, Francisco M.: "El Obrero Agrícola en los Campos". (Obra citada) p. 87.

(3) Meléndez Muñoz, Miguel: "Lecturas Puertorriqueñas". Tip. Real Hermanos, San Juan, P. R. 1919 p. 52

(4) Zeno Gasfía, Manuel: "La Charra". (Obra citada) p. 50

do. Las escuelas rurales no se creían necesarias; resultaba mejor tener la población ignorante para que no se sublevara. No se pensaba en carreteras, los caminos vecinales eran suficientes para que los caballos transportasen los productos al mercado próximo. (1)

Los patronos, que sólo pensaban en llenar sus arcas, fomentaron en un principio el aumento de la prole para multiplicar el número de manos obreras, y después disminuían los salarios, alargando también las jornadas de labor. La salud física y espiritual del campesino no merecía la consideración de las clases directoras; un pesimismo malsano llenaba el ambiente:

"Pensando en tales asuntos era pesimista... Recorría la historia de la colonia; determinaba las causas iniciales; analizaba los paralelismos del estado político, del estado social, del estado económico..." (2)

El abandono de las plantaciones de café, que constituía la mayor riqueza de la zona rural; las enfermedades; la pobreza de la nutrición; las bebidas alcohólicas; los juegos de azar en las pulperías, donde el astuto se queda con el mísero jornal del campesino; la falta de educación doméstica de la jibara; la poca higiene y la ignorancia de ideales de progreso, completan el cuadro en que aparece el habitante de nuestras campiñas como un ser infeliz.

Las causas de este malestar social han sido bien interpretadas por sociólogos, novelistas y poetas:

"Es Bonifacio a quien apodan Facio
sus compadres y amigos de la jalda,
el dueño del bohío;
vive con su mujer y sus tres hijos,
muy pequeños aún, llenos de plagas.
Sin dinero y con hambre, ¿quién resiste
de la anemia y la fiebre la asechanza?

Nadie sabe leer en la familia,
viven de la labranza;
los explota el patrono, y el pulpero
los explota también y no les fia
la semana que Facio no trabaja.

El médico del pueblo,
jamás dignóse visitar su "casa." (3)

"Avanzo y divisó una masa breve y fina, cuadrada en su base y terminada en cúspide: un bohío. Es la casucha indígena, el refugio de la raza que extinguieron los hombres blancos. Eso le quedó al jibaro, al hijo de la altiva india y el férreo español; eso le quedó para ocultar su dolor y su miseria. En el pobre nido de paja, él tiene el calor de querer y soñar... El pobre nido es su único patrimonio. La avaricia también eso le arrebató. Desaparece el pobre nido que le sirve para querer y soñar y para tocar el tiple, consolándose de la falta de pan y lumbre. Le quitan la tierra, le destruyen el bohío que formó, como un pájaro, en el llano o en el monte. Desamparado, sin comida ni abrigo, va errante con el cortejo encienque de su prole...

(1) Brau, Salvador: "Clases Jornaleras de Puerto Rico". (Obra citada) p. 67.

(2) Zeno Gandía, Manuel: "La Charea", (Obra citada) p. 25.

(3) Gabriel Gandía, L. "Del Natural", La Semana, San Juan, P. R. Septiembre 16 de 1927.

El bohío que está frente a mí es de espuma de mar, de neblina... ¡Qué plata la del bohío! ¡Es una plata que llora! ¡El bohío es un precioso vaso lleno de sangre, sombra y lágrimas! ¡Es el cáliz que levanta el jibaro, en la misa del destino, espantoso como la muerte!" (1)

Taló, labró, molió, cumplió faena
más allá del deber, dió aliento y vida,
sólo por él fué la heredad nutrida
y el arca del señor de oro fué llena.

En tierra que era suya y fué perdida
su labor fué angustiosa, tuda, plena,
el hambre le mató, también la pena,
¡mucho el amo perdió con su partida!

"En un feo ataúd de tosca hechura
llevaronle a la humilde sepultura,
el amor le siguió, tres sombras fieles:

La amarilla mujer, el pardo hijo,
un perro enfermo, gris, sucio, canijo,
¡y, después, una cruz y unos claveles!" (2)

5. Medios de Progreso.

Nuestros literatos y hombres públicos bien compenetrados de las causas que impiden el mejoramiento del obrero agrícola, han presentado soluciones al problema, en sus novelas, cuentos, ensayos y artículos. Infinidad de ideas y proyectos han sido sometidos a la legislatura, muchos de los cuales fueron aprobados y puestos en práctica con resultados altamente satisfactorios. Nos limitaremos a hacer un resumen de la ideología principal, en la literatura publicada sobre este tema:

Mejorar la educación en todos sus aspectos, fomentando las escuelas de agricultura e industrias. Construir aldeas para bajar al campesino de la sierra. Formar asociaciones cooperativas para la venta de sus productos. Aumentar el salario y disminuir las horas de labor. Restituir las tierras o subdividir la propiedad. Proporcionar centros de honesto recreo y saludable esparcimiento. Mejorar los caminos vecinales. Establecer industrias para los que no encuentran trabajo en las plantaciones. Limitar la natalidad y exigir la responsabilidad de los padres para los hijos ilegítimos.

Los educadores y muchos hombres de ciencia creen que el problema es de orden espiritual y sólo la educación y la cultura pueden remediarlo:

"A veces pensaba en el alma... era que el dormido espíritu no agitaba a las gentes. Era cultura, mucha cultura, lo que faltaba: mover el manubrio de la ciencia, derramar semillas de la inteligencia; levantar sobre eriales de ignorancia templos de saber. ¡Escuelas... escuelas! Entonces pensaba que el problema era exclusivamente psicológico, y considerándolo a través de ese prisma, removía en la imaginación leyes y procedimientos con los cuales pudiera levantarse la infortunada plebe." (3)

Personalmente creemos que la escuela rural moderna está solucionando todos los problemas del campesino, como nos dice una revista cubana:

(1) Ribera Chevremont, Evaristo: "La Noche y el Bohío". Puerto Rico Ilustrado, San Juan, P. R. Marzo 10 de 1932.

(2) Ribera Chevremont, Evaristo: "La Muerte del Jibaro". El Mundo San Juan, P. R. Marzo 12 de 1932.

(3) Zeno González Manuel. "La Chacra" (Obras sueltas) p. 28

"El jibaro que equivale a nuestro guajiro, es objeto fundamental de evolución, especialmente en las actuales horas de crisis de trabajo. Pero la gente nueva se ha enfrentado con este asunto de manera hábil, y está realizando el más intenso esfuerzo para borrar la antigua personalidad tímida e ignorante del jibaro, y convertirlo, aunque sea en sus nuevas generaciones, en un tipo moderno de agricultor, capaz de obtener la mayor eficiencia de su esfuerzo.

Para ello ha organizado la enseñanza especial para los hijos del campesino, de manera que en todo proceso de esta enseñanza obligatoria, exista una unidad de propósito: preparar al campesino para que siga siendo precisamente campesino, para que tenga el orgullo y la justificación de serlo, y no para que sienta la necesidad de marchar a la ciudad en busca de ambiente..." (1)

(1) Editorial de la Revista Orbe. Habana, Cuba, Año II. No. IV.

CAPITULO V

PSICOLOGIA

Hemos ya aceptado que el elemento étnico fundamental del grupo social que habita nuestras sierras es el de la raza blanca, continuación de la unidad europea, que fué desplazando gradualmente a los pocos indios y mestizos refugiados en la montaña. Algunos escritores tratan de encontrar, en el puertorriqueño, características de las razas africanas e indígenas que contribuyeron a poblar la isla en los primeros años de la colonización. Estamos de acuerdo con los que han observado las semejanzas que existen entre la psicología del jibaro y la del campesino meridional:

"del indio quedó la indolencia, la taciturnidad, el desinterés y los hospitalarios sentimientos; el africano le trajo su resistencia, su vigorosa sensibilidad, la superstición y el fatalismo; el español le vinculó su gravedad caballeresca, su altivez característica, sus gustos festivos, su austera devoción, la constancia en la adversidad y el amor a la patria y a la independencia." (1)

"En sus hábitos y costumbres conserva aún bastante semejanza con los habitantes meridionales de la Península, de quienes desciende más directamente por haber sido ellos los primeros habitantes de nuestros campos. Carece de la viveza corporal y del carácter expansivo y bullicioso del campesino andaluz, pero conserva su agudeza de entendimiento, su imaginación viva, fantástica, y algún tanto inclinada a lo maravilloso." (2)

1. Características generales.

Tiene el jibaro rasgos propios que lo distinguen del campesino español e hispanoamericano. La mayoría de sus vicios y defectos pueden atribuirse a su ignorancia y al estado social en que se desenvuelve; pero sus virtudes son ejemplares, y hacen de él un ser simpático, sano y bueno como el pan. No es alegre como el andaluz, ni trabajador y económico como el isleño de Canarias; pero tampoco tiene la tristeza hosca y sombría del llanero venezolano, ni posee la fuerza, altivez y energía que caracteriza al gaucho argentino.

A pesar de vivir en el aislamiento de su bohío, posee hábitos naturales de sociabilidad. Las familias se ayudan mutuamente en sus faenas domésticas, tie-

(1) Brau, Salvador: "Clases Jornaleras". (Obra citada) p. 3.

(2) Fernández Juncos, Manuel: "Varias Cosas". Imp. Bellas Letras. San Juan, P. R. 1884. p. 92.

nen sus fiestas religiosas y sociales; vienen juntas a la población, para asistir al templo, y el mismo credo político o religioso caracteriza al conglomerado de cada barrio. Observa hábitos de especial cortesanía, que notamos al verlos saludar afable o respetuosamente a todo aquél con quien se cruza en el camino; cuando se dobla hasta quedarse en cuclillas al pasar por entre algún grupo de personas de rango, o al obsequir con cuanto tiene al huésped que llega a su puerta:

"Yo soy el jibarito que desprecia la caña,
que desprecia el orgullo, la maldad, la ambición,
y en el gris seboruco, yo tengo mi cabaña,
que me libra del agua, que me libra del sol.

Si entrás en mi bohío, ya cantarán los changos,
y tendrás una dita repleta de malangos,
de ñames y yautías, con un mojo de añi.

Yo os ofrezco una china, yo os ofrezco un mamey,
que todo lo que tengo, yo lo quiero ofrendar,
porque soy muy benigno, pue' yo tengo una ley,
la de amar a mi prójimo y darle de mi pan" (1)

2. Sentimientos humanitarios.

La hospitalidad y el desprendimiento llevados hasta la imprevisión, son deberes sagrados para nuestro jibaro. En este particular llega hasta lo sublime. No tiene nada suyo, cuando se trata de ejercer la caridad. En su humilde bohío se hallará siempre la cordialidad más amplia, aún cuando sea un desconocido el que llame a su puerta:

"Tiempo canicular. Sol enervante,
enrarecido el éter. Mediodía.
El hambre, hiena horrible, me mordía,
y me extenuaba el ambular constante.

Iba yo por la altura, bien distante
de fonda, de posada y hostería,
perdido en la montaña, sin un guía,
¿qué será del menguado caminante?

Una choza descubro. Pronto llego
a la mísera choza. Es de un labriego
que para merendar, tiene un banano.

Al pie del labriego, así le digo,
con apagada voz: ¡Tengo hambre, hermano!
Y aquél banano lo partió conmigo". (2). 4"

El huérfano y la viuda son recogidos por el vecino que no cuenta con espacio suficiente en su bohío para acomodar sus hijos, ni gana lo necesario para el sustento de su propia familia.

Cuando muere un compañero, los jibaros abandonan su labor para ir al velorio y al entierro, sin importarles el mal tiempo o la distancia. Si la familia no puede pagar los gastos del funeral, lo hace el que esté más desempeñado o contribuyen todos los vecinos.

(1) Jiménez, Francisco P.: "Ofrenda del Jibaro". Puerto Rico. Ilustrado, San Juan, P. R. Abril 21 de 1920.

(2) Dávila, Virgilio: "Corazón Criollo" en "Aromas del Terruño". (Obra citada) p. 21.

La calumnia o la murmuración no son frecuentes en nuestros campos. Las mayores faltas son perdonadas, y al culpable se ve con simpatía, procurando si es posible, ocultarlo a la justicia. Por eso, se hace difícil buscar al que es perseguido por algún crimen. Nadie sabe de él, ni lo ha visto nunca. Todos muestran un mutismo y una indiferencia absoluta sobre el asunto.

3. *Condiciones Morales.*

Aunque el jíbaro es por naturaleza honrado y respetuoso, no tiene grandes escrúpulos de conciencia, ni una idea clara del valor de ciertos actos, como el respeto a la propiedad ajena, tratándose de cosas de poco valor. Le repugna el robo, pero se apodera con facilidad de un ave de corral, del fruto de la plantación ajena, o cambia la empalizada de la pequeña finca de su vecino. Se olvida devolver el dinero que ha tomado a préstamo, y no siente siempre la obligación de pagar las compras que ha hecho a crédito.

Para vengarse de una ofensa, suele mutilar algún animal de su enemigo, o destruye sus siembras; pero generalmente es inofensivo, y se siente más obligado a perdonar que a tomar venganza.

La embriaguez y los juegos de azar están considerados como pasatiempos y no como inmoralidades.

El jíbaro presta sus servicios con buena voluntad, pero no siempre cumple con lo convenido, ni pone especial cuidado en los objetos o animales confiados a su custodia. En realidad, no es un ser responsable, y no se puede depender completamente de su palabra.

La costumbre de mentir, atribuida a herencia andaluza, ha llegado a ser un verdadero vicio en nuestros campos; casi podemos decir que nadie se toma la molestia de declarar la verdad, y hasta se atribuye cierta gracia al mentiroso:

"Me acuerdo una vez que estaba en el cojollo de una palmera e yagua de más de veinte y cinco varas de largo. Hacía un ventarrón que la palma se simbreaba como si fuera un bambú. Vino una racha y tuve que agarrame con pies y manos, soltando las trabas que se escurrieron... ¿Qué hice? Corté con mi daga dos pencas, coloqué cada una debajo del brazo, y cuando arreció una racha, me tiré a volar. Siete cuerdas me llevó en volanda la ventolera". (1)

El jíbaro no siente, como el mestizo mexicano, indiferencia por la muerte. Al contrario, ama la vida, y tiene resignación para soportar todas las miserias que encuentra cada día. Es verdad que no atiende a sus necesidades corporales como es debido, porque es ignorante y carece de medios; pero no hay en él una tendencia contraria a la salvación de la vida, pues trata de curar sus enfermedades y no se registra entre ellos mayor número de suicidios que en los demás grupos sociales.

Es valiente, cuando se trata de la defensa propia, de la de algún amigo, o de su nacionalidad. Tiene bríos para rechazar los ataques injustificados, pero se muestra prudente contra los agresores si son preferidos de la fortuna o protegidos

(2) Morales Cabrera, Pablo: "El Deshoje" en "Cuentos Populares". Tip. El Progreso. Bayamón, P. R. 1914. p. 9.

por la justicia. Frente a otro campesino, o estando seguro de la protección de la ley, procede con valentía y resolución. Por esta razón, hay frecuentes combates singulares y privados, a los que dan a veces forma caballeresca, designando con anticipación la hora y el sitio, aceptando luego el resultado con integridad de carácter.

Temer a la autoridad civil y obedecer a la eclesiástica, en lo posible. La sumisión que muestra a sus superiores y patronos, no es servilismo, es debido a su complejo de inferioridad. Su fatalismo no tiene explicación adecuada; no es la pasividad de las grandes masas de hombres ni la resignación ante el destino, que tienen los pueblos de origen asiático.

Quizás se deba al ambiente de feudalismo, a la esclavitud del trabajo en que ha vivido siempre, a su constitución enfermiza y débil y a las visitas frecuentes de huracanes, que todo lo destruyen. Ante la adversidad del destino, se dice con resignación: "¡Qué vamos a hacer! El pobre tiene que conformarse con lo que venga, no podemos pelear con Dios". A veces muestra un pesimismo irónico, amargo:

"Y aquí sierro la trompa
quedando muo,
lo mismo que la chiva
de nuestro escúo.

Así conviene;
caye el jibaro probe,
jable el que tiene". (1)

"El honol es un tesoro
del que lo sabe gualdal.
Lo he visto cambial pol oro,
eso no se ha de admiral!" (2)

En el amor, el jibaro es tímido para declararse, como veremos en la costumbre del "amor y las estacas"; luego es apasionado y celoso. Busca la novia en la comunidad, y es incapaz de seducir a una mujer de categoría superior, aunque a veces se enamora plátonicamente de la hija del patrono. Apenas conoce el incesto. No abandona con frecuencia a la madre de sus hijos, aunque cometa infidelidades fuera del hogar.

La mujer es más ardiente que el hombre; también más fiel y sumisa. Se entrega por completo, al enamorarse, como vemos en las novelas "Carmela" y "Yuyo", siendo a veces cruel con aquéllos que le dieron el ser:

"El Juez volvió a repetir la pregunta: --Confiesa usted sin temor alguno: su huida a la casa de Cristóbal, obedeció a los malos tratamientos de sus padres?"

--Sí... (respondió Carmela.)

El viejo Pablo pegó un salto, como si en aquel instante una centella acabara de caer a sus pies...; pero todo ésto duró lo que dura un segundo, su lengua desatóse de pronto, y

(1) Alonso Pacheco, Campio: "Siguirillas" en "Antología Puertorriqueña", San Juan, P. R. 1907. (Por P. Angelis) Tomo II: 62.

(2) Valle Atilés, Francisco del: "El Campesino Puertorriqueño". (Obra citada) Tomo II: 698.

su alma, indignada por aquel agravio, se desbordó en un torrente de frases, de gestos, de lágrimas, de desesperación. (1)

La mujer soltera es, sin duda alguna, el ser más feliz del bohío. Sin más ideales que comer, dormir y pensar en el futuro novio, su vida se desliza alegremente, compartiendo las faenas del hogar, y haciendo recordar a su cansado padre, los días de su juventud pasada, y los peligros que corre la hija, si no encuentra un mozo bueno que la lleve pronto al altar. Generalmente, el jibaro es receloso con su patrón, y trata de ocultarle sus hijas:

"Agora, muchachas, que estamos tos reuníos, una cosa: mucho cuidado en paticular tú, Yuyo, y tú, Lojo, que las jorras ya saben de su poquito de mundo. Los jombres esos, ya lo digo, son respetibles y folmales, pero son jombres, y los jombres son el diantre pa las mujeres". (2)

La ignorante jibarita cae con frecuencia en la red que le tiende su primer enamorado, y desde entonces termina su felicidad. Si no es engañada, va pronto a ser la dueña del nuevo bohío, la madre infeliz que trabaja durante todas las horas del día y carece de tiempo para acariar a sus pequeños hijos:

"La casa es humilde,
de paja es el techo,
situada entre palmas
de un campo desierto.

La habita una joven de harapos vestida,
que fué la zagala de aquellos senderos,
por donde lucía su fresca hermosura,
su gracia y su cuerpo.

Su vida campestre
pasó como un sueño:
lavando en el río,
siguiendo a las vacas en su pastoreo;
buscando afanosa por los batatales,
con un cuchillito de punta de acero,
la vianda escondida
que guarda el subsuelo.

Abría temprano
los párpados róseos,
que todas las noches velaban su sueño.

Salía descalza, y echando en dos ditas
maíz de los sacos que guarda el granero,
bajaba al batey,
cuando las gallinas caían de un vuelo,
del árbol frondoso donde guarecidas,
entre hojas y ramas en grupos durmieron.

Ataba la Pinta de un rústico estante:
soltaba el becerro,
para darle principio al apoyo.

(1) González García, M.: "Carmela". (Obra citada) p. 89.
(2) Meléndez, Muñoz, M.: "Yuyo". (Obra citada) p. 49.

y después de un tenaz cubaceo
del ternero en la ubre, ella misma
hacia el ordeño.

A la hora de placida siesta,
pasaba en la hamaca sac ratos de sueño,
tendida al descuido, como una odalisca,
con cierto abandono del alma y del cuerpo.

Después... por la angosta vereda del río,
paseaba de tarde con un compañero...
vestida con blusa rosada,
con falda sencilla de corto revuelo,
y llevando, con cinats y flores,
prendido el cabello.

Fué madre de un niño, nacido entre lágrimas,
gemidos y duelo,
que tuvo por cuna
los brazos materno,
tristeza y olvido,
velaron su sueño.

Y así fueron la madre y el hijo,
luchando y sufriendo,
ella en pleno vigor de la vida,
más, falta de aliento,
para el rudo afanar del trabajo;
y el niño creciendo,
como un lirio mustio que nace
de un abismo en el hondo misterio..." (1).

En las coplas y cantares, demuestra el jíbaro la intensidad de su pasión amorosa:

"El amor es un gusano
que por los ojos se mete,
y en yegando al corazón,
no hay raspa que se sujete."

"Si doblasen las campanas,
no preguntes quien murió;
ausente de tí, mi vía,
¿quién pue ser si no yo?"

"El Domingo te ví en misa,
lunes te mandé un recao,
el martes te enamoré,
y el miércoles nos casamos."

Los hijos son sumisos y obedientes con sus padres, más apegados a la madre, a quien siempre conocen, pues toda jíbara cría a sus hijos. Desde pequeños empiezan a ayudar en las faenas domésticas, y los varones acompañan al padre a la

(1) Cestero, Ferdinand: "Drama Pastoral". Puerto Rico Ilustrado. San Juan, P. R. Septiembre 9 de 1931.

plantación o al mercado, cuando apenas tienen seis años. Nadie los ha mimado nunca, y reciben fuertes castigos, antes de tener conciencia de sus actos. Los que tienen la fortuna de encontrar un sitio en la escuela rural, se sienten felices, demostrando mucha aplicación al estudio y gran afecto a sus profesores. La novela "La Maestra de Jácana", nos pinta un bello cuadro de la escuela rural en la montaña. El hijo del jíbaro no guarda gratos recuerdos de la infancia que nunca conoció:

¡Cuán honda tristeza,
que intenso martirio
la vida doliente de los niños tristes,
de los pobres niños
que nunca gozaron
parias del bohío,
en su rústico albergue de papa,
ni amor, ni alegría, ni lumbre, ni abrigo!

Los tres Reyes Magos
de la dulce infancia, los dulces amigos,
no saben que existe, vestida de harapos,
la prole marchita de los desvalidos,
que pueblan la patria,
que viven su vida de anemia y de frío.

Sin pan ni juguetes,
los pobres chiquillo
parecen ya viejos,
cansados, vencidos". (1)

—“Leandra! ¡Leandra!... Sube, Pequeñín está hambriento... Sube, sube...”

En la ribera, en cuclillas sobre una piedra, lisa y plana, Leandra lavaba afanosa...

—¿Qué quieres? —Preguntó a un tiempo con el ademán y con los labios.

La otra insistía: Pequeñín el último hijo de Leandra, de bruces en el suelo de la casucha, lloraba hambriento...

—Entrenténlo, mujer; aún me queda faena...

—Tienes que subir... Le he metido un dedo en la boca, y en vez de chupar, muere de... ¡Anda, sube pronto!" (2)

Los padres cuidan imperfectamente de sus hijos y no se creen obligados a darles instrucción en ninguna forma, como no sea enseñarlos a trabajar para que puedan ayudarlos, lo único que ellos aprendieron de los que cuidaron su infancia.

La mujer, cuando es madre, es fiel al padre de sus hijos, se muestra muy celosa, y castiga a la que trata de turbar la paz de su hogar, pegándole fuertemente o cortándole el cabello. Es débil con sus hijos, y cuando desee ser verdaderamente tierna y cariñosa, su amor tiene algo de instintivo:

"La infeliz criatura sin poder nutrirse de los pechos de la que le diera el ser, flácidos por la clorosis, gime y jadea..."

(1) Cuevas Zequeira, Rafael: "Balada de los Niños Tristes", "Los Quijotes". San Juan, P. R. Enero 2 de 1926.

(2) Zeno Gandía, M.: "La Charca". (Obra citada) p. 5.

No hay recursos con que llamar al médico y adquirir medicinas. Marta, la pobre madre, sólo cuenta con una tala, en que más frutos abunda la raenuda hierba y las plantas salvajes. Apenas puede contribuir la tala a soportar las gabelas, que la ley, muchas veces injusta, impone hasta a los mendigos.

Queda una vaca, la India, que, reflejando la penuria de la tierra, muestra la ubre reseca, flácida, sin jugo lácteo. Parece que la vaca y el suelo tienen, como la criatura, fiebre también...

Para todos los niños envían los Magos sus más ricos juguetes, a cambio, esta vez, quizás del hijo de Marta reclamado por los cielos...

Pidiendo agua, con que apagar la sed... llega el vendedor al bohío... En la misma estera, donde la fiebre asesina a Toñín, el vendedor coloca dos grandes fardos, uno repleto de juguetes...

De pronto, se animan los ojos de Toñín, que alarga las flacuchas manecillas hacia uno de los juguetes. Es un caballo grande, con cola larga...

Marta, jadeante, llega a la casa de don Roque prestamista de la urbe para venderle la India.

Marta, fortalecida por la amorosa realidad y trastornada por el júbilo, separa los guñapos que cubren sus senos, y, sobre una dita, deja caer la escasa leche que en sus pechos guardaba para Toñín...

Marta, enloquecida por el júbilo, producido por la mejoría de Toñín, acerca la leche a la becerra, que dando un tirón a la sogá que la esclaviza, arroja el blanco líquido al suelo ()

4. . HABITOS.

Se acusa al jíbaro de ser arisco, suspicaz, desconfiado, receloso, a veces pendenciero, reservado, y tímido en extremo. Por eso dejan que una persona a quien consideran "leída", conteste por ellos, y todos dicen "amén" a las afirmaciones. El Dr. Coll y Toste (2) opina que esta característica de "arisco", la heredan al nacer, ya que la jíbara generalmente es raptada, con gran susto por parte de los novios. Creemos que tienen razón los que afirman que esta tendencia hurafña, la propensión esquiva que hace difícil la acción moralizadora del gobierno, tuvo su origen en la dirección administrativa que solamente se ocupaba del campesino para registrarle la libreta de jornales, para cobrarle contribuciones o imponerle multas. La novela "La Primera Cría" fué inspirada por uno de estos atropellos del gobierno insular.

El hecho de que resuelva sus asuntos personales con el machete, no indica que tenga un carácter pendenciero, es más bien un gesto de altivez innata, demostrando que prefiere morir antes de ser cobarde o quizás sea debido a la poca confianza que tiene de la justicia, ya que ellos creen que "el pobre siempre sale mal."

Muestra recelo y desconfianza a los charlatanes de la ciudad, porque comprende que casi siempre se trata de una burla más o menos sana:

"Llegó un jíbaro a San Juan,
y unos cuantos putiyanquis
le atacaron en el parque.

(1) Blanco Fernández, Antonio: "Alma Puertorriqueña" en "Florilegio de Cuentos Puertorriqueños" por Carlos N. Carreras, Ed. Puerto Rico Ilustrado, San Juan, P. R. 1924, p. 12.
(2) Coll y Toste, C.: "Por qué el jíbaro es Arisco" en B.H.P.R. 1924, Vol. II, 159.

queriéndole conquistar,
Le hablaron del tío Sam,
de Wilson, de Mr. Foot,
de New York, de Sandyhook,
de la libertad, del voto,
del dólar, del Habeas Corpus...
y el jibaro dijo: Nju". (1)

En la práctica, ha probado tener grandes virtudes cívicas, como lo demuestra en los sucesos políticos, no obstaculizando jamás con gritos revolucionarios, huelgas o protestas poco razonables.

Suele ponderarse, en la conversación, y se atribuye antiguas y fabulosas hazañas, manifestando un carácter pendenciero y agresivo, del que realmente carece. Hace alardes fanfarrones del sentimiento patrio y del amor:

"De que le bale al inglés
el ponel tantas trincheras,
si sabe que Puerto Rico
tiene lanchas cañoneras." (2)

"Soy de las jembras ey gayo
soy de los mosos terroy,
más guapo que ey tigre soy,
y más terrible que un rayo.
Ay que miro de soslayo,
temblando está una semana,
y en el mundo no hay fulana,
que resista si le pablo.
Soy el mesmísimo diablo,
manque no soy de la Bana". (3)

Los que frecuentan los mercados de la ciudad, suelen ser astutos, ladinos, socarrones y hasta jaquetones, porque como ellos dicen: "el peje grande se come al chiquito, y hay que defenderse". Comparándolo con el campesino andaluz, nos dice don Salvador Brau:

"...la malicia truhanesca del chalán que encarece las cualidades del borrico en una feria, recuerda la socarronería astuta del jibaro que propone cambiar pelo a pelo la yegua infecunda o el jamelgo de escondidos defectos, por el potro que apenas conoce el freno, pero que promete largos servicios por su robusta compleción". (4)

Es el jibaro aficionado al canto, a la música, al juego, a los galanteos y al baile. Usa tabaco, abusa del café, y se manifiesta inclinado a las bebidas alcohólicas, pero sus pasiones son moderadas, y raras veces llegan a la exaltación:

"Todo aquél que haya observado el carácter particular de nuestros jibaros, reconoce y admira la encantadora sencillez de sus costumbres, y la moderación de sus deseos... Una mezuquina y ventilada choza, un duro lecho, una frugal comida, y una maseadura de tabaco, es cuanto el jibaro necesita para llegar al término de la humana felicidad... (5)

(1) Lloréns Torres, Luis: "El Jibaro". (Copia manuscrita).

(2) Valle Atilés, Fr.: "El Campesino Puertorriqueño". (Obra citada) p. 698.

(3) Alonso, Manuel: "Décima jibaresca", en "Ecos y Notas" de Francisco J. Amy. Imp. Manuel López Ponce, 1934 p. 4.

(4) Brau, Salvador: "Puerto Rico en Sevilla". (Conferencia) Puerto Rico, 1896 p. 29.

(5) Fernández Juncos, Manuel: "Manías Comas". (Obra citada) p. 21.

El hábito de la pereza ha sido duramente criticado por escritores nativos y extranjeros, que parecen desconocer las condiciones en que vive el jíbaro. El Padre las Casas y el Mariscal O'Reilly atribuían esta tendencia a la ociosidad, al clima en extremo cálido de la isla. Ledrú y Flintner consideraron que el campesino era muy indolente:

"Una gran parte de ellos viven en la mayor pereza y abandono, acostados en las hamacas, fumando, mientras sus hijos se crían sin educación y adquiriendo hábitos corrompidos". (1)

"El campesino de Cuba tiene un carácter propio, rasgos típicos que no le confunden con ningún otro; el campesino puertorriqueño no presenta nada de eso, como no sea su indolencia, que no tiene igual en el mundo. Aquél es pendenciero, trovador, presumido; el nuestro es apático, indolente, abandonado. Aquél se presta para tipo de comedia o zarzuela, el nuestro no se presta para nada". (2)

El doctor Ashford ha probado científicamente, que esta pereza aparente del jíbaro, se debe a que los grandes criaderos del microbio de la uncinariasis están en las fincas cafeteras, que es precisamente el hogar del "pálido de la montaña". (3).

El escritor Bunge, refiriéndose a la pereza del criollo hispanoamericano, nos dice muy razonadamente:

"La pereza europea es un derecho de la actividad humana en cosas ociosas. La pereza criolla es una falta absoluta de actividad física y psíquica. La pereza oriental representa una falta de actividad corporal..."

Hasta en el lenguaje y la pronunciación se manifiesta la universal pereza criolla... Por no aprender y usar bien el idioma, se le empobrece, se olvidan palabras indispensables". (4)

Salvador Brau, Zeno Gandía y la mayoría de los escritores norteamericanos que han estudiado nuestros problemas, atribuyen la apatía por el trabajo, al abandono en que viven, a su temperamento enfermizo y a la falta de ideales, resultado del poco desarrollo de sus facultades intelectuales. Así, nos parece que Juan del Salto, uno de los personajes de la novela "La Charca", supo apuntar las verdaderas causas de la pereza jíbara:

"...pensaba en el alma... Era cultura, mucha cultura, lo que faltaba... Otras veces sus ideas tomaban distinto rumbo... El contaminado, el raquítico, el deformado era el cuerpo... El estómago enfermo reparte mal las fuerzas... Sobre cuerpo agobiado no reacciona la vida humana". (5)

5. SUPERSTICION.

La superstición es atributo del ser humano, pero especialmente del ignorante. Es la creencia en amuletos, talismanes y todo lo que, como la religión sirve para conseguir aquello que no nos es posible obtener por nuestros propios esfuerzos.

(1) Ledrú, André Pierre: "Viaje a la Isla de Puerto Rico en el año 1797". Imp. Militar de J. González. San Juan, P. R. 1863. p. 165.

(2) Abril, Mariano: "Los Bufos Cubanos" en "Sensaciones de un Cronista". Tip. La Democracia. Puerto Rico, 1903. p. 84.

(3) Ashford, Bailey K.: "La Uncinariasis en Puerto Rico". Tip. El País, San Juan, P. R. 1905. 324 p.

(4) Bunge, C. G.: "Nuestra América". Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1926 p. 182

(5) Brau, Salvador: "La Charca". (Cuba encendida) p. 25

La falta de instrucción religiosa, el roce con las razas africanas e indígenas, el fanatismo importado de Europa, han hecho del jíbaro un ser completamente supersticioso, que dá al catolicismo un carácter casi pagano. Atribuye a Dios cualidades humanas; ignora el Padrónuestro, pero sabe oraciones ridículas; usa amuletos contra el mal de ojo, y pide con fervor a Santa Lucía que ciegue a una persona momentáneamente. Cree en hechizos y brujerías, afirmando que los "Brujos" pueden curar porque tienen inspiración divina.

Su ingenuidad le hace aceptar cualquiera explicación sobre los fenómenos naturales que no entiende. Los fantasmas, las visiones y los espíritus son realidades que lo dejan convencido; por ésto, el espiritismo ha encontrado tantos adeptos en nuestros campos:

"...un monte casi virgen lleno de culebras y sabandijas, cuya tenebrosa maleza miraban los campesinos con terror, pues de las profundidades de la selva, salía el pavoroso Fantasma." (1)

"Me dijo seña Benita
la besina de aquí ar lao,
que la debían habel fletao,
con un poco e agua bendita,
pa poel sacaye el jechizo,
y la que va a sel mi suegra,
que coja una pata negra
por mano e Juan primeriso,
y con bejuco el caro,
y las plumas, to cosío,
en un cardero jerbío,
se lo jaga siña Amparo". (2)

"Ahora te voy a dar esta cajita. Contiene polvos de la uña de la Gran Bestia... Tú los llevas y cada día echas un poquito de ellos en la taza de café del desayuno de Gilberta. La magia obrará su prodigio, y la muchacha te amará". (3)

Oh! Judío Errante de los amantes! Según tú entraste en el templo de Jerusalén, y apagaste la lámpara del Santísimo Altar, así yo quiero que te le metas en el corazón de Fulano, y no me lo dejes comer ni dormir, ni estar tranquilo, hasta que venga donde mí de todo corazón en cuerpo y alma. (4)

Hay un pájaro nocturno, conocido por el jíbaro como "El Pájaro Malo", al que temen mucho. El que tiene la mala suerte de oírlo cantar en la media noche, debe responder: "la Cruz del Nazareno te levante un millón de leguas más arriba de las estrellas. (5). Si no se dicen estas palabras, creen que sucederá una desgracia en la familia del que oyó el canto.

En resumen, podemos afirmar que la psicología de nuestro jíbaro ha sido bastante bien interpretada por los escritores; pero nos parece que hay aún algo más íntimo en su carácter, hasta donde no ha podido llegar la observación, debido a su

(1) González García, M.: "El Tesoro del Ausubal". Imp. Borinquen, Caguas, P. R. 1913, p. 150.

(2) Méndez Quiñones, Ramón: "Un Jíbaro". (Copia manuscrita).

(3) Coll y Toste, Cayetano: "La Uña de la Gran Bestia" en "Leyendas Puertorriqueñas". Imp. Cantero Fernández, San Juan, P. R. 1925. Tomo III:201.

(4) Estas oraciones se venden en los ventreros de las aldeas.

(5) Alonso, Manuel: "El Pájaro Malo" en "El Jíbaro" (Citada) p. 140.

gran reserva y desconfianza al expresar sus emociones y sentimientos. Para ello, nos será necesario un escritor como Ricardo Güiraldes, autor de "Don Segundo Sombra", que haya formado su personalidad compartiendo las faenas, miserias y alegrías del campesino, y pueda así enfocar lo más recóndito del alma compleja de nuestros "pálidos de la altura."

CAPITULO VI. CULTURA.

Muy pocas investigaciones se han hecho sobre la escasa cultura del campesino puertorriqueño. Nuestros escritores se conforman con discutir su ignorancia, y apenas se detienen a observar que en medio del abandono y descuido en que el jíbaro ha vivido siempre, no puede considerarse como un ser salvaje, y es digno de admiración el cuidado con que ha procurado conservar la poca cultura que recibió de sus antecesores.

Ya hemos hablado de su talento natural, y del ingenio que ha mostrado, enriqueciendo su idioma, o cumpliendo sus deberes sociales. Dedicamos un capítulo a sus tradiciones y leyendas. Nos ocuparemos ahora en señalar su participación en las artes manuales, la música, la poesía, el cuento, así como del origen de sus ideas religiosas.

I. El Indo-borriqueño.

Cuando Colón descubrió a Puerto Rico, el autóctono borinqueño se encontraba en el período social de la piedra pulimentada. Poseía el hacha pétreo en abundancia, que era el instrumento cuneiforme característico de esa época. Ya había abandonado la gruta como vivienda, y construido el bohío. De cazador errabundo había pasado a agricultor. Su gobierno estaba constituido por una tribu o clán, con jefes, subjeses y casta sacerdotal. En sus manifestaciones religiosas dominaba la idea del bien y del mal. Empezaba a adquirir el concepto de propiedad, tanto individual, como colectiva, pues disponía de guerreros para poner límites a los cacicazgos.

En la industria poseía el mortero de sílex para triturar el grano, trabajaba la arcilla, y hacía recipientes para coacción de sus viandas, vasijas para el agua, y tinajas para la fermentación de licores. Usaba madera de ebanistería, como la "maga", y la cubierta recía de algunos frutos como la higüera.

En la escultura había iniciado el grabado y ornamentaba sus grutas y chozas con pictografías, como vemos en las grandes cavernas que aún se conservan. Cincelaba y bruñía pacientemente sus fetiches, sus bandas, sus muebles, y sus armas. No tenía presión para la escultura decorativa sobre madera, ni por la cerámica.

Labraba las tierras con un palo tostado al fuego, "la coa", que servía de azada, preparando cuidadosamente sus campos para el cultivo de la yuca, la batata, el maíz, el ají, el tabaco, y plantas medicinales. El algodón, la majagua, y el maguey, crecían casi salvajes, y la india utilizaba sus fibras para tejer faldellines, taparrabos, hamacas, pulseras y redes para pescar. Muchos de estos objetos eran teñidos con jugos de jagua, añil y achiote. La majagua y el maguey eran destinados a la cordelería, y también hacían cestas, bolsas y otros objetos.

Tenía canteras escogidas para fabricar sus utensilios de piedra. En la gruta de Miraflores, de Arecibo, se encuentran collares de piedra, hachas, un monolito sin concluir, e infinidad de otros objetos de arte. Esta cueva era como una especie de taller.

En la alfarería hacía ladrillos para cocer el pan, cazuelas y ollas, que adornaba a veces con dibujos. También modelaba figurillas grotescas para representar los ídolos.

Trabajaba la madera con esmero. Se han encontrado primorosos "dujos", bateas, cucharas y otros objetos de madera negra, que podía ser maga, caoba o la raíz del mangle viejo. De la corteza de palma de yagua, hacía las macanas; construía el arco de la flecha de un grueso bejuco, y utilizaba el fruto de la higüera para vasijas de uso doméstico. Sujetaba las plumas de su cabellera con vértebras de pescado, que usaba también para anzuelos de pescar.

El borinqueño era aficionado al baile y a la música:

"Al son de sus roncós atabales tarareando una coplilla, danzaban alegremente, y bailaban su araguayo. Colocaban los brazos de unos sobre los hombros de otros, formando hileras. Las indias, por su parte, bailaban con el mismo compás, tono y orden de los hombres. La cancioncilla iba al tenor de sus sencillos instrumentos. Todavía conservamos de ellos la alborotadora maraca, el áspero güiro y al seco tamboril se ha agregado el retumbante cuero para hacerlo más sonoro". (1)

2. Condiciones intelectuales del jíbaro

Los campos de Puerto Rico, según explica el Mariscal O'Reilly (2) fueron poblados por soldados, polizontes, grumetes y marinos que desertaban de las embarcaciones y se extendían por los montes y bosques. A ellos se unieron los indios, que no pudiendo resistir la dura labor impuesta por los españoles, se escapaban a la sierra. Quizás algún esclavo desertor se refugió allí temporalmente, ya que el negro no gusta de la temperatura fría en las alturas.

Estos pobladores españoles no llevaban sus mujeres, y se unieron pronto a las indias. Ignorando el arte de labrar la tierra y de fabricar casas, se vieron obligados a imitar a los indígenas. En artes manuales muy poco podrían hacer por sí mismos. Pero en cuanto a la religión, el idioma, la música, los bailes, el canto, los entierros, el arte de medicinar, etc., eran más cultos los españoles, y no fué preciso tomar gran cosa de la civilización indígena.

(1) Coll y Toste, *Goyetane "Prehistoria de Puerto Rico"* (Obra citada) p. 105.

(2) O'Reilly, *Admirante*, "Memorias de..." a S. M. sobre la Isla de Puerto Rico. (Obra citada) p. 108.

Muy pronto se extinguieron los horriqueños, quedando solos los europeos y sus descendientes mestizos, con una cultura semejante a la del campesino del siglo XVI en España, aunque con algunos elementos de la civilización indígena.

Es fácil comprender el desequilibrio y estacionamiento intelectual que encontramos hoy en el jibaro, si tenemos en cuenta el abandono en que los tuvo el gobierno, y lo poco que podría heredar de las generaciones que le precedieron, en cuanto a la vida del espíritu se refiere. Carecía de toda clase de instrucción y el contacto con las ciudades era difícil, debido a la escasez de caminos rurales y de medios de transportación. Sabemos que el aislamiento es otra de las condiciones que determinan el atraso de los pueblos, ya que en la asociación de los hombres se funda y origina toda cultura. El jibaro estaba alejado de todo, y no llegaba a ellos el progreso de la civilización. ¿Qué podía hacer para continuar su vida espiritual, sino transmitir de una generación a otra el escaso caudal que recibiera de sus antecesores?

Hemos visto como ha conservado el hermoso tesoro de arcaísmos del lenguaje de los primeros colonizadores, sin olvidar el vocabulario indio que ellos asimilaron.

Se ha continuado tallando la madera, y en algunos casos, como en la construcción de muebles, instrumentos musicales, y estatuas de santos, el jibaro ha llegado a mayor perfección que el indio. Sigue usando el pilón, la batea y el mortero de madera, en igual forma que los aborígenes. Además de la higüera, usa el coco para los utensilios domésticos, y talla con esmero sortijas y collares de corozo. Las obras artísticas que obtiene de su paciente labor, son a veces delicadas e ingeniosas.

"Impulsados por esa afición (a la música) y por las condiciones económicas que les imposibilitan para adquirir instrumentos extranjeros, los artistas nativos los fabrican. En esa tarea ponen casi todos ellos una ingenua y paciente laboriosidad. Hemos visto un tiple de fabricación nativa y primorosamente tallado en caja armónica, con flores, pájaros y paisajes...

En la fabricación de dichos instrumentos siguen, con ligeras variantes, un mismo procedimiento: hacen el cuerpo del tiple o cuatro de una sola pieza, ahuecando el tronco de árbol, y luego adhieren una tapa de yagrumo blanco, madera del país, de gran sonoridad. Para pegarlo al resto del instrumento, usan la resina de una planta de la familia del cactus, que se denomina en la isla "piñuela", que segrega un líquido pegajoso extraído haciendo una incisión en la corteza. Ese líquido se pone al fuego antes de usarlo, para que adquiera la consistencia de la pez griega...

Es de los instrumentos más comunes en la isla el tiple... parecido al guitarrico, aunque consta de cinco cuerdas. Hay dos clases del mismo: uno de caja cuadrada, y otro de forma de ocho, como la guitarra, pero de volumen mucho más reducido. Cuando su tamaño es mayor se llama vigüela, y cuando es pequeño lo hay hasta de un pie. Generalmente el tiple tiene de una a cinco cuerdas. En algunas ocasiones les ponen cuerdas dobles y les llaman mandurrias — corrupción de handurrias. En los triples, la clavija del diapason se pone en mitad del mismo. Se afinan lo mismo que las guitarras, pero sus voces son mucho más agudas". (1)

El arte de tallar la piedra, que llegó quizás con el indoborinqueño a su más alto desarrollo después del alcanzado por el indígena mexicano, ha sido abando-

(1) Cadilla de Martínez, María: "La Poesía Popular en Puerto Rico". Cuenca, Imp. Moderna, Madrid, 1933, p. 22.

nado casi totalmente. Apenas si hacen otra cosa que el molino de maíz, toscamente tallado.

"Puerto Ricans made wooden seats in the form of animals, and inlaid the eyeballs and shoulders with shells... Stone culture reached higher development in Puerto Rico." (1)

La jibara no teje telas, pero sabe hilar el algodón, y corta y cose toda la ropa de la familia. En las regiones donde se establecieron las españolas que vinieron de Canarias, encontramos campesinas que bordan, calan, tejen crochet, hacen flores artificiales y muchos objetos de adorno, con plumas y cuentas. En los barrios próximos a la costa, preparan muy bellos trabajos con escamas y almejas del mar. En otras regiones se especializan en la combinación de semillas de varios colores para formar collares, rosarios, pulseras, cortinas, etc. También fabrican figuras y paisajes de madera colocados dentro de una botella. Son amantes de las flores, saben combinarlas para hacer cruces, ramos y coronas, que traen al mercado de la ciudad en día de los muertos. En casi todas estas industrias, con la excepción de las labores de aguja, también el hombre trabaja.

En el tejido de canastas, hamacas, sogas, sombreros y petates, se nota influencia de las tribus del Orinoco y Yucatán. Las canastas tienen algún parecido con las que hacen los indígenas de San Vicente, Dominica, México y América Central.

"The bakestry has a great resemblance to that made by the Carib and related tribes... of Saint Vincent and Dominica... The hammock resembles some of those still used by the tribes of the Orinoco." (2)

Con la hoja de palmera, la paja del maíz, la trompetilla, y otras plantas de las que crecen en la orilla de las lagunas, hacen flores, canastas, alfombras, petates y otros objetos artísticos. Los diseños y motivos que usan en la decoración, son inventados por ellos y tienen reminiscencias del arte indígena de América.

La alfarería, quizás por influencia española o mexicana, es superior a la del Indio boricano, pero las formas carecen de gracia, siendo inferior a la de otras regiones americanas.

El juego de pelota de los indígenas antillanos, fué abandonado por los colonizadores. El jibaro lo desconocía por completo hasta que fué llevado a los campos por la escuela rural, y aunque los adultos no gustan de él, los niños muestran gran interés en aprenderlo.

Los entierros se celebran en los cementerios, a la manera europea, aunque sin ceremonia religiosa. En ninguna época han seguido la costumbre de enterrar los cadáveres sentados, con agua y viandas para el viaje de ultratumba.

3. Contribución a la literatura y a la música

Los boricanos cultivaron una forma de cantares o composiciones poéticas llamadas "areytos", con lo que acompañaban los ritmos de sus danzas, ayudados por

(1) Fewkes, Jesse W.: "The Aborigines of Puerto Rico". Gov. Prtg. Off., Washington, 1907, p. 213.

(2) Fewkes, Jesse W.: "The Aborigines of Puerto Rico." (Obra citada), p. 213.

sus toscos instrumentos musicales. Esta forma de bailar y cantar, la encontramos en algunos de los bailes de nuestros campesinos.

Los colonizadores españoles trajeron la tradición oral de su pueblo. La copla de origen andaluz, fué la preferida del campesino, que ha logrado darle verdadero matiz puertorriqueño, produciendo bellas improvisaciones. La usó luego como "bomba" en los biales, originándose así los torneos líricos, tan populares en Hispanoamérica:

"Todavía recordamos de nuestra infancia aquellos torneos campestres de dos poetas jíbaros, improvisadores, que al son del tiplecillo, como pobre reflejo de las Olimpíadas helenas, se desafiaban a trovar". (1)

"Yo he asistido en Culpúzcoa a los torneos de los versolarios pujando por sobrepasarle en agudeza, ante un público numeroso y atento... Esto mismo, con igual carácter e idénticas manifestaciones, lo hallé en la isla de Puerto Rico, donde los jíbaros y negros acostumbran a contender en la pulpería en un monótono recitar de versos que llaman allí décimas. Pues bien, en la Argentina se repite el fenómeno poético popular". (2)

En los bailes de campo estos torneos son muy frecuentes, cuando la música toca el conocido "seis bombeo". Las parejas van deteniéndose sucesivamente frente a los músicos y recitando sus bombas. El hombre se coloca a la ofensiva, y la mujer a la defensiva, cada cual improvisando sus coplas, o repitiendo algunas ya sabidas:

Bomba pide el tocador,
bomba le voy a decir,
por el amor de esta joven,
me voy a dejar morir.

Bomba pide el tocador,
y yo le doy un bombaro,
que una niña como yo,
no se mete en esos casos.

La única diferencia entre la copla y la bomba es que la primera se recita aislada, encierra un sólo tema; mientras que la bomba va relacionada con otra, es una copla dialogada.

Hay coplas o cantares especiales para la celebración del baquiní:

Reventó un petalito
a las diez del día,
y mató a una niña
de cuarenta días.

No llore la madrecita
no llore más,
que la nenita ya tiene
las alitas bien mojás.

La adivinanza es otra forma de improvisación, presentándose a veces en versos pareados o cuartetos:

(1) Coll y Toste, Cayetano: "Historia de la Poesía en Puerto Rico". B.H.P.R. 1926. Vol. XIII:145.

(2) Salaverría, José M.: "El Poema de la Pampa". Ed. Calleja, Madrid. 1918. p. 29.

"Cien damas en un cercoo,
todas visten de alístao

Es blanca como la leche,
es prieta como el carbón,
y dulce como el melao,
y agria como el limón". (1)

La décima fué también importada por los andaluces, que llegaron desde el siglo XVI a Puerto Rico. (2) Es quizás la forma poética más popular entre los jíbaros, que saben improvisarla sobre cualquier tema, y con sorprendente facilidad. Podemos encontrar varios tipos de décimas en la isla. Su melodía es monótona, y el metro irregular; empezando con aire moderato y terminando con uno muy vivo, cuando se canta. Las más frecuentes suelen ser las de tipo Santillana, rimando primera con cuarta y quinta; segunda y tercera; sexta con séptima; décima y octava con novena. El otro tipo muy generalizado es la que empieza con un sólo verso inicial, o "pie". Este pie puede encontrarse al principio o final de cada décima:

Compai maltinete
cayó en la desgracia,
porque elumatismo,
le secó las patas.
Tuvo una garata
con el compai grillo,
porque le dejó
comer camarones,
dicen los ratones:
—Dios te salve, lirio.

Se cultivan otras formas poéticas, como el cabayo, cantado en los bailes denominados "cabayos"; la seguirilla, el corrillo, turuletas, pregones, rimas infantiles, oraciones, ensalmos y conjuros, aunque no con tanta frecuencia como las décimas y coplas:

Cabayo mandan que cante,
cabayo yo no lo sé,
pol dale gusto a mi amante,
cabayo yo cantaré.

Mi mujel y mi caballo
se me murieron a un tiempo,
mi mujel, Dios la peldone,
mi caballo es lo que siento.

Dende que te ví venil
te conosí los intentos,
que me dibas a pedil
palabra de casamiento.

Palabra de casamiento
no te la puedo yo dal,
polque tengo padre y madre
y helmanitos que cuidal.

(1) Ramírez de Arellano, Rafael: "Folklore Portorriqueño". Madrid. 1926. p. 272.

(2) Fernández Juncos, Manuel: "Artes y Letras". Libro de Puerto Rico. San Juan, P. R. 1922. p. 756.

Así que ellos se mueran
y los lleven a enterrar
y les gualde un año de luto,
si tú lo llevas a gusto
y me quieres esperar.

Duélmete, nena,
duelme y descansa,
mientras yo te cocino
las calabazas.

Con Dios me acuesto
con Dios me levanto
con Dios y la Virgen
y el espíritu santo.

Yo llevo la leche
de la lechería,
por tres chavos prietos
yo la hendería.

Santa Lucía, pasa por aquí
quítame esta pajita,
que tengo ahí.

Sana, sana, ojito de rana,
que si no sana hoy,
sana mañana.

Yo canto la cadena
de arriba abajo
porque de abajo arriba
da más trabajo. (1)

Los romances, traídos también por los colonizadores de distintas provincias españolas, se conservan aún en la montaña, con grandes variantes y cambios fonéticos. Algunos campesinos han tratado de componer romances originales sobre temas históricos, amorosos o patrióticos. En los juegos de niñas encontramos muchos cantos del romancero español:

Jilo, jilo, jilo verde,
que jilando lo jilé,
por el camino me han dicho
lindas hijas tiene el rey,
Téngalas o no las tenga,
yo las sabré mantener,
que del pan que yo comiere,
comerán ellas también.

(1) Ejemplos recogidos en distintas regiones de la isla.

Yo me encontré este palito,
la mañana de San Juan,
que se le perdió a Olíbero,
cuando diba con Roldán.
El gigante Fierabrás,
mucho que lo deseaba,
pero Dios dispuso que era
pa este jibaro no más.

Casi todas estas formas poéticas son cantadas con más frecuencia que recitadas, y se nota la misma entonación en distintos sitios de la isla. Canta el obrero agrícola cuando vuelve a su bohío al anochecer; el jibaro que viene en con su carga de frutos al mercado; el carretero para ocultar su miedo; el ciego que acompañado de su tiple pide limosna; la lavandera mientras cubre sus ropas de jabón; la madre al dormir su nene meciéndolo en la hamaca; las trullas cuando quieren sus aguinaldos; y ninguno se siente cohibido al entonar sus cantos:

"En la paz nocturna, cuando el bosque ronca su letargo, y el río hila su insomnio, y la choza se arrodilla ante la inmensidad, y el coquí clava en el silencio sus dos gritos de plata, y la tierra mira al cielo con sus mil ojos de estrellas, y suena la hora de la copla honda... salta entonces de la garganta de la tierra un lamento, una plegaria, un sollozo: la décima jibara, nuestra copla, la vieja copla de cuatrocientos años.

La reza la jibara triste para encender la pálida telaraña de su amor. Para endulzar al cielo el rayito de luna que la besa en el bohío.

La trova el carretero de la media noche, en el trillado camino rural, al lento paso de su yunta de bueyes, y al golpe sonoro de las ruedas de su carro". (1)

El jibaro es músico por instinto. Sin conocer una sola nota llega algunas veces a adquirir tal práctica, que ejecuta con facilidad toda clase de danzas en los bailes populares, y se acompaña perfectamente en sus cantares improvisados. Su orquesta consta de varios instrumentos:

Ya hemos descrito el tiple, la vigüela y el cuatro, que es un término medio entre los dos, pero terminando en ángulos la parte superior. La bordonúa es una guitarra de grandes dimensiones, hecha toscamente; el carracho, güiro, güicharo o calabazo, es una higüera larga, bien seca, con surcos transversales, algo profundos, sobre los cuales se hace pasar con más o menos fuerza, una varilla de hierro o un palillo de madera muy fuerte; la maraca es una higüera pequeña, muy seca, atravesada con un pedazo de madera, y que contiene una porción de granos ásperos que sirven para acompañar los instrumentos de cuerda, o el acordeón, que se usa a veces. Algunos de estos instrumentos, aunque con distinta forma, son usados por los indios mexicanos.

Sobre los bailes jibaros hablamos extensamente en el capítulo de las "Tradiciones y Costumbres". Podemos añadir que actualmente hay otros bailables, como la "plena" y la "mariandú", innovaciones llevadas a la montaña.

El cuento no es muy cultivado; casi siempre se repiten viejas leyendas, algunas de origen indígena. En las veladas del batey, en las juntas y en los velorios, se acostumbra relatar cuentos que adolecen de fantasmagoría, superstición; duen-

(1). Lloréns Torres, Luis: "La Copla Jibara". (Copia manuscrita).

des, pájaros de mal agüero, varitas de virtud, tránsitos repentinos de la miseria a la riqueza, etc. Los chascarrillos, que ellos celebran mucho, son por lo general exageraciones de lances personales y aventuras, o simples pasatiempos:

"Había una vez un muchacho en la orilla de un río, y pasó un jibaro y le preguntó: Muchacho pelao, ¿de dónde eres tú? Y él le contestó --De la cabeza.

Entonces el jibaro le dijo: ¿Qué parejero eres tú, muchacho! Yo lo que te pregunto es: Muchacho pelao, ¿de dónde eres tú? El volvió y le contestó "De la cabeza". (1)

4. Religión

La religión del jibaro es el catolicismo, con algunas prácticas de origen indígena o africano y cierta confusión en el dogma, causada por las mal entendidas explicaciones de lances personales y centros protestantes y centros espiritistas.

La creencia en Dios es general, no es conocido el ateísmo ni el politeísmo, aunque algunas veces atribuyen a los Santos iguales poderes que al Ser Supremo. Hay cierta ignorancia sobre el dogma y la práctica de la religión: Creen en la existencia de once mil vírgenes, no saben la diferencia entre ángeles y santos, purgatorio o infierno, etc. Relacionan al Judío Errante y al Justo Juez, con las artes mágicas. Desconocen la oración espiritual, la necesidad de recibir los sacramentos, los preceptos del Decálogo y de la Iglesia, y dan más importancia al cumplimiento de una promesa, que puede perjudicar la salud, que a la salvación del alma.

El campesino sólo ve el fin práctico de la religión: conseguir favores temporales del cielo. Por eso abandona a veces la iglesia católica y asiste a templos protestantes, o a centros espiritistas, porque espera obtener allí ayuda material para sus necesidades corporales. Sólo a la hora de la muerte, parece darse cuenta de la inmortalidad del alma, y perdona a sus enemigos, haciéndose perdonar al mismo tiempo, de aquéllos a quienes ha ofendido. Algunos escritores creen que no hay firmeza en las ideas religiosas, que existe una lucha de esta índole en nuestros campos, con carácter inofensivo:

--"Pero la religión, compae, es una cosa más seria pa que estemos retosando con *eya*, como si fuera retoso e muchachos...

--Mire, compae Tasio, ustedes son unos idio...ido...idio... me caso en mi mesmo! ¿Cómo dese el ministro? Vay, que están creyendo tovia en inoransias: yevándole aceite a los Santos, poniéndole prendas, y creyendo en atrasos...

Compae, no hay más que Cristo-Jesús!...

--¡Ay, mi compae, no nos entendemos! A usté no hay quien le quite la ñublina de los sesos; y mire que le había prometido al menistro condusil su alma pa'll rebaño...

--¡Ah mí...! ni con los gualdías. Ya estoy viejo pa empesal de nuevo... (2)

(1) Mason, J. A.: "Porto Rican Folklore". Edited by Aurelio M. Espinosa. Journal of American Folklore, N. Y. July, 1924. Volume 37:334.

(2) Meléndez Muñoz, Miguel: "Lucha Religiosa". Índice. San Juan, P. R. 13 de enero de 1930.

Nos hemos ya ocupado de la superstición y veremos en otro capítulo como el jibaro da carácter pagano a sus fiestas religiosas. Pero es temeroso del poder de Dios, cree en premios y castigos en la otra vida, y cuando asiste al templo, se muestra reverente y devoto.

El "Cheísmo" una forma de fanatismo sectario, llegó a conseguir varios miles de adeptos en algunos barrios de la isla. Esta modalidad religiosa tuvo su origen en los más aislados conglomerados sociales, donde había mayor ignorancia. Se cree que los Hermanos Cheos son grandes embaucadores sociales.

—“Bien, ¿y quién es el Hermano? ¿Qué promete para la otra vida? ¿qué contribuciones religiosas pide a sus amigos?”

—Pues, naita. Si usted es Cheo y cosecha malangos, el mejor racimo es para el “Hermanito”, y así por el destilo”. (1)

La costumbre de pedir limosna con la imagen de un santo, tuvo su origen como un acto de humildad, pero ha llegado a ser una gran explotación.

La Iglesia Católica ha sido siempre un potente factor de cultura para el campesino. Las visitas del sacerdote, que iba de vez en cuando en misiones al campo, y las fiestas religiosas, a que asistía el jibaro, caminando a la ciudad, eran las únicas oportunidades culturales de que podía gozar el campesino durante la dominación española.

4. Ideas sobre educación y progreso

El jibaro acomodado ha tenido siempre orgullo en educar a sus hijas para que sean buenas dueñas de casa y se les facilite un matrimonio apropiado a su condición:

“Juana es una prenda fina,
salvando la comparanza;
es moza, y no hay quien melmure
de su aquél y de su fama.

Sabe laval; en un brinco
teje un sombrero de palma;
remienda y jala la aguja
como nadie en la comalca;
compone una melecina,
como un dotol; colta, plancha,
coge café, y hace un guiso
y un majarete sin falta.

Fué diez meses a la escuela,
llegó a escribíl cuatro planas,
y se aprendió el silabario,
como un perico; trabaja
en too lo que se ofrese,
y es muy mujel de su casa.” (2)

(1) Meléndez Muñoz, Miguel: “Lecturas Puertorriqueñas”. Tip. Real Hnos. San Juan, P. R. 1919, p. 53.

(2) Fernández Junco, Manuel: “La Serenata” en “Cuentos y Narraciones”. Tip. Vespertina, San Juan, P. R. 1926, p. 169.

Juzgando por las novelas regionales que nos vienen de España e Hispanoamérica, y por algunas observaciones personales, no encontramos gran diferencia en las costumbres y cultura de nuestro jíbaro y las del campesino de otros países. Si consideramos su carácter dócil, y su talento natural, veremos que es tarea fácil incorporarlo a nuestra civilización y progreso, que él acogería con entusiasmo:

"El Progreso, Señor Cieto,
es too lo que ba palante,
y el orbio é lo endenante,
y el no quedarse uno quieto:
el bel lo que nos conviene,
y jablar al General,
clarito, cuando aquí viene
e isiyé: Sepa señol,
sin mico denguno y sin pena,
esta cosa es mala o buena,
esta es mejor o piol.
Es jasel dil a la escuela
los chiquitos y los grandes
y no ejal que se nos mande
con el bando e Pesuela.
... ..
... ..
Que el progreso es como un río,
y los pueblos, las piraguas,
que nabegan en sus aguas,
es desil, tras pa la mal,
y en la mesma direción,
pues la sebilisación,
es lo que van a buscar". (1)

(1) Méndez Quiñones, Ramón: "Los Jíbaros Progresistas". Imp. de El Propagador, Mayaguez, P. R., 1882. p. 69.

CAPITULO VII TRADICIONES Y COSTUMBRES

Para conocer la historia, la cultura y la psicología de un pueblo, nada mejor que observar sus tradiciones y costumbres. Los escritores que toman este escenario para la expresión de sus ideas, han encontrado un campo fecundo en nuestro conglomerado rural. Se inspiran en la realidad, reflejando nuestra peculiar manera de vivir, porque el campesino es el guardián de todo lo tradicional y eterno en el corazón de los pueblos.

1. Juegos

De las costumbres que mantienen mayor acento criollo por las circunstancias y particularidades que las perfilan, pocas tienen, como el juego de gallos, una singularidad más pintoresca. Su origen se pierde en las nebulosidades históricas del pueblo griego y del romano. Por mucho tiempo, fué uno de los pasatiempos favoritos de Inglaterra, para el cuidado de los gallos se escribieron muchos tratados. Años más tarde, los colonizadores ingleses, en sus viajes al Nuevo Mundo, llevaron la costumbre a Norte América, donde tuvo la aprobación del pueblo hasta que fué prohibida por la ley.

Es uno de los deportes favoritos del norte de Francia y de Filipinas. Para el campesino de Hispanoamérica, sigue siendo la diversión preferida, porque ninguna otra la supera en colorido, en animación y en fuerza emocional. Hay hombres que le dedican su vida entera y hablan de la belleza de un gallo con igual entusiasmo, que si se tratase de una mujer:

"En la riña de gallos no falta su miga de estética, y ello se concibe con sólo recordar el gallardísimo animal, como modelado plásticamente para el alarde y el combate. El aspecto armado y soberbio; la reluciente pluma; el ojo centelleante; la cola que alza un arco pomposo; la pata toda nervio, con que da empuje al espolón, y en la altanera cabeza, la roja insignia heráldica, vuelta más roja por la ira. Todo esto compone un admirable conjunto, al que la actividad del combate agrega, en actitudes, ímpetus y acometimientos, un arte gladiatorio capaz de interesar a la mirada que atesora la belleza". (1)

La importancia que ha tenido este deporte en Puerto Rico, lo demuestra el

(1) Rodó, José Enrique: "La Riña de Gallos" en "Paisajes Mentales" por Enrique Lefebre. Tip. Cantero Fernández. San Juan, P. R. 1918. p. 99.

reglamento escrito por el Capitán General don Miguel de la Torre, en 1825, compuesto de seis capítulos y cincuenta y seis artículos, disponiendo cuidadosamente en qué forma debían limpiarse y adiestrarse los gallos. No fué hasta cuarenta años más tarde, en 1865, cuando el General Messina estableció por primera vez la organización de escuelas rurales en algunos barrios de la isla, con carácter temporal. Los gallos merecían mayor importancia que la educación del campesino.

Al fundar una población, con frecuencia aparecía la gallera primero que la iglesia. En los campos, se empleaba un rústico caserón circular con techumbre de paja. Las gradas, extendidas en forma de arco, se empinaban en el interior, dejando espacio suficiente en el centro, para los gladiadores de airosa pluma. Alrededor de la gallera hay un ancho patio, con varios gallos amarrados en estaquitas apuntadas al suelo. Son de diversos tipos y colores. Los hay blancos con plumas negras, llamados "primaveras"; los "giros" son de varias pintas; los hay también canelos y rubios, etc. El gallo inglés es el amigo más querido del jíbaro.

Cuando se aproxima la fecha de una jugada especial, el héroe emplumado es sacado al patio, para su adiestramiento. Un pobre gallo retirado, "la chata", que ya ha perdido un ojo y casi todas las fuerzas, ayuda al gallero en la gimnasia precursora del primer juego. En este "traqueo", que se prolonga varias semanas, se le corrigen sus defectos, se le adelgazan los espolones, y se acondiciona con esmero.

Llega el día del desafío, y se reúnen en una gallera determinada, los gallos más famosos de la vecindad. Los campeones son conducidos con especial cuidado en sacos pendiente de una vara. Se concierta la jugada, apostando cada cual lo que puede. Comienza la pelea. Los gallos se miran un momento, con ojos de tragedia, y se pican al vuelo, sin herirse; pronto se enfurecen y se atacan con el pico y los espolones. Cada uno evita con destreza los golpes, o recibe las heridas con heroico valor. Sus cuerpos se cubren de sangre y de polvo, pierden la vista, y a veces, después de algún tiempo de lucha, caen rendidos de fatiga, sin que ninguno haya vencido. Esto es lo que se llama "entablar" la pelea, y no sucede con frecuencia. Casi siempre uno de los dos huye, muere o queda fuera de combate.

El espectáculo que ofrece al público es interesantísimo. Los hombres en cuclillas, agitan los brazos convulsivamente, siguiendo los movimientos de los gallos, con los ojos saltones, y vidriados por la emoción. Si los gallos, cansados por el combate, dejan un momento de lidiar, se impone una tregua y un "careo". Las cabezas ensangrentadas, son introducidas en las bocas de sus respectivos coleadores, y rociadas de nuevo, vuelven a la lucha, a vencer o a morir. Algunas veces, la riña termina con una pelea entre coleadores y dueños de gallos.

Nuestros poetas se han inspirado en la riña de gallos, pintándola con colorido y entusiasmo:

"Camará, le dije ajorao,
juégume de bueno a bueno
y no me arrempuje ey gayo,
que esa no es la ley del juego

--A osté lo arrempujaré
se me bueybe a disil eso.

--Pues ni osté, ni toa su casta,
son capaces de jaseyo.

Después de luchal buen tiempo,
ey siñol, teniente e guerra,
nos quería metel presos,
pero ay fin nos dejó libres,
jasiéndome que primero
pagara toitas las puestas,
que con varios había jecho.

Las pagué y me boy pa casa
sin mi gayo, sin un medio,
sin carne, sin mascaúra
de tabaco malo o bueno". (1)

"Frente a frente hay dos gallos peleadores;
uno es rubio, otro es negro; ambos valientes,
sus ojos arden hondos y calientes,
fijos y desbordados de rencores.

Vocean, roncun, los coleadores
con chispazos de sol entre los dientes;
saltan los gallos, duros, insistentes,
y se mezclan dineros y sudores...

¡Son más que hombres los gallos! Uno baja
la roja cresta y su rival le encaja
su espolón en el ojo y se lo ciega.

El gallo mal herido no se abate:
sigue con más bravura en el combate
¡y sangre y plumas por el polvo riega...! (2)

Después de la riña de gallos, los otros juegos del campesino tienen menos importancia: naipes, dados, juegos de azar, donde apuestan y pierden el misero jornal de la semana. Los sábados, al caer la tarde, y todo el día del domingo, se encuentran siempre grupitos de jibaros, bajo la sombra de un árbol frondoso, en el hueco de algún antiguo puente, entre la hojarasca del platanar, es decir, en alguna parte donde puedan jugar con comodidad y ocultarse de la policía, sin ser sorprendidos mientras se divierten.

Los niños no tienen juegos organizados. Los varones se entretienen con volantines, trompos, bolitas, burros, etc. Las niñas hacen sus propias muñecas de trapos, juegan a la gallina ciega, a esconderse, o bailan la rueda, cantando viejos romances.

2. Bailes

No se puede hablar del alma de un pueblo sin tener en cuenta sus manifestaciones coreográficas. El jibaro tiene su característica de manera de bailar, y con excepción de la danza, sus bailables son los únicos genuinamente puertorriqueños.

(1) Alonso, Manuel: "Pelea de Gallos" en "El Gíbaro". (Obra citada) p. 72.

(2) Ribera Chevremont, Evaristo: "La Pelea de Gallos". El Mundo San Juan, P. R. Marzo 12 de 1932.

Algunos de estos bailes tienen origen español, otros indígenas, y el de la "bomba" fué introducido por los africanos.

El "garabato" se componía de distintas figuras, correspondiendo a las danzas, mazurcas, vals o danceros de los bailes de la ciudad. Las "cadenas" y el "fandanguillo" eran degeneraciones de las seguidillas y el fandango españoles. El "son duro" se asemejaba al furioso vértigo de los indios y se llamaba también el "mata-toros"; el "caballo" era una especie de zapateado.

En "El Gíbaro" de Alonso, encontramos bellísimas descripciones de estos bailes:

"la sala onde se bailaba,
las tenían alumbráa
con cuatro belas e sebo,
a los estantes pegáas,
y otras sobre una tabliya,
en que se vía un San Blas,
un ramo e palma bendita,
tres mochos sin espigay,
un tiguero, una baraja,
y una tarraya emplomáa.

A la crecha, junto al seto,
había mujeres centáas,
sobre una canoa grande,
que allí tenían arrimáa.
A mano surda lo mesmo,
las había arreyanáas,
encima una costanera,
con dos trozos levantáas.
Un ture, aygunas banquetas,
y un banco sin resparday,
seybian de asientos a los músicos
cantores y poco más.

Y un sey se diba a tocaý,
cuando dentró esbanesío,
en er baile, un camaráa,
con ey sombrero en la oreja,
y la daga erembañáa.
Parao en la mitá de la sala,
dijo: "¿Quién es capatáas
en este baile, señores,
que hablemos de platical?"

Dió un rempujón a mi primo,
que ay punto se jiso atrás,
y metiendo mano ay mocho,
rabiaba pol pelaiy.
Toitos jisimos lo propio,
y se puso cáa cuar,
en ey bando de uno o de otro,
confolme a la boluntáa.
Las velas fueron ar suelo,
quedándose por iguar,

...toos prietos, pues ni las manos,
nos podíamos miray.

Las jembras esparesías,
gritaban a no poel más,
unas en ey aposento,
se fueron a refugiy.

En poquisimos momentos,
se dieron más cuchiyás,
y repartieron más palos,
que letras tiene un misar". (1)

De estos bailes el único que se conserva es el "seis chorreao", que era bailado por seis parejas, colocándose las mujeres frente a los hombres. Se cruzaban varias veces, zapateando un poco en ciertos compases, y terminaban valsando. Hoy no se baila así. Es un poco más rápido que el seis simple, y se interrumpe de vez en cuando para recitar frente a los músicos, coplas dialogadas, de estilo picaresco o amoroso, llamadas "bonibas". Entonces se conoce por el nombre de "seis Bombeao".

El "seis enojao", parecido al baile de algunos indígenas mexicanos, fué uno de los bailables favoritos de nuestros jíbaros. (2) Se destaca del grupo una pareja, y empieza a bailar el seis con gran entusiasmo. De pronto, el joven mira a una jibarita de las que están sentadas, y la saluda con la cabeza. Lo advierte la compañera, y los siguen bailando con menos bríos. Se repiten las miradas, y la bailadora, disgustada, desenlaza sus brazos, y continúan bailando separados. El trata de desenjojarla, pero como ella resiste, el galán muestra algún disgusto y se detiene un poco, haciéndose el enojado. Ella, entonces, es la solicitante hasta que vuelven a enlazar los brazos y terminan el baile después de decirse alguna copla galante. Luego salen a bailar las demás parejas.

El baile de "bomba", que sólo se lleva a la montaña para imitar a los negros de la costa, es de un ritmo grotesco, acompañado por una especie de tambores y maracas. Mientras bailan van cantando y golpeando con los pies.

Es interesante observar que casi todos estos bailes son conocidos en Hispanoamérica, aunque con distintos nombres. La forma en que se celebran, y los incidentes ocurridos no difieren mucho: En Argentina el "gaucho malo" da fin al "cielito" con el rapto de una de las bailadoras; en Venezuela, termina el "contrapuntas" con muertos y heridos; en Puerto Rico, un enemigo del dueño de la casa, lanza por la puerta unos polvos de "pica-pica", o un novio celoso saca su machete, y se forma tal confusión, que es necesario terminar el baile.

3. LAS TRULLAS

El seis de enero, día de Reyes, es la fiesta más grande del jíbaro. Con algunos meses de anticipación, las familias comienzan a privarse de algunos alimen-

(1) Alonso, Manuel: "El Baile del Garabato" en "El Gíbaro". (Obra citada) p. 58.

(2) Fernández Juncos, Manuel: "El Seis Enojao" en "Cuentos y Narraciones". (Obra citada) p. 151.

tos, del tabaco, del licor, etc., para ahorrar algún dinero y comprar los obsequios que han de ofrecer a sus amigos en el día de Reyes. La jibara, que ha pasado todo el año cubierta de harapos, compra su vestido nuevo de vivos colores, cintas, gargantillas, polvos de arroz, agua florida, y se engalana, llena de satisfacción. Los instrumentos musicales aparecen afinados, lustrosos y adornados con borlas y flores.

Las trullas son de dos clases: las de a caballo, formadas por los campesinos acomodados, que van a una casa amiga, escogida y avisada con anticipación. Al llegar al sitio convenido, se bajan de sus caballos y acompañados por la música, cantan al pie de la escalera algunos versos de ocasión, los "aguinaldos", saludando a los dueños de la casa, y pidiendo licores y manjares. Al terminar los cantos, aparecen los señores que han de recibir la trulla, y los invitan a subir y a bailar, siendo todos obsequiados con esplendidez.

El dueño de la casa, que es muchas veces el patrón o el propietario de más importancia en el barrio, baila con las jibaritas, reinando gran espíritu de cordialidad y alegría durante la fiesta:

"Las mozas charlan en el aposento,
los mozos a la puerta van llamando,
y ya están todas en la sala, cuando
el tiple da su gemidor acento.

¡Venga guayo! —En el colmo del contento,
dice una voz del masculino bando,
y más y más va el güiro repicando,
y lanza el versador su copla al viento.

Al contemplar el incesante giro,
se animan, y también bailan los viejos;
y forman un estrépito acordado

las cien chicharras que aposenta el güiro,
del tiple melancólico los dejos,
y el golpear de los pies en el soberado." (1).

La otra clase es la de la gente muy pobre, que va a pie, maraca en mano, con el güiro y el tiple bajo el brazo, caminando largas distancias, saltando barrancas y rodeando ríos. Así continúan durante la semana de Reyes, dando trullas en las casas de los amigos pudientes, y bailando toda la noche, hasta que se sienten rendidos de fatiga. Sus cantos tienen un carácter religioso y son más tradicionales:

"Las siete serían cuando llegamos a la casa donde esperaban la música. Era el dueño un tal don Nicolás, jibaro rico en otro tiempo, pero que a pesar de su pobreza, no economizaba gastos en aquellos días. Sabido es que nuestra gente de campo se privaba hasta de comer, para economizarlo preciso y celebrar la Fiesta de Reyes...

En otro país cualquiera, el dueño de la casa se hubiese apresurado a salir a la puerta para recibir a los que llegaban; pero nada de esto, demasiado sabia el jibaro su obligación: la etiqueta le obligaba a permanecer con la puerta cerrada hasta que llegase el momento oportuno.

El de la bordonúa empezó a preludiar. Enseguida, como obedeciendo a una misma indicación, todos los presentes abrieron sus bocas, y acompañados del guicharo, comenzaron a cantar:

(1) Dávila, Virgilio: "Baile en la Altura" en "Aromas del Terruño". (Obra citada), p. 99.

Si me dan licencia
yo cantar quería,
por los tres dolores
que pasó María.

Si me dan licencia
cantar quería yo,
por los tres dolores
que María pasó.

A esta casa vengo
siguiendo una estrella,
y aquí está la casa,
he dado con ella". (1).

Algunas comunidades celebran los "Rosarios de Reyes", algo parecido a las "Posadas" mexicanas, o a nuestra Fiesta de Cruz. Antiguamente, como nos dice don Alejandro Tapia, (2) estas fiestas de Reyes eran un mal, pues abarcaban más de una quincena entre octavas y octavitas, que pasaban los campesinos pidiendo aguinaldos y sin trabajar.

La gran crisis económica está acabando con esta bella tradición. Hoy, el día de Reyes va siendo el más triste de nuestros campos. El jibaro, parado a la orilla de la carretera, o sentado a la puerta del bohío, mira al transeúnte, mientras fuma tristemente su cigarro, pensando que el pobre paría de nuestras montañas, no tiene derecho a gozar de la vida ni siquiera un sólo día del año. Don Virgilio Dávila ha interpretado fielmente esta melancolía del campesino en su poema "Elegía de Reyes", que citamos en otro capítulo.

4. *Los Velorios*

Es el velorio una de las costumbres que mejor se presta a un apunte psicológico. Tres planos distintos ocupa el público en estas reuniones: el de los dolientes, o sean los familiares del difunto; los que comparten con fidelidad el pesar de los dolientes y vienen a prestar su cooperación en las atenciones de la casa; y los veloriómonos, que van sólo a comer y a contar cuentos, porque les atrae la sensación de una trasnochada festiva. Por esta razón se dice con frecuencia, que los campesinos dan carácter de fiesta a los velorios. El transeúnte observa que la alegría, como una intrusa, se adueña del bohío, y el dolor queda reducido a sus más estrechos límites:

"El velorio es un acto de gran importancia para los campesinos... Es la comedia del dolor, rústica y huraña, sin el baño cómico de compunción y ridículo dolor con que se manifiesta en las gentes sociales..." (1).

En las primeras horas de la madrugada, cuando ya se ha terminado el reparto de café, galletas, queso, tabaco y todo lo que es de rigor en estos casos, los concurrentes que viven más cerca, comienzan a retirarse, y los que han venido de muy lejos, se adormecen en sus asientos: los cirios ya casi se han extinguido, y la

- (1) González García, M.: "La Corrida de Reyes" en "Florilegio de Cuentos Puertorriqueños". (Obra citada), p. 66.
- (2) Tapia, Alejandro: "La Cruz del Maestro Perico" en "Mis Memorias". De Laisne & Besboro Inc., New York. 1928. p. 227.
- (3) Meléndez Muñoz, Miguel: "El Velorio". Puerto Rico Ilustrado. Junio 22 de 1912.

vieja rezadora mueve aún su rosario de camándulas. El carpintero del barrio da los últimos martillazos al tosco y negro ataúd, y la infeliz madre, o la afligida esposa, debe comenzar a preparar el desayuno de los que han de ir al entierro. La tristeza de estos momentos ha sido bien interpretada por algunos de nuestros jóvenes pintores.

El "baquini" es el velorio que se celebra cuando muere un niño menor de siete años. El jibaro cree que es un angelito y va al cielo, por lo tanto debe mostrarse alegría en vez de pena. El mejor ejemplo que tenemos de esta tradición es el cuadro "El Velorio" de nuestro pintor Francisco Oller, aunque algunos le han considerado como una sátira de nuestras costumbres:

"El cuadro representa una vivienda rústica techada de paja en cuyo centro se destaca, en primer término, sobre una mesa cubierta con un pañal de barista adornado con ricos encajes, el cadáver de un niño rodeado de flores. A los pies del cadáver un pobre "tanta" contempla abstraído, mientras a sus espaldas, hermosa pibarita, contiene al matón del barrio dispuesto, al parecer, a convertir en campo de Agramante aquel lugar, donde solamente la pena debiera tener asiento. A su lado, los músicos, más bien gozosos que tristes, tocan sus instrumentos mientras se desarrolla poco edificante escena entre un borracho y un libertino... Por el lado opuesto, es decir, a la izquierda del cadáver, la madre del niño, vendada la frente, ofrece una copa de licor al cura, que tiene a su lado, y que vuelve la cabeza entre la alegría que produce un individuo que entra con un lechón asado; y al lado de estas figuras, se destacan dos, que parecen ser el padre y el abuelo del niño, y que contemplan con muda indignación la bacanal que se desarrolla en aquel santuario de la muerte". (1).

¿No tenemos noticias de que exista esta costumbre en ninguna provincia española, y creemos que es de origen indígena porque en la villa de Tepozotlán, en México, aun la celebran de un modo semejante, los indios del país:

"When a child dies, the bell is tolled in the chapel of the barrio in which he lived. The body is laid out on a table (or bed) and is covered with flowers. Candles burn at the head. A crown of paper is often placed on the head, and a bunch of flowers in the clasped hands. Food—often merely bread and milk—is placed near the head. The bereaved parents invite their friends to come and share their sorrow. Musicians are hired and play all night following the death, while an intimate circle sit close beside the body conversing. The music is gay—the music of march or song. The women remain in or near the house. Outside, with the musicians, remain the less favored men. These, drink a great deal; many are quite drunk by the morning. There is much laughing, shouting, and quarreling". (2).

5. *La Fiesta de Cruz.*

Esta fiesta es de origen sevillano, aunque también se celebra en otras provincias de España, y en casi todo Hispanoamérica. Se introdujo en Puerto Rico en 1787, después de un fuerte temblor de tierra, que hubo el 2 de mayo, víspera de la Santa Cruz. (3).

Por muchos años consttuyó una de las principales diversiones de las ciudades, después se ha quedado solamente en los campos, y no tiene la misma pompa y

(1) Infiesta, Alejandro: "El Velorio de Oller" en "la Exposición de Puerto Rico." Boletín Mercantil, 1895, p. 95.

(2) Redfield, Robert: "Tepozotlan, a Mexican Village". The University of Chicago Press. Chicago, Ill, 1930, p. 143.

(3) González García, M.: "La Bruja" en "Antaño y Ogaño". Tip. R. Morel Campos. Caguas, P. R. 1922. Vol. II:7.

alegría. Su carácter es religioso, porque es una promesa que se le hace a la Santa Cruz durante el mes de mayo. Se invita a los vecinos para que vengan a cantar, y como en el campo es costumbre obsequiar a todo el que viene de visita, el rosario termina con un festín.

Para que quede más lucida la fiesta, se dedica una noche a cada uno de los vecinos pudientes, prendiéndole una flor al terminar el rosario, y el agraciado debe pagar los obsequios al día siguiente. El altar es adornado con flores, cintas, luces, y las jibaritas del barrio contribuyen con lo mejor de sus bohíos para decorar la casa donde se celebra la fiesta:

"El altar estaba colocado en mitad de la sala, y en su centro, bajo un dosel de flores y cintajos, destacábase la Santa Cruz, una cruz de madera forrada de papelillos rizados, con un relicario en el cuello y dos pulseras en los brazos.

Todas las colchas de la casa habían salido a relucir en aquella ocasión, y a la verdad que el citado altar presentaba un golpe de vista poético y conmovedor, pues sobre la blancura de la tela resaltaban los variados matices de los flores, frescas y sonrientes, como acabados de coger.

Un suave perfume se extendía por la habitación y las caras de las jibaritas servían de marco a aquella pincelada campestre." (1)..

Después de cada rosario entonan cantos apropiados al acto, y se reparten obsequios. Así continúan hasta la media noche, durante todo el mes de mayo, o los primeros nueve días. En las distintas regiones de la isla se conservan casi las mismas canciones religiosas:

¡Qué linda está la Cruz
con su vestido amarillo,
que se lo dió el buen Jesús,
corona, clavo y martillo.

Las cuentas de mi rosario
son balas de artillería,
que todo el infierno tiembla,
en diciendo: ¡Ave María!

6. Las Juntas.

Las juntas constituyen una original manera de cooperación mutua, realizada en un día, previa invitación del interesado a sus vecinos. En Sur América se acostumbra especialmente para el cambio de ganado de un sitio a otro o para recortar la lana de los ovejas. (2). En Puerto Rico, como los campesinos viven a bastante proximidad, se celebran las juntas con más frecuencia: para techar una casa, coger y pilar café, o cualquiera otra de las faenas agrícolas. Pero la que tiene el carácter más festivo es el corte y deshoje de maíz, cuando se reúnen todos los vecinos en una noche de luna, y mientras arrancan las verdes hojas que cubren las mazorcas, van narrando sus cuentos y leyendas en el batey de la casa:

"Los maizales tostados por el sol, tiñéndose de un amarillo terroso, quebrando el pomposo florón de su hojarasca, enhiesta el desnudo talle, dando una falsa impresión de aridez, esterilidad, anunciaban la recolecta del fruto sazonado y maduro.

(1) González García, M.: "La Bruja" en "Antaño y Ogaño". Tip. R. Morel Campos. Caguas, P. R. 1922. Vol. II:7.

(2) Pérez Petit, Víctor: "Entre los Pastos". Bibl. Antonio Barreiro y Ramos, Montevideo. 1920. p. 221.

Los boyeros aguijaban sus yuntas, que orgullosas, levantaban la cerviz satisfechas de arrastrar la perezosa corza, que con sus extremidades inferiores muy abiertas, y los brazos en alto, estrechaban las opulentas mazorecas, y las iban deportando en monumental pirámide, bajo cuya base, previamente se había depositado "un real de a cuatro", para el afortunado deshojador, que con él topase.

Las mozas, sujeto el ruedo de sus sayas de vivos colores, al lado derecho de su cintura... amontonaban el coorrón, que ha de ser repartido gratuitamente entre los más hacendosos...

El crujir de la hojarasca es interrumpido de vez en cuando, por las argentinas cargadas de las doncellas o por la copla amorosa del zagal...

Llega el crepúsculo como por asalto... Dos lámparas humeantes de hoja de lata y unas lloronas velas en dorados candeleros de naranja, pretenden iluminar la sala. El pilón entona el cadencioso himno en honor del aromático café... y van penetrando los convidados y tomando asiento alrededor de la pirámide". (1)

7. *Costumbres muy Antiguas.*

(a) *El Amor y las Estacas.*

La costumbre de hacer el amor por medio de estacas, es una de las más antiguas en la isla, y no podemos trazar su origen, ya que no parece existir en otra parte. Era el resultado de la rara timidez de nuestros jíbaros, y hace ya mucho tiempo que desapareció:

"El enamorado que no se atreve a declarar su afecto a la joven que lo inspira, aguza un palo pequeño y resistente, y lo clava en el batey de la casa, donde ella reside.

Si ella acepta a las pretensiones del mancebo, arranca la estaca y la clava en un lugar más cerca a la habitación. Si los desprecia, arranca la estaca y la arroja hacia fuera con desdén.

El favorecido debe mostrar su alegría y agradecimiento, pasando repetidas veces de noche, a caballo, por delante de su casa: ora cantando alguna copla galante y amorosa, ora tocando en el tiple, o en la bordonúa, algún son agradable del país.

Si no sabe cantar ni tocar, debe pasar y toser. Ella toserá también". (2)

Demás está decir que si el enamorado observa que la estaca ha sido arrojada, no vuelve a pasar por el bohío y procura no encontrarse con la que lo ha despreciado.

(b) *La Levita del Barrio.*

Difícil es creer que alguna vez existió esta graciosa costumbre, si observamos la sencillez en la indumentaria de nuestros campesinos; pero los viejos repiten la his torieta, y así la han recogido algunos escritores:

"El jíbaro de hoy viste del mismo modo que vestía el jíbaro de hace un siglo: pantalón de dril o de coleta, camisa de listas y sombrero de palma de yarey.

El día de su casamiento, escoge las tres mejores piezas de su ropa, se pone un corbatín ajustado y se cuelga de los hombros "la levita del barrio".

(1) Morales Cabrera, Pablo: "El Deshoje" en "Cuentos Populares". Tip. El Progreso, Bayamón, P. R. 1914 p. 9.

(2) Fernández Juncos, Manuel: "Costumbres y Tradiciones", Imp. Bellas Letras, San Juan, P. R. 1883. p. 9 y 19.

A veces pertenece al comisario, o algún otro vecino acomodado, o la compran (a escote) todos los jíbaros casaderos, designando a uno para que la guarde, la cepille y pegue los botones, siempre que sea necesario.

Y que orondo y satisfecho se presenta a los ojos de la novia, con el talle rígido, el pescuezo agarrotado y los brazos entreabiertos a guisa de alas, en actitud de alzar el vuelo.

La levita cuenta por centenares los novios que se visten con ella. Su color, que fué en un tiempo negro, acaba por ser pardusco atabacado. Tiene manchas de dulces, de cera, de queso, etc. Está roída por los ratones.

Ponerse la levita es sinónimo de contraer matrimonio: "Conque si me quíes querer, jábla, pa dil agora mesmo donde el Comisario a jilo de la levita..."

"Aunque tu padre me diera,
los bueyes con el arado,
no me adornaría de nuevo,
con la levita del barrio". (1)

5. Otras Costumbres.

La celebración del matrimonio de una jibarita no es frecuente en el campo, porque la mayoría de los campesinos no puede permitirse el lujo de una pomposa boda, y además existe el hábito de robar a la novia, como ya hemos indicado. No obstante, el campesino acomodado ha sentido siempre gran placer en celebrar la boda de sus hijas:

"Cantando estaba ey pitirre
en la copla de una seyba,
cuando salen de una casa,
o mejoy de abajo de ella,
jasta unas treinta personas,
a cuay más toas compuestas.
Diban toas a cabayo,
(ey que menos diba en yegua),
los hombres ensapataos,
y casi toos con chaqueta,
yeban aygunos pañuelo,
amarrao a la cabeza.

Las mujeres yeban gorras
de pelo con plumas negras,
guantes de algodón tejíos,
y argunas sayas e seas.

Yegan, y el cura que estaba
asperándoes a la puelta,
los espachó y dijo misa,
toito en requimeternan.

Y er baile jasta er comey,
duró en calientes y veras;
los suegros y los pairinos
con los novios a la mesa
se sentaron, los emás,

(1) Fernández Juncos, Manuel: "Costumbres y Tradiciones". Imp. Bellas Letras, San Juan, P. R., 1883. p. 9 y 19.

caa uno a su manera,
ñangotaos, y en jamacas,
paraos, y en la escalera.
No faytó er arroz con carne,
con coco, y con leche buena,
ni los biñuelos de ñame,
ni la naranja en conseya,
ni ey romo ni ey anisao,
ni ey vino, ni la ginebra". (1)

Los bautismos, la Noche Buena, el Año Nuevo, la Semana Santa, y otras fiestas religiosas, no ofrecen gran ceremonia. Los campesinos vienen a la iglesia de la población más próxima, y después hacen una pequeña fiesta en la casa. La "Candelaria" es una pirámide de hojas secas, que queman el día 2 de febrero. Parece tener origen indígena, por los bailes y gritos alrededor del fuego.

Nuestros escritores lamentan, con muy sobrada razón, que estas bellas tradiciones y costumbres vayan desapareciendo, pues en verdad, ellas ofrecían el mejor ambiente a los novelistas, a los poetas, y a los artistas en general. Hoy apenas si se puede recoger otra cosa que la melancolía, la miseria, el malestar, la ignorancia que rodea al campesino. Falta la nota de color, lo típico y característico de los motivos rurales, que sirva de inspiración a nuevas formas literarias o artísticas.

(1) Alonso, Manuel; "Casamiento Gibaró" en "El Gibaró". (Obra citada) p. 412

CAPITULO VIII

TIPOS CAMPESINOS

En ningún tema de nuestra investigación hemos notado con mayor sentimiento la falta de un verdadero folklore puertorriqueño, como en el presente capítulo. Es en la literatura folklórica, en la que vibra de una manera huraña y apasionada, audaz y franca, la compleja psicología del campesino, con sus canciones y leyendas sus fanatismos y supersticiones, sus amores y tristezas.

Sin el folklore, es imposible conocer ese filón inextinguible de tesoros magníficos que encierra el alma del hombre de la montaña, la vida de esos tipos característicos de todo grupo social, que forman el corazón del pueblo.

Conociendo íntimamente a nuestros jíbaros, hemos observado de cerca, casi un centenar de tipos y caracteres, con colorido suficiente para formar una hermosa colección de bellos cuadros. Desfilan por nuestra imaginación: el idealista, el filósofo, el avaro, el hipócrita, el mentiroso, el Tenorio, la Celestina, el Sancho, etc., con las mismas pasiones, aunque desarrolladas imperfectamente, que las figuras dramáticas y novelescas que todos conocemos.

Es verdad que el desarrollo del folklore necesita grandes facultades de pasión, de observación, de colorido, de adaptación, y hasta de patriotismo. No todos los poetas, ni escritores pueden ensayarse en esa particular manera de expresión, ya que el folklore no se improvisa.

1. Descripción general

La mayoría de nuestros escritores han visto siempre al hombre de la montaña a través de un lente empañado, en que aparece como un ser incoloro, desabrido, que no se presta para nada. Por el contrario, la jibarita aparece bella, alegre, agradecida, fresca y sabrosa, como fruta madura:

“¡Y es bella! Son sus ojos humedecidas murtas,
prendidas en girones del cielo tropical;
su talle y pie menudos; sus labios fueron hechos
de la rosada pulpa que brinda la guayaba,
y son sus blancos dientes, botones de azahar”. (1)

(1) Dávila, Virgilio: “La Jibarita” en “Aromas del Terruño”. (Obra citada) p. 53.

"Tristes, sudorosos, abrumados, más por el peso de su negro infortunio, que por las fatigas y el cansancio de un día de labor... les veo pasar frente a mí todas las tardes, al anochecer, para internarse luego entre los riscos y fragosidades de la sierra, donde tienen su nido, como las águilas..."

Van descalzos, con la sucia franela pegada por el sudor al desmembrado torso; los pantalones arrollados y amarrados a media pierna con una enajagua; los brazos largos, más allá de la proporción necesaria a la armonía del conjunto, como las razas acostumbradas a manejar el sable o el machete; marchita y terrosa la color...

¡Son los pálidos, los pobres habitantes de la sierra!" (1)

La verdad del asunto es, que siendo nuestros jíbaros descendientes de españoles, tienen un agradable aspecto físico, con facciones finas, hermosos ojos, y cabellos vivos. Desde luego que esta belleza no se nota a primera vista, debido a la pobreza de su indumentaria, y a su constitución anémica:

"El ancho sombrero de paja del país, que cubría la testa de Agapito, brillaba como un casco de fantástico oro. Su gruesa camiseta de algodón, transparentaba sus músculos varoniles, dibujando la anatomía viril y elegante de su tórax, y a través de su tejido, por el cual se filtraba la luz del sol, imprimiendo a su urdedumbre tonos amarillentos de oro pálido, notábase el movimiento agitado de su corazón..."

Yuyo no se movía. Su cuerpo adquiría contornos estatuarios, esculturales. Su hermosa cabeza de india, echada hacia atrás, en arrogante posición del rostro... sus brazos hermosos, redondos, descubiertos al aire... su busto de carnes recias e impecables..." (2)

El traje del campesino ha variado mucho, debido a su complejo de inferioridad, que le hace imitar siempre las modas ciudadanas, creyendo que así puede ocultar su aire montuno. Antiguamente, el jíbaro usaba un sombrero de paja, grande, adornado con cintas; alrededor de su cuello, un gran pañuelo de colores vivos, atado al frente por una sortija de oro o plata; camisa de listas; pantalón estrecho de color claro; y una faja negra o roja en la cintura, terminando en flecos que caían al lado izquierdo. En los días de trabajo, llevaba machete en la vaina o en la mano.

La mujer usaba falda ancha y larga, de color oscuro para trabajar, con una blusa de muselina blanca. Las de alguna edad, llevan pañuelo de cuadros a la cabeza, y un mantón negro sobre los hombros. Las mozas peinan su larga cabellera en dos trenzas, cayendo sobre la espalda, y vestían trajes de colores vivos, adornándose con flores, collares y perfumes, en los días de fiesta:

"La reunión estaba compuesta de cuarenta o cincuenta criollos de los alrededores, de uno y otro sexo. Algunos habían venido de siete leguas de distancia, porque estos hombres de ordinario indolentes, son muy apasionados para el baile... Los hombres con pantalón y camisa indiana; las mujeres con trajes blancos y largos collares de oro; todos con cabeza cubierta con un pañuelo de color, y un sombrero redondo galoneado..." (3)

2. El Comisario de Barrio

El Comisario de barrio es un tipo que ha perdido su importancia y colorido, pero fué la figura principal y más interesante de cada comunidad rural. Dejemos que Fernández Juncos nos haga su retrato:

(1) Palés, Vicente: "Los Pálidos". Heraldo Español. San Juan, P. R. Septiembre 6 de 1904.

(2) Meléndez Muñoz, M.: "Yuyo". (Obra citada) p. 84.

(3) Ledru, André Pierre: "Viaje a la Isla, etc." (Obra citada) p. 67.

"El comisario de Barrio es generalmente un labrador muy conocido de sus vecinos, entre los cuales pasa por hombre letrado y de talento. Su edad es siempre mayor de veinte y cinco años; su estado casado. . . El empleo es honorífico, sin sueldo de ninguna clase, y suele ejercerlo toda su vida, a falta de otro vecino que sea apto para sustituirle. Debe saber escribir, poseer algunos bienes raíces, y un caballo que le ayude a desempeñar los actos del servicio, que son muchos y variados. El comisario los realiza todos con suma brevedad y gran tacto.

Es alcalde y alguacil a un mismo tiempo. Sabe al dedillo la vida y milagros de todos los habitantes del lugar; espía todas sus acciones para descubrir el germen de todas las tramas domésticas, y los pronunciamientos conyugales, llegando siempre oportunamente a interponer su autoridad en los asuntos familiares. No hay asunto leve o grave en la comunidad, en que no intervenga. . . Sirve de intermediario entre las autoridades exteriores y los vecinos, contribuciones, multas, etc. . .

El comisario de barrio es el curador nato de todos los huérfanos de la vecindad, el casamentero de los jóvenes, el pacificador de los matrimonios, el repartidor de las herencias, el enderezador de los entuertos, el desfacedor de los agravios, el que da de beber al que ha hambre, y de comer la que ha sed". (1)

3. El Gallero y el Coleador

El gallero es un hombre de mediana edad, pacífico, honrado, de alguna posición; viste con chaqueta y zapatos en los días festivos. Cuando está en ejercicio de su oficio, lleva unas tijeras pendientes de un cordón negro arrastrado al cuello. Es maestro y padrino de los gallos, sirviendo a veces de coleador, durante la riña.

"Debe tener vocación, gran instinto observador, mucha paciencia y una memoria capaz de retener la genealogía y hoja de servicio de cada uno de los gallos que le confían, cuyo número puede llegar a un centenar.

Vive, duerme, come y consagra todos sus pensamientos a los gallos. . . Se identifica con ellos, si ganan se llena de regocijo, si pierden, se avergüenza. La muerte de un gallo, le ocasiona lágrimas de dolor.

El coleador, que es a veces el mismo gallero, debe ser un reconocido hombre de bien. Debe poseer una vista de lince, de modo que pueda observar desde cierta distancia, el sitio y profundidad de cada puñalada, para calcular la influencia de cada espolazo en el curso y decisión de la pelea. A simple vista sabrá calcular el peso, la edad y demás condiciones del gallo.

Debe poseer en alto grado el arte de la elocuencia, para alegar su derecho, en casos de disputa, para convencer a sus contrincantes, y suplir con la lengua lo que el gallo no ha hecho con las espuelas". (2)

4. El Músico y el Cantor

Es natural que nuestro campesino sea cantor. Vive en el eterno canto de la naturaleza tropical, pródiga en ritmos, sobrecargada de incentivos armoniosos. Oye la suave música del manantial, tiemblan las flores con el ligero murmullo de la brisa, vibra sonora la garganta de un pájaro, se repite el monorrítmico canto del coquí o crujen las hojas secas con la leve inquietud del garto.

Nuestro jíbaro, como buen campesino, no escapa a esa constante influencia.

(1) Fernández Juncos, Manuel: "Tipos y Caracteres". Bib. del Buscapié, San Juan, P. R. 1882, p. 59.

(2) Fernández Juncos, Manuel: "El Coleador" en "Tipos y Caracteres". (Obra citada) p. 62.

Ya hicimos notar su predilección por el canto y la música. Su tonillo dulzón, su "hablar cantando", es típico de su conversación. Todos entonan sus coplas cuando están solos, pero hay en ellos el natural orgullo de cantar bien, por lo que hacen sus coplas:

Cantar bien o no cantar
en el campo es diferente;
pero delante de la gente,
cantar bien o no cantar.

Los títulos de cantor y músico, van casi siempre revestidos en el mismo jibaro, que es en cierto modo una reminiscencia del antiguo trovador, héroe de tantas leyendas. Cantor, músico y guapo, son los atributos más firmes para las conquistas amorosas. Es una preocupación transmitida de padres a hijos, y afianzadas por el ambiente del campesino.

El "músico-cantor" es el jibaro más simpático de la comunidad. Generalmente no trabaja, es una especie de bohemio, querido y agasajado, llevado y traído por todos, porque a nadie hace daño. Improvisa sus coplas, y les pone música, o hace sonar las cuerdas de su tiple para producir una tonada que ha oído en algún sitio.

Los ciegos son también músicos y versificadores, aunque sea para ganarse la vida:

"Una pareja que resulta típica en nuestros campos, es el ciego versador y músico, que hace vibrar las cuerdas de su cuatro o bordonúa para hacerse acompañamiento a su propio cantar de una décima doliente o rebelde, y el lazarillo que lo acompaña, que toca el guicharo curvado, con una tiera y negro púa". (1)

"Pero lo más ingenioso de compay Cache es su tiple rústico de yagrumo, con tres cuerdas de cuero, el que al roce sencillo de una uña postiza, hecha de un pedazo de cuerno de cabro, lanza a los aires su estridente y grata sonata jubilosa. Es una sola, única en el repertorio del músico rural; pero la que ha sacado de apuros a más de un trasnochador en esos bailes bulliciosos de los días de Reyes". (2)

5. Versificadores

Algo parecido a los "músico-cantores", son los rústicos versificadores, hombres festivos, soñadores, de genio, alegre que anhelan una vida de paz y deleite, en medio de las amargas realidades del medio ambiente en que se agitan. Se creen algo superiores a los demás, sin concebir odios, ni deshonras para el prójimo. Están satisfechos con su propio saber, y no procuran aprender nada. La mayoría de estos versificadores campesinos son sencillamente analfabetas.

Su sitio de recreo es la pulpería o el ventorro, donde se sienta a recitar sus ya coocidas décimas, o a componer otras sobre cualquier tema que le den sus amigos:

(1) Fernós Isern, Antonio: "Por nuestros campesinos". Puerto Rico Ilustrado. Enero 18 de 1919.

(2) Fortuño Sellés, R.: "El Tiple de Compay Cache". El Mundo San Juan, P. R. 28 de enero de 1934.

"Un domingo hacia las cuatro
 queriéndome divertir,
 me dirigí a un cafetín
 para conversar un rato,
 y por hacerme de cuartos,
 me acerqué donde tallaban.
 Al poco tiempo escuchaba
 un tiro de policía,
 y era Kolón que decía
 "Tiene delito el que talla". (1)

Ya hemos hecho referencia a los torneos de versificadores en las pulperías tan llenos de interés al observar la facilidad que tienen para improvisar sus coplas o décimas. Tanto el vencedor como el vencido, saborean el vaso de licor que pagan sus amigos, y salen juntos, discutiendo la forma en que se ha de celebrar el próximo encuentro. Las décimas nuevas, que hizo suyas el atento oído del público, son repetidas al siguiente día por los mismos concurrentes, que reunidos en el trabajo, o en el batey, recuerdan con regocijo la interesante escena de la noche anterior.

6. El Carretero

El carretero es siempre un hombre fornido y humilde, que se levanta de madrugada y va corriendo por los arrabales húmedos en busca de la yunta de bueyes que esté más descansada para uncirla al carro y hacer su viaje cotidiano o semanal a la ciudad, con su carga de frutos y vegetales para el mercado; regresando la noche siguiente con el carro lleno de mercancías para los comerciantes de la vecindad, a quienes presta sus servicios.

Es honrado, cuidadoso y paciente. Rinde cuenta exacta de los frutos que ha llevado a la ciudad y de los cuales procuró sacar el mayor provecho en favor de sus vecinos. Cuando no estaban en uso los cheques y demás documentos comerciales, al humilde carretero le era confiada la taleguita repleta de reales y pesetas para hacer los correspondientes abonos a los acreedores de la ciudad que vendían al pulpero. ¡Con cuánto celo cuidaba del dinero ajeno! Escondía la bolsa bajo su faja, se cubría con el viejo capote, y no dormía un sólo momento, hasta dejar cumplida su misión al día siguiente:

"Roque, sentado sobre la estiva de sacos, interrumpe a intervalos sus pensamientos, para modular una copla, donde a veces va envuelta la brevedad de sus ideas, algo de un sentimentalismo rudo, que brota de un corazón humilde.

Regresa de la ciudad, de donde cubiera al amanecer, fija su pensamiento y su amor en el hogar oculto en lo más enmarañado de la montaña...

Por eso el fornido carretero, en cuyos ojos negros y soñadores rielan las estrellas refulgentes de la noche, canta a veces para ahogar sus penas:

Duermes corazón y deja,
 en olvido tus amores,
 no sientas penas ni lloros
 por la ilusión que se aleja...

(1) Julián Marín, R.: "Versificadores" en "Crónicas Intimas", Puerto Rico Ilustrado, San Juan, P. R. Mayo 11 de 1912.

Como a cien metros del bohío, a orillas de la carretera, están los almacenes del amó. La descarga comienza. Luego le corresponderá desuncir los bueyes, llevarlos al abrevadero, y al cercado, donde pacen de ordinario.

Llega al hogar y cuenta a su mujercita las impresiones de aquel viaje más fatigoso que los otros. Sus hijos le preguntan si les ha traído dulces, y él promete hacerlo al día siguiente.

Pero el fornido carretero llora en el interior de su alma, y sus lágrimas caen como una maldición sobre los explotadores que le arrancaron su felicidad". (1)

7. Curanderos

El oficio de curandero es ejercido en nuestros campos por hombres y mujeres. Algunos dicen estar inspirados por los santos, y otros por los espíritus de los muertos. Como es de esperarse, el jíbaro tiene más fe en el curandero que en médico, porque le habla su propio lenguaje, receta remedios caseros, y trabaja gratuitamente en la mayoría de los casos.

Casi todo el valor farmacológico vulgar reside en la superstición y en las plantas familiares. El curandero cree conocer todas las enfermedades, a las que da nombres especiales, y tiene sus remedios infalibles si "el enfermo tiene fe". Muchas veces las fricciones deben ir acompañadas de oraciones o versos para que tengan efecto. Cuando un niño se da un golpe, se hace una cruz con el dedo sobre la parte dolorida, mientras se repite tres veces alguna oración o frase especialmente para el caso. Al sacar un espíritu malo, que haya penetrado en el cuerpo de un enfermo, es necesario repetir ciertos conjuros o imprecaciones:

Sal sol, sal agua, sal viento,
y deja a este ser su aliento.

"Matambú, célebre curandero y santiguador de oficio, fué llamado a conjurar aquel maleficio. Compró sus mixtos: azogue vivo, pimienta angola y dicomio. Sumergió estos ingredientes, echó unas cuantas bendiciones, y mistó sus simbolismos..." (2)

"Seña Tana fué conducida a la habitación que ocupaba Eulogia..."

—Pos mire, toas las enfermedades son lo mesmo. Unas malas y otras más malas. Polque lo que es la enfermedad, no la averigua naide, pol más que se empeñe... Lo que hay que averiguar es el lugar del cuerpo en que se ja metió la enfermedad... y sacala pa juera". (3)

8. Los Negociantes

Podemos encontrar tres clases de jíbaros negociantes: los que vienen semanalmente al mercado con su carga de vegetales, frutas, aves y flores, o siembran café y tabaco para vender a los acaparadores; los vendedores ambulantes; y los ventorrilleros. En los tres tipos, observamos los mismos rasgos psicológicos: agudeza de inteligencia, malicia, desconfianza, y gran precaución.

El jíbaro ha estudiado la ley de la oferta y la demanda en los hombres con

(1) Julia Marín, R.: "El Carretero" en "Almanaque de Puerto Rico". San Juan, P. R. Mayo de 1911 p. 148.

(2) Morales Cabrera, Pablo: "El Lavadero de la Virgen" en "Cuentos Populares". (Obra citada) p. 26.

(3) Meléndez Muñoz, M.: "Yuyo". (Obra citada) p. 88.

quienes trata, y disfraza la oferta mostrando interés en comprar o conservar aquello que en realidad desea vender bien. Para que las aves y animales pesen más, los hace beber y comer en abundancia, momentos antes de traerlos al mercado. Alaba sus productos y trata de desacreditar los de los demás vendedores; aumenta el precio para después ofrecer rebaja:

—“Tabaco como éste — dijo Juan Maruco — no lo jaya usted mejor en toa la isla. Aquí encuentra usted mucho jugo; y sobre todo ni una hoja picá”. (1)

El ventorrillero compra y vende a crédito. Como su clientela no le cumple, tampoco él puede hacer abonos regulares a sus acreedores; pero procura sostener el ventorro abierto, aunque no gane nada en metálico; se conforma con mantener a su familia con las provisiones que va recibiendo.

El vendedor ambulante es casi siempre un hojalatero, un vendedor de santos de madera, lúminas y oraciones, o un quincallero, que corresponde al mercachifle de Hispanoamérica:

“El vendedor de santos, concluye por venderlos todos en el más breve término posible. Hecho esto, arregla como puede su traje mugriento y descosido, córtase el pelo, lávase el rostro, compra una albarda, busca un rocín, y se mete a mercachifle...”

Hay ocasiones en que vende al fiado, y hasta suele suceder que no le pagan. Entonces se convierte en “inglés”... Sus modales son entonces bruscos y groseros, y sus palabras insultantes y provocativas”. (2)

9. Las Lavanderas

El cuadro que ofrecen las lavanderas es admirable. Tienen un sello de conformidad y resignación que las hace atrayentes. Los pies descalzos están familiarizados con las espinas y guijarros del camino; sus cuerpos no parecen sentir el tormento de la lluvia, soportada a plomo sobre su cuerpo, camino del río, con el lio de ropa en la cabeza.

Los primeros rayos del sol, sorpréndelas bajando la cuesta que conduce al río. Llevan entre el lio de la ropa, el pedazo de jabón, la “palmeta”, que les ayuda al lavado, y los cuadritos de añil para acentuar el blanco de las ropas. Van contentas saboreando un “cabo” de tabaco, después de varios sorbos de café negro que le han servido de desayuno.

La primera ropa que lavan es la que llevan puesta, para regresar limpias a su bohío. Después, inclinadas hacia la suave piedra de lavar, golpean la ropa, que enjabonan en un vaivén continuo, acompasado y rítmico.

Son muchas amigas y comadres del mismo oficio. Tienen un lavadero común y conservan, sin que las nadie les toque, sus respectivas piedras de lavar. Mientras trabajan dicen todo lo que saben sobre las dueñas de las ropas que enjabonan. A veces se sienten alegres, y entonan la vieja copla que aprendieron de niñas:

“En la espesura del bosque, dibújense las amplias formas de las lavanderas cargadas con

(1) González García, M.: “Carmela”. (Obra citada) p. 66.

(2) Fernández Juncos, M.: “Vendedores Ambulantes” en “Tipos y Caracteres”. (Obra citada) p. 169.

sus lios. Desnudos sus brazos, remangan sus falda, toman por asiento las asperezas de una piedra, y se dan a su labor, inundando de blancas jabonaduras las ropas que de sus manos salen purificadas por el agua.

María Antonia suelta el lio en las arenas de la orilla; levanta perezosamente las mangas de su chaqueta, abandonando el tesoro de sus piernas a la avaricia del río que las ciñe con espumajosos grillos.

Bulliciosa ráfaga de viento enroasca la muselina de su traje sobre sus recias formas de campesina saludable, y pugna en vano por derramar en sus hombros la onda cobriza de su cabellera, abatiendo los acerados puntales que la sostienen en su nuca". (1)

10. El Tenorio

"El Tenorio" es siempre un jibarito joven, buen mozo, cantor, músico y gran bailarín. En las juntas, los bailes, y las fiestas de Cruz, hace su papel de "picaflor" maravillosamente. Los padres de las jibaritas casaderas lo detestan; pero ellas saben buscar la vuelta, y se dejan engañar fácilmente, porque el ronda su bohío, cantando serenatas, tiene el don de hacerse querer:

"Era Fernando Collores,
mozo alegre, talla esbelta,
tez blanca y descolorida,
grandes ojos, barba negra,
aire galán, busto erguido,
rostro de líneas correctas,
y expresión movable y vaga,
entre sumisa y enérgica.

.....
Cantador a lo divino,
con asomos de poeta
nadie en el barrio le iguala
cuando rima y argumenta;
tiene acopio de cantares,
glosa en un Jesús las décimas,
y hace hablar entre sus manos,
la guitarra y la vihuela.

Galanteador incansable,
no hay vecina casadera
a quien no haya declarado,
sus amorosas ternezas;
mas, no se rinde a ninguna,
porque es pájaro de cuenta,
y por lo sutil y arisco,
que al cogerle, salta y vuela,
entre las mozas del barrio,
tiene un apodo "Guinea".

Por eso busca en la altura,
lo que en el valle no encuentra,
muchachas desprevenidas,
impresionables, ingenuas,
que le abran sus corazones,
y le escuchen, y le crean.

(1) Armstrong, Emilia V. de: "Las Lavanderas" en "Florilegio de Cuentos Puertorriqueños". (Obra citada) p. 140.

Agora dí cómo quieres
que un padre como Dios manda
deje que ronde a una hija,
de tan buenas circunstancias,
un picaflo, un peldío,
un calavera, un maraca,
que a toas dice lo mesmo
y que a toas las engaña?

Quedóse el mozo corrido,
con tan severa rociada;
murmuró tal cual excusa,
echó el tiple a las espaldas,
dijo "adios", siguió el camino,
y el otro volvió a su casa,
a tiempo que la doncella,
después de escuchar la plática,
rescatándose en el lecho,
triste entre sí, murmuraba:

"Es lástima que sea ansina,
pues lo que es cantal, bien canta!" (1)

11. Otros Tipos

De otros tipos y caracteres que merecen mayor atención, apenas puede encontrarse alguna que otra pincelada: el jíbaro leído, el taita, el optimista, el jaquetón, el embaucador, la Celestina, las golfas, el lechero, el avaro, el capataz, etc:

"Mire, niña, partidos así no se desprecian! Es un hombre rico! Pídale que le ponga casa en el pueblo, y entonces saldrá usted de esta maldita y fastidiosa hacienda, donde no se goza nada, y el aire siempre gié a guarapo agrio... Si usted quiere yo le llevo el "sí", y ya verá, niña, ya verá!" (2)

"No hay que llorar muchachos, la madre se va, pero queda la hija que vale más que ella. Verán la leche que va a dar dentro de poco tiempo... aparte de una yunta de bueyes que me dará en las dos primeras crías, que en cuanto estén grandes, me servirán para arar el terrenito y sembrar tabaco, y después con lo que me produzca el tabaco, le compró la estancia a Compae Casildo, y una potrancia, para llevar mi mujer al pueblo... ¡Ya verán! ¡Ya verán! lo que va a ser la novillita". (3)

"El lechero... era un muchacho sucio, avispao, que gritaba hasta esgañotarse, y que montado en la yegua más enclenque y trotona de la finca... con sus cuartillos de arestín, entraba al pueblo, bien temprano por la mañana, al escape tendío... pregonando: Trote. Trote! Llevo Trote!" (4)

Por los ejemplos que hemos citado, puede verse que son muy pocos los autores que no han confundido el folklorismo con los cuentos y chascarrillos que ruedan por las aldeas, olvidando que el folklore tiene su propia vida, y es hondo y

- (1) Fernánde Juncos, Manuel: "La Serenata" en "Cuentos y Narraciones". (Obra citada) p. 163.
- (2) Coll y Toste, Cayetano: "La Uña de la Gran Bestia" en "Leyendas Puertorriqueñas". (Obra citada) Tomo III:202.
- (3) González García, M.: "La Primera Cría". Tip. Arturo Córdova. San Juan, P. R. 1893, p. 48.
- (4) Bagué, Jaime: "El Lechero". El Mundo. San Juan, P. R. Noviembre 6 de 1932.

apasionado, como casi toda obra de arte. Otros han trazado con hábil pincelada, la silueta de los tipos pueblerinos, pero son muy raros los que han ido a la montaña en busca de figuras genuinas con que adornar el panorama de sus acuarelas, o el alegre escenario de sus cuadros cómicos.

CAPITULO IX

EL BOHIO

La palabra bohío se deriva de "bojío", la choza indígena. Los quisqueyanos aplicaban el nombre a la parte septentrional de la isla de Haytí, como significando su casa. Algunos escritores e historiadores han equivocado el vocable escribiendo "Buhío", "boi". (1)

Estaba construída esta cabaña india a cierta altura del suelo para preservarla de la humedad, y cubierta con ramas de la palma de yagua. Las paredes eran también de yaguas o tablas del tronco de la palmera, y en esto se distingue la de las chozas de paja habitadas por los indígenas de otros países de América.

1. Descripción

Ya hemos indicado que los primeros habitantes de nuestras montañas, desconocían el arte de fabricar casas, y como carecían de materiales, se vieron obligados a imitar la choza india, ejemplo que han seguido fielmente los jibaros.

La construcción de un bohío es tarea fácil. Los materiales están a la mano, y el modelo es tan simple, que puede hacerlo hasta un muchacho de poca edad, con un poco de cuidado. Veamos como se construía en 1797:

"Clávanse en tierra de doce a veinte maderos unidos entre sí, por medio de otros transversales y a dos metros de elevación se forma el piso con tablas, que tiene regularmente de quince a diez y seis metros cuadrados, y se cierra el todo con yaguas atadas a unas cuantas varas que rodean el edificio, aseguradas a los principales maderos, y el techo se cobija con la misma yagua o con hojas secas de cañas... se divide interiormente en tres departamentos — el del frente, que es muy abierto sirve para los niños y trabajos caseros; en el segundo, que tiene grandes puertas, se colocan los muebles y los utensilios de cocina, y el último sirve de almacén y dormitorio para la familia... úsanse en las ventanas, cortinas de gasa, rejas o contraventanas". (2)

Muy poco ha variado la manera de hacer las casas. Hoy son más pequeñas y se nota mayor pobreza en el interior:

"Un rancho de yagua cobijado de matojo. En su interior, una pequeña sala y un estrecho cuarto que servía de dormitorio común. De la sala, por una escalerilla de palo, se bajaba

(1) Coll y Toste, Cayetano: "Prehistoria de Puerto Rico". (Obra citada) p. 213.

(2) Ledru, A. Pierre: "Viaje a la Isla, etc." (Obra citada) p. 166.

a la cocina, compuesto de un pequeño cobertizo, también de yagua, y que apenas podía contener el fogón.

En la sala encontrábase una mesa de pino y dos o tres taburetes donde se sentaba la familia. Pegadas a la pared se veían algunas estampas con figurillas de santos, y una cruz de madera, adornada de papelillos. De la peana de la cruz pendía un rosario, y alrededor de una Purísima, esparcían varias flores sus perfumes, colocadas allí desde el amanecer". (1)

El bohío ha sido con frecuencia, un motivo de inspiración en la pintura y en el dibujo. El famoso cuadro de nuestro pintor Oller, "El Velorio", ya mencionado, representa con verdadero realismo y sorprendente riqueza de detalles, el interior de una vivienda rústica.

2. Aspecto Realista

Los sociólogos y médicos han visto siempre al bohío como a un antro mísero, apresuradamente construido, congestionado, malsano, e infestado con toda clase de alimañas e insectos. No ha faltado tampoco algún escritor que haya lanzado la más amarga sátira social al contemplar las miserias del bohío. Otros han tenido una visión más objetiva. Veamos algunos ejemplos:

"No se puede hablar de la casa del campesino sin experimentar un sentimiento de humillación al pensar cuan poco hemos hecho las clases directoras de nuestro país, por remediar mediante una acción social consciente, las condiciones de vida de la familia campesina, tan contraria a la salud y a la moral... carecen de toda comodidad... ni aún puede compararse con la choza de los negros de los Estados del Sur. La casa del campesino de muchos pueblos de Europa, es de tierra, pero con ajuar decente, y la comodidad compatible con la pobreza". (2)

"En la abrupta vertiente de la sierra,
entre espinos y almendros, se destaca
el rústico bohío,
del pobre morador de la montaña.
Tiene el techo de hinea,
cerrado está de yaguas,
y el piso, que perforan mil hendijas,
es de tabla de palma.

... ..
Tienen por cama el áspero petate;
su mueble más lujoso es una hamaca,
tejida con la fibra de maguey
y con los hilos de hilachas de majagua.
Toman agua del pozo del vecino,
agua impura por sucia y estancada;
tienen por tinajero un calabazo,
sus vajillas son ditas y cucharas,
labradas en el casco de algún coco,
encontrando al acaso en la quebrada". (3)

"De la montaña en la feraz ladera,
cabe un predio por "mayas" circundado,

(1) González García, M.: "Carimela". (Obra citada) p. 9.

(2). Gandía Córdova, Ramón: "Organización Rural en Puerto Rico". Neg. Mat. Imp.—1922—
p. 304.

(3). Coballes, Lorenzo: "Del Natural". (Poesía citada)

se aboceta un bohío acurrucado,
cual si ocultar su invalidez quisiera.

Bajo un techo de pajiza estera,
viven, ajenos de social cuidado,
la fe sencilla, el corazón honrado,
y la ternura que jamás se altera". (1)

3. *Visión poética*

Los pintores, poetas, y la mayoría de los novelistas han sentido una agradable emoción al contemplar el frágil bohío, con su techo pajizo, dorado por los rayos del sol, clavado en la altura o cerca de la costa a la sombra de copudos árboles, recibiendo la brisa a través del gigantesco abanico formado por las pencas de las verdes palmeras.

La sensibilidad artística ha palpitado ante el hermoso contraste de colores y formas que ofrece el panorama de nuestras campiñas, de exuberante vegetación tropical, con mil chozas de pajas, colgando como nidos, entre el arbolado suntuoso:

"Como pájaro, forma paja a paja,
el jibaro boricua su bohío,
el que la luna de opalos alhaja,
el que adorna con perlas de rocío". (2)

"Al pie de la montaña, junto al río
que le manda sus cantos en la brisa,
de un platanar en medio se divisa
el muy humilde y rústico bohío.

Es como un nido del ramaje umbrío,
por su estructura débil y pajiza;
la fe, la dulce paz, la sana risa,
tienen allí su asiento y poderío.

.....
Y en la gloria del sol, que suave ardía,
el mísero casucho se veía,
como una cesta rebosando flores". (3)

"Detrás del biombo artístico que forman las ramas entrelazadas de dos mangos gemelos, detrás del tronco rugoso de una guaba corpulenta, detrás de las aristas de una roca corroída por la pátina del tiempo, se levanta, con su graciosa humildad, la choza del campesino puertorriqueño...

A la puerta del bohío se asoma con timidez una campesina núbil. Tiene en sus mejillas y en sus labios, el rojo de la anapola de los campos, el rubio dorado de las espigas maduras.

Algunos chiquillos juegan en el batey. Canta un gallo apuesto que galantea a sus hembras, desplegando el abanico de sus alas, y el acero de un machete azota con su filo, que bri-

(1) Esteves, José de J.: "El Bohío" en "Arbor Day in Porto Rico". Bur. Sup. Prtg. San Juan, P. R. 1911. p. 30.

(2) Ribera Chevremont, Evaristo: "El Bohío". El Mundo, San Juan, P. R. Mayo 12 de 1932.

(3) Dávila, Virgilio: "El Bohío" en "Aromas del Terruño". (Obra citada) P. 95.

lla con el fulgor de la media luna, en una noche clara, las hierbas parasitarias que nacene en el predio sembrado". (1)

Qué impresión más tranquila de esta casa, a manera de canoa que duerme junto a un brazo de mar...
leve techo de pajas y armazón de maderas,
que recortan sus líneas entre un verde palmar.

Aunque el agua la acora, se levanta ligera
sobre estacas que préstanle expresión singular
de mujer, en la blanda, y arenosa ribera,
aprendiendo, en las puntas de sus pies, a bailar...

Goza de una pureza de cristal en su ambiente.
Coquetea en las linfas. Se enguinalda la frente.

El rumor de sus frondas le regala un collar...

Y hasta aumenta esta dicha de sencillez *Jouaire*,
tal cual garza, que a veces azagüea en el aire,
como copo de espuma que rompiese a volar". (2)

4. La Vida en el Bohío

Esta disparidad de criterios que hemos observado en las descripciones del bohío, la encontraremos en las opiniones sobre la vida de la familia campesina.

Los escritores cultos, que viven quizás hastiados del vaiven rutinario, congestionado y turbulento de las ciudades, ven en el bohío un símbolo de la Edad de Oro, que tan admirablemente pintaba don Quijote; el retorno a la vida feliz y tranquila en perfecto contacto con la naturaleza, como un sueño de Rousseau.

Es verdad que algunos poetas cantan al bohío desde lejos, sin conocer apenas su interior; otros han pasado un día de fiesta en el batey, y vuelven a la ciudad con un falso concepto de la vida alegre, rodeada de bienestar y paz, de que goza el humilde campesino.

No faltan, sin embargo, novelistas y poetas, que con ojos de sociólogos, hayan observado algo más que flores y cantos de pájaros alrededor de la rústica cabaña. Observemos quienes se acercan más a la verdad:

"No hay nada más hermoso que en el campo
poseer un bohío,
al que arrullen susurros de palmeras,
y murmurios de río.

¡Cuán grato le es al jíbaro, al nacido
en las verdes montañas,
poseer un bohío agreste y bello,
con su techo de palmas!

En él cifran todos sus anhelos;
allí guarda sus joyas más preciadas,
su guitarra, su arado, sus gallinas,
y una jibara alegre, fresca y sana.

- (1) Meléndez Muñoz, Miguel: "La Vivienda Campesina" en "Almanaque de Puerto Rico". 1915. p. 115.
(2) Santos Chocano, José: "El Bohío" en "Puerto Rico Lírico". San Juan, P. R. [fecha] p. 9.

Y por la tarde al retornar tranquilo,
al rústico bohío donde aguarda
la taza de café tibia, amorosa,
y la sabrosa y succulenta vianda.

¡Oh vida placentera y envidiable
la que el jíbaro pasa!
No cambia él palacios, ni riquezas,
por su adorada, campesina estancia". (1)

"Frágil mansión que resistir no puede
el embate del frío y las borrascas,
y que sirve de albergue a una familia,
como en mi tierra hay tantas,
que viven sin vivir; que si no fuera,
por la propicia yuca y la malanga,
que crecen al azar en los barrancos,
y el acorde del cuatro y la guitarra,
que es un rocío de amor para sus penas
y un grato desahogo de sus almas,
se hubieren extinguido ha mucho tiempo,
al igual que los hijos de Agueybana.

.....
Aquel hogar maltrecho e ignorado,
asiento del dolor, nido de parias,
sucumbe sin defensa ante el embate
del hambre, de la usura y la malaria.
Y así pasa la vida esta familia,
entre duelos, congojas y entre lágrimas". (2)

Quizás haya un poco de exageración en ambas opiniones. No es la vida del campesino muy placentera y envidiable en cuanto a las comodidades de que goza; pero nos parece que en el monótono vivir del jíbaro en su humilde bohío, hay un ritmo suave de paz espiritual, de conformidad y de resignación cristiana.

Hemos visitado personalmente alguna chozas en varios países de Hispanoamérica, y en ninguna de ellas había más limpieza que en el bohío del jíbaro. Por el contrario, muchas nos parecieron más oscuras, húmedas y menos pintorescas, ya que a veces carecían del tradicional batey, con su jardincillo, gallinero y árboles frutales.

Podemos asegurar que la vida del campesino puertorriqueño es más sana y tranquila que la soportada por el obrero de la ciudad, en el húmedo y antihigiénico zaguán, o en el viejo caserón y la oscura bohardilla. Por ningún concepto es tan miserable como la que se describe en las novelas regionales de otros países.

- (1) Valero, Mercedes: "La Casa de Campo" en "Arbor Day in Porto Rico". (Obra citada) p. 36.
(2) Coballer, Lorenzo: "Del Natural". (Poesía citada).

CAPITULO X.

Principales Autores en la Literatura Regional.

Entre los escritores puertorriqueños que se han distinguido en la literatura del campesino, se destaca un pequeño grupo, que con gran nitidez y penetración, ha sabido interpretar el alma del jíbaro, llevándolo a la novela, al cuento, a la poesía y al teatro. Estos autores principales son, a nuestro juicio: Manuel Alonso, Virgilio Dávila, Matías González García, Miguel Meléndez Muñoz, Manuel Zeno Gandía, Ramón Méndez Quiñones y Enrique Laguerre.

I. Manuel Alonso.

"El Gíbaro" de Manuel Alonso es el primer cuadro de costumbres en nuestra literatura regional. Sus páginas son las acuarelas más típicas y hermosas del costumbrismo en la campiña puertorriqueña.

Cada poema o narración es un retrato vivo de gran realismo, donde vibra con entusiasmo el alma campesina, y aparece el jíbaro de una personalidad definida, con su propia cultura, gozando de la vida sin preocupaciones económicas. Está relacionado al movimiento social de la ciudad, sin que pueda notarse ese complejo de inferioridad, esa timidez y desconfianza, que lo ha caracterizado luego. Celebra sus bodas con esplendor; necesita baños de mar y se hospeda en la capital; agradece la inauguración de un tranvía porque hace bien a su tierra:

"Que el jíbaro le agradece
er bien que hase a la tierra
con su tranvía, y que no dúe,
que con la misma yanesa
le diría la verdá,
si cosa mala jisiera". (1)

Es estanciero, y se mofa de los jovencitos de la ciudad que no son valientes como él; arrogante como los caballeros de la Edad Media, quiere hacer proezas por su dama, y desbarata un baile, sin temer a las consecuencias:

—"No más quería, que un rato
me consintieran bailar.

(1) Alonso, Manuel: "Perico y Petrona" en "El Gíbaro". (Obra citada) p. 27.

porque se lo he prometió
a una jembra que aquí está.

--Mucho jiso en prometeyo,
poyque pué que quede mal,
manque venga acompañao
con ey mesmo Barrabás.

--Jire bien, y si algún guapo
me lo quisiere pribay
le pelsinaré la cara
y naide bailará más.

.....
--¡Señores! que jaya pas,
nos dijo: Atorénc un poco,
no se bayan a matal;
yo que soy causa e la nña,
se lo bengo a suplicay.
Escúcheme, que ay momento
la buya se acabará.
En broma le re a Cirilo,
que no sería capás
de esbaratal este baile,
y er lo ha jecho de beydá.
Su intención no era ofendel
a una tan honráas,
sino dal conocec,
que pol mí no teme a nña.

.....
No queamos muy satisfechos,
pero nos jiso queal,
la risa de aygunos cuantos,
que cada vez diba a más.
Era el caso que un taratay
benío de la Siudá,
muy agentao y muy tieo,
asín que oyó ey juracán,
se metió ebajo una mesa
y aprendel a gateay,
y entonces me lo sacaron
sin poel tobía jablal". (1)

Hay además en el libro de Alonso un fondo de censura, porque su mirada inteligente no podía ver con indiferencia el espectáculo de la vida colonial que se desplegaba ante sus ojos. En breves rasgos pudo consignar un recuerdo expresivo y exacto de todo cuanto contempló:

"Sucede con esos primitivos retratos deguerrotípicos, que guardan como veneradas reliquias algunas familias, que examinadas a la ligera, a plena luz, apenas permiten descubrir fugaces esbozos, pero colocados en ciertas condiciones de visualidad, y observados con detenimiento, muestran sobre la tersa superficie de la bruñida plancha metálica, la imagen reflejada de la cámara oscura, con su exacta semejanza y sus minuciosos accidentes. Del mismo modo, este libro que entre las manos traigo, puede parecer ligero, frívolo, insignificante, a primera vista, siendo así que estudiados escrupulosamente sus hojas, se ven palpar en ellas, paisajes, virtudes, vicios, luz y tinieblas, lágrimas y sonrisas, la historia íntima, en fin, de un pueblo:

(1) Alonso, Manuel: "El Baile de Carabato" en "El Gíbaro". (Obra citada). p. 60.

pero la historia en que la pluma del autor ha contado de antemano con la colaboración imaginativa de sus lectores". (1)

2. *Matías González García.*

Matías González García es uno de nuestros mejores novelistas regionales, y el más fecundo cuentista. Todos los diarios de la isla han llenado sus páginas con los cuentos y narraciones de este autor, que ha recibido los más justos elogios de la crítica.

Se inspira en temas criollos, y escribe con estilo ameno, sencillo, reflejando cierto sentido cómico de la vida; sus personajes, fieles retratos de la realidad, nos dejan la impresión de haberlos conocido. A veces encontramos en él una ironía punzante, con la que va señalando los vicios de nuestra sociedad:

"Una mañana el señor Cura, en compañía del señor Juez, determinaron ir también a la casa de Juan Linares para conocer el loro. Repecharon por la cuchilla, y llegaron a la vivienda del jibaro, sin tener ánimo ni para respirar, porque a la verdad, Juan Linares vivía encaramado en los quintos infiernos. Verlos el loro, y enmudecer por completo, fué todo una misma cosa... le hicieron veinte mil preguntas, y hasta le ofrecieron bizcochos, pero ni por esa...

—Y bien, compae Remigio, ¿usted no sabe lo que me dijo el loro cuando se marcharon el señor Cura y el señor Juez...?

—¿Y qué le dijo, compae Juan?

—Pues jágase la señal de la Cruz y espántese, compae Remigio: el loro me guiñó el ojo izquierdo y gritó señalando para la puerta:—"Mi amo, con la Justicia y la Inquisición chitón!" (2)

"Algunos de los hombres solían ponerse (los ramos) a uso de puñal en la cintura, entre el pantalón y la camisa. Esto era una gran novedad y los jibaros que lo acostumbraban, como las hojas superiores del enorme ramo venían a quedarles precisamente a nivel de la cara, cuando se detenían a hablar con uno, semejaban hacerlo tras el follaje de una palma real...

En las procesiones, uníanse estrechamente, y los pilluelos valíanse de esta circunstancia para prenderles los vestidos con mayas y alfileres, de modo que, cuando concluida la procesión trataban de separarse, encontrábanse unidos por lazos invisibles, que les llenaban de pavor, hasta que por las risas de los circunstantes, comprendían la trastada de que habían sido víctimas". (3)

No son menos interesantes las novelas de González García. "La Primera Cría" es una narración de costumbres campesinas, que envuelve una cuestión social de gran trascendencia, y presenta uno de los problemas de más difícil solución en nuestra zona rural: el pago de las contribuciones. El alma de nuestros campesinos se refleja en ella con todo su sentimentalismo y patética resignación ante los abusos de los agentes del gobierno. En "Ernesto" se observa la dignidad y nobleza de los personajes más humildes, y se vislumbra otro de los grandes problemas que siguen afectando la masa campesina: la ilegitimidad. "Carmela", considerada por muchos como la mejor de sus novelas costumbristas, es un magnífico estudio psicológico de nuestros jibaros. Recoge en ella una variedad de tipos campesinos en sus relaciones sociales con los patronos y gentes de la ciudad. El ambiente es agrada-

(1) Brau, Salvador: Prólogo a "El Jibaro". (Obra citada) p. XXI.

(2) González García, M.: "El Loro de Juan Linares" en "Cosas de Antaño y Ogaño". (Obra citada) Tomo II:200.

(3) González García, M.: "La Semana Santa", en "Cosas, etc" II:14.

ble, y la protagonista es un fino tipo de la mujer de nuestras sierras: buena hija, amante, sufrida y resignada.

Citamos algunas de las más acertadas opiniones de la crítica, sobre este autor:

"En esos cuentos de ayer y de hoy y aún del mañana, late una alta ironía y una inmensa piedad por nuestras debilidades. No hiere el autor: sonríe y piensa, y nos hace sonreír y nos lleva a meditar". (1)

"Nacido en las montañas y avecinado lejos de nuestros pueblos principales, sus cuentos no presentan hondos problemas de cultura cosmopolita... huye de la zona urbana para recoger el carácter zumbón, astuto, malicioso, sufrido, arisco, y pendenciero de nuestros jibaros, y el espíritu aldeano de nuestras almas municipales". (2)

"Para que el eco del alma popular llegue donde debe llegar, ¿cuál mejor forma que ésta empleada por el señor González García? Cumple en ella su fin la literatura, y el escritor cumple su misión. El grito de dolor de esa masa desdenada se empuja como el carro de la farsa, en muñecos enhiarmados que gesticulan muecas y hacen del dolor de su vida, una fiesta, pero llega el fin, y luego tras de su rúa quedará lo útil de su obra, la expresión sincera que hay en el fondo de esa tea humorística". (3)

3. Miguel Meléndez Muñoz.

Miguel Meléndez es el escritor que ha dedicado lo mejor de su vida, su entusiasmo, y todo el prestigio de su pluma, al estudio de los problemas sociales de nuestra zona rural. Sin preocuparse del ambiente de indiferencia que nos rodea, con espíritu recio, y lleno de fe, ha abogado día tras día en la prensa periódica por los taciturnos y pálidos pobladores de nuestro campo.

Expone sus problemas con entereza de carácter, con tenaz empeño de procurar el mejoramiento y la dignificación de esos seres que arrastran una vida de trabajos depresivos e infructuosos.

Su "Estado Social del Campesino Puertorriqueño", es un ensayo breve, revelador de un profundo y consciente estudio del malestar social que abate y destruye nuestro conglomerado rural.

No ha descuidado el escritor el ambiente espiritual del jíbaro: su religión, relaciones sociales, la belleza del paisaje, la vida en el bohío, el matrimonio, las costumbres más típicas, todo visto a través de un lente humano y comprensivo. Pero lo mejor de su obra literaria, creemos es su novela "Yuyo", escrita en pleno florecimiento de su primera juventud, y que no obstante, contiene ya el germen vigoroso de lo que ha de ser su obra posterior. Esta novela de costumbres refleja el panorama completo de la vida campesina, alejada de la civilización y con rasgos casi primitivos:

"...en Yuyo late el alma regional. Los personajes de la novela son figuras vivientes, conocidos de todos: Campesinos que sufren el dolor que no abandona a los hombres, que no son libres, y sobre todo a la gleba que vive siempre, aunque vierte continuo sudor para que otros se refocilen, supeditada a los caprichos sin fundamento, las más de las ocasiones, del amo.

(1) Texidor, Jacinto: "Ironista". Índice. San Juan, P. R. 13 de octubre de 1929.

(2) Pedreira, Antonio S.: "Apreciaciones del Cuentista". Índice. 13 de octubre de 1929.

(3) Carreras, Carlos N.: Prólogo a la novela "Carmela". (Obra citada) p. 53.

Eso es Yuyo: el dolor de la gleba oprimida siempre, sabe Dios hasta que centuria; y sobre todo, el canto más heroico, más vibrante y más sincero a la campiña puertorriqueña..." (1)

Los personajes en "Yuyo" no son todos del tipo corriente de campesinos humildes, confiados, ingenuos. Quizás hizo el autor una selección que correspondiese al escenario de explotación, engaño y desconfianza, que sirve de fondo a la novela.

Yuyo es la campesina delicada y sentimental, de largas trenzas y grandes ojos negros, que sólo se encuentra muy de tarde en la montaña, y que ha sido siempre inmortalizada por los novelistas y poetas en sus amoríos de vacaciones. Sus hermanas son mujeres egoístas, hipócritas, desengañadas de la vida, serviles y orgullosas:

"Yuyo infantil y tierna, delicada y sensible, iba transformándose en la mujer exquisita, inagotable para el amor. Tierna y sentimental, el amor había de encontrar en su delicada sensibilidad algo suyo, de su indiscutible propiedad". (2)

"Crispina era de la casta de los débiles, de los abúlicos, de los que nunca se rebelan contra sus opresores consuetudinarios, ni contra el hambre, ni contra el destino. Engendrada en medio del servilismo, del miedo, del temor a los desplantes de los que administraban los estómagos de sus padres, nació servil y humilde como ellos habían crecido... Y fué soberbia, altiva y orgullosa con su iguales, con los que llevaban en las venas su misma sangre". (3)

Señor Anselmo es, a nuestro gusto, el verdadero protagonista de la novela, porque representa al campesino mejor que todos los demás. Es el padre amante, el hombre trabajador, honrado, respetuoso, que cree conocer el mundo, y es incauto e ingenuo como un niño:

"Yuyo era la preocupación constante de señor Anselmo, el autor de sus días, hombre que no sabía el "alfa" de los grandes problemas que torturan nuestras almas complicadas de civilizados..."

--Ah! el que se case con mi hija tiene que ser un hombre de velguenza. ¡Cará!... Eya es inocente como una palomita, no sabe e mundo, pero aquí estoy yo que je corrió media isla..." (4)

Con unos cuantos párrafos nos da Meléndez Muñoz una completa caracterización de esos parásitos sociales, interesados, astutos, repugnantes. Así nos describe al matón, a la curandera y al picapleitos:

"El picapleitos es un gran psicólogo y un dichoso vividor... conoce a fondo el alma del pueblo de cuya ignorancia vive... De ahí que pueda colocarse con tanto aplomo al nivel intelectual del jibaro, que acude a ellos para confiarle sus asuntos, buscando en sus conocimientos amparo y protección..."

Así... recurre con más fe y mejor voluntad donde el picapleitos, porque siempre le demuestra que la ley, los hechos, la justicia y la razón están de su parte..." (5)

(1) Real, Cristóbal: "La Novela de Meléndez Muñoz". Puerto Rico Ilustrado, Abril 14 de 1924.

(2) Meléndez, Muñoz: "Yuyo". (Obra citada) p. 4.

(3) Meléndez, Muñoz: "Yuyo". (Obra citada) p. 78.

(4) Meléndez, Muñoz: "Yuyo". (Obra citada) p. 4.

(5) Meléndez Muñoz, M.: "Yuyo". (Obra citada) p. 130.

Otros aspectos interesantes en la obra literaria de este autor, es su estilo lleno de metáforas genuinamente jibarescas, porque expresan sus comparaciones filosóficas y toda su psicología; así como las sugerencias que ofrece sobre ciertos temas que pueden ser utilizados en la literatura regional:

"Esta lucha religiosa existe en nuestro país... Pero es una lucha amable, jocosa, extravagante, a veces módulo de la cultura de esa triste masa que produce y se reproduce sin una remota esperanza de redención... No ensangrentará nuestros campos, ni perturbará el orden público, pero brinda a nuestra literatura satírica la fuente fresca y caudalosa de su gracia ingenua, que se pierde ahora aguardando quien la encauce y la aproveche..." (1)

5. *Manuel veno Gandía.*

Manuel Zeno Gandía es cronista de "un mundo enfermo". En sus novelas de fino naturalismo, "La Charca" y "El Negocio", señala los errores de nuestra vida social, en sombríos cuadros de luchas y pasiones, donde no falta el sentimiento, ni un rayo de luz que dé paso a la esperanza, dejándonos entrever que no todo está perdido, y hay aún remedio para combatir el mal.

El autor nos presenta una campiña triste, como retablo de dolores. Le duele la explotación del campesino, y se indigna ante el egoísmo de la gente maleante, que sólo piensa en inventar excusas para justificar sus sórdidas negociaciones.

Posee Zeno Gandía una finísima observación, y los más insignificantes detalles de la vida cotidiana le sirven para explicar sus ideas sobre los complejos e intrincados problemas que va desarrollando ante el lector. Su intención es siempre noble y patriótica.

Sus personajes no parecen ser todos tomados de la vida real, pero son excelentes creaciones artísticas, que representan perfectamente casos patológicos de enfermos espirituales o malhechores tenebrosos, tan frecuentes en cualquier grupo social. Los tipos femeninos tienen mucha propiedad, aunque no respondan siempre a nuestro concepto de campesinas honradas y honestas:

"Silvina lloraba con frecuencia a solas, sin que se dieran cuenta de lo que con más agudeza la afligía. ¿Era el pasado, triste con sus remordimientos? ¿La vida infeliz que arrastraba? ¿La triste suerte de Ciro, inocente y encerrado en un calabozo?... Reconocía ella que su conducta no era buena, que no obraba bien. Procediendo con honradez debía decirlo todo... Pero ¿qué sería de ella si hablaba? También ella era cómplice: había concurrido al escalamiento..." (2)

"Montesa, por aquellos días, parecía una caja de truenos. ¡Que se viera, que se tocara el resultado de las blanduras! Mano abierta para aquellas gentes era lo mismo que jaula rota para lobos..."

--¡Fuera, fuera, gentuza!

Sentía el mayordomo indignación al contemplar terrenos sin cultivo, hermosas tierras suplicando labor, mientras la turba de los montes disipaba el tiempo en necios placeres o en estúpidas holganzas. No exceptuaba él, no distinguía entre los buenos y los malos". (3)

(1) Meléndez Muñoz, M.: "Lucha Religiosa". (Artículo citado).

(2) Zeno Gandía, M.: "La Charca". (Obra citada) p. 166.

(3) Zeno Gandía, M.: "La Charca". (Obra citada) p. 168.

Enrique Laguerre ha publicado un extenso estudio, de las novelas de este autor. Repetimos uno de sus párrafos:

"De qué modo se preocupa Zeno Gandía por los problemas de su gente, de la cual niega! Tiene la franqueza de reconocer sus defectos, los señala, los diseña. Grita a la conciencia de los ciudadanos. Comprendiendo que el no darse cuenta de estos males puede llevar a la desintegración a todo un pueblo, presenta los casos en su trágica desnudez. Enriesta sus ideas con valentía inusitada. Se da cuenta que proyeja en contra de esta formidable corriente de la indiferencia colectiva, y su grito se hace más intenso, tan intenso que desgarrá..." (1)

6. Ramón Méndez Quiñones.

En la producción dramática de Ramón Méndez Quiñones, tenemos una manifestación sincera de la psicología y costumbres de nuestros jíbaros. Su escenario es típicamente criollo, y nos hace sentir la vida en el bohío. Discute temas de la campiña, presentando caracteres nobles, honrados, patriotas, temerosos de Dios, y respetuosos ante la ley y la justicia. Hay en sus cuadros un tono festivo, optimista, que pocos escritores han logrado. Consigue hacer del jíbaro un verdadero tipo de comedia, tan interesante como el bufo cubano, aunque de distinta factura, dismintiendo así la opinión de los que afirman que la personalidad de nuestro campesino no se presta para nada.

Su aportación al teatro puertorriqueño es de inestimable labor, pues a él debemos las mejores obras dramáticas de temas rurales. Recogemos algunas escenas de "Los Jíbaros Progresistas" que ha tenido tanta aceptación:

"La escena representa una casa de campo de un estanciero. Muebles adecuados: sillas de cuero, banquillos de madera, una mesa con avíos de planchar, otra sobre la cual habrá platicos, tazas, una hamaca de cuerdas, una barandilla con quesos, un armario de pino, banastas, aparejos, un machete, y algunas mazorcas de maíz colgadas en varas del techo:

Al levantarse el telón aparece Señá Pepa en la hamaca, con un jumaso en la boca e hilando; Juaniya plancha, entonando al compás del planchado una copla.

Escena II:

¡Debita las tentaciones
si en eyes no quies cael!...
que anda suerto Lusifel
detrás de las pretensiones.

Yo le hubiera dao er ejemplo.
Si me hubiera peyiscáo
le biro es pescueso e un lao,
de un gasnatán como un templo;
y si de mí sel me saca,
manque soy de buena pasta,
hay que buscaye la casta
a la mujel y a la bacá.

(1) Laguerre, Enrique A.: "Dos novelas de Zeno Gandía". El Mundo. San Juan, P. R. Octubre 23 de 1932.

Escena VII:

Pues pol bieja y pol mojosa
er mérito en eya está.
Esa espá quiere disil
que tos los puertorriqueños
prebamos con grande empeño
que no supimos juyil
cuando quiso en esta tierra
metélsenos el inglés,
y dimpués el holandés,
a leclararnos la guerra.

Escena IX:

Bete en casa er Comisario
y yebámele este peso;
si pregunta pa que es eso
disle que par Secretario,
pa que me entienda es buleto
pa un baile que pienso dal".

(1)

7. *Enrique A. Laguerre.*

Enrique A. Laguerre fué una sorpresa para todos los que no pudimos descubrir al novelista, en aquel joven universitario de gran talento, pero tímido y humilde. Buen lector y mejor observador, supo recoger y presentar con arte delicado los detalles necesarios para completar el escenario de la vida cotidiana en una Hacienda, con un fino estudio psicológico de los personajes que se mueven por el resorte de sus propios intereses, sin tratar de dar una solución seria a los problemas que se presentan cada día.

Apenas se escapa un acontecimiento de los que ocurren casi todos los años en la pequeña isla del Caribe: tempestades, huelgas, fuego en los cañaverales, campañas políticas, tragedias familiares, lucha de clases, miseria en el hogar campesino, fiestas, pasatiempos, etc.

Pero lo más interesante en la narración del protagonista, Juan Antonio Borrás, es observar la reacción natural del joven universitario al contemplar por primera vez el ambiente malsano y miserable en que se mueve el obrero agrícola. Con un gran complejo de superioridad, y con bastante ignorancia de la religión, de la filosofía y de la historia, cree saberlo todo, burlándose de los que tienen más experiencia, porque se considera capacitado para solucionar cada problema. Y termina acomodándose a lo que más le conviene: la mujer bella y rica, que le dará hijos sanos y fuertes. La montaña donde descansará, contemplando el paisaje, y recobrando energías para volver a la reconquista de lo que ha perdido:

"Dónde, dónde se encontrará el refugio? El último indio se refugió en el Yunque, y allí murió con sus dioses. Tenemos que emprender el camino de la montaña, pelear bravamente en contra del hacha, en contra de las tormentas, en contra de los invasores... Urge hacer frente a todos los enemigos, hacernos fuertes en la montaña, para bajar entonces a la reconquista de la sabana costanera". (2)

Cree Borrás que no conoce bien a nuestro jíbaro. Nadie se ha acercado más

1) Méndez Quiñón: *Rancho: "Los Jíbaros Progresistas"*. (Obra citada).
(2) Laguerre, Enrique: *"La Llamada"*. San Juan, P. R. Imprenta Venezuela, 1939. p. 372.

en la interpretación de sus dolores íntimos. Nos presenta la última faceta en la evolución del "jibarito triste": Segundo, el huérfano inteligente que asiste a la escuela con grandes ambiciones, pero al verse incomprendido y atropellado, da una pobre interpretación a las doctrinas socialistas, quiere ser redentor, salvar a las masas, y sólo consigue sentirse engañado. Lleno de odios, se ciega, jura destruirlo todo, y vengarse aún de aquellos que le quisieron bien:

"En un principio se me dedicaba a pastorear la vaca India. Yo la quería como a una madre, a esta vaca mansa, con sus ojos dulces, con su lengua gris, que sacaba para lamer mi mano. Las horas que pasaba con la India eran mis mejores horas... Al pensar en el pobre animal degollado, pensé hasta hacerme criminal. Me hui de la casa para regresar a los pocos días. Algún tiempo después volví a huirme para rodar de cañaveral en cañaveral". (1)

Otro punto de gran interés en las novelas de Laguerre es la pincelada histórica: comparación de la Hacienda antigua y la moderna, los pobladores franceses, la aristocracia de apellidos y familias, las costumbres religiosas.

La crítica isleña acogió con entusiasmo la obra de Laguerre, considerando "La Lllamarada" como la mejor novela puertorriqueña, y hermana de "Doña Bárbara", "La Vorágine", y "Don Segundo Sombra":

"La Lllamarada es como una vasta sinfonía con un tema central, el dolor de la caña y otros temas secundarios: vida y psicología del campo, tradiciones, reflexiones diversas, introspección e incidencias del protagonista, contadas todas con gusto, con belleza, con un visible imperio sobre la lengua". (2)

"La Lllamarada se incorpora a la corriente novelística hispanoamericana, que se afirma en el ruralismo, en el paisaje. Todos verán en ella ese aire de familia. El parentesco es más cercano de "La Vorágine" de José Eutacio Rivera" (3).

"El caso de "La Lllamarada" significa tanto para nosotros, que merece un estudio meditado, de espaldas al panegírico, con la razón alerta y la sensibilidad pronta a captar sus más escondidas ciencias... El arte es de alta calidad en esta obra". (4).

Pero es necesario admitir que los escenarios elegidos por nuestro joven escritor no son sólo interesantes para Puerto Rico, lo son también para muchos países de nuestra América hispana. Y los problemas que él va señalando, merecen el estudio y la comprensión de nuestra juventud despierta y progresiva:

"La tragedia del banano en Centro América, del petróleo en México, del nitrato en Chile, y del caucho en Brasil y Colombia, corresponde a nuestro problema de la caña de azúcar en Puerto Rico. El cortador de caña toma su café sin azúcar porque su misero jornal no le permite endulzarlo." (5).

En 1941 aparece la segunda novela de Laguerre: "Solar Montoya", superior a la primera, por su estilo y su valor artístico. Tiene por escena, la vida en el cafetal, y las descripciones de la naturaleza tropical son hermosísimas. No podemos afirmar que la obra esté inspirada en la vida campesina. Hay mucho más en estas novelas puertorriqueñas. El ambiente es muy nuestro, y es magnífica la exposi-

(1) Laguerre, Enrique: "La Lllamarada" (Obra citada) p. 155
 (2) Pedreira, Antonio: Prólogo de "La Lllamarada". (Obra citada)
 (3) Meléndez, Concha: Prólogo de "La Lllamarada". (Obra citada).
 (4) Meléndez, Concha: "El Llamado de la Montaña". El Mundo, San Juan, P. R., Septiembre 1º de 1935.
 (5) Labarthé, P. L.: Comentario hecho en la Universidad de México. Septiembre 10 de 1945.

ción de los temas en la vida de la eterna colonia... en la isla pequeña del mar Caribe, que sueña con libertades.

Los juicios sobre "Solar Montoya", han sido mucho mejores que los recibidos por "La Lllamarada". Creemos que ambas novelas deben llevarse al cinematógrafo y a la escuela, como ya lo ha sido la primera al ser aceptada por el Departamento de Educación en Puerto Rico:

"Solar Montoya posee valores artísticos que la salvan de lo contingente, asegurándole, junto a "La Lllamarada", persistencia segura... La superioridad esencial de esta novela es el estilo, que empieza a lograr la sencillez". (1).

"Laguere, que es un conocedor de nuestra historia económica, describe en esta novela la aristocracia de los dueños de cafetales, y las ruina de clases cuando bajó el precio del café... La isla dejó de ser la abastecedora del mercado europeo, y el grano oloroso vino a ser producto de tercera categoría. Existía el mercado barato de Colombia, Costa Rica y Brasil, unido al interés del anglosajón por la caña y el tabaco". (2).

Opinamos con el Dr. Núñez y Domínguez, que ya no hay sólo montañas de poesía en nuestra América latina, pues los cultivadores de la novela, se abren paso en las letras hispanas:

"En el panorama literario de Hispanoamérica, horadan el horizonte los crestones de las montañas de la Poesía, en tanto que apenas la novelística eleva las raras agujas de sus fábricas catedralicias..."

Gran verdad a fe mía, que, por fortuna, en los tiempos presentes, ha perdido ya su fuerza afirmativa, porque los cultivadores de la novela en América, cada día señalan con mayor calidad y dignidad su presencia en las letras continentales, plenos de una robustez, una rotundidad y una firmeza que sobrepasan todas las predicciones y remontan con su realidad vigorosa y palpitante todos los fenómenos fincados sobre sillares de historia y de tradición". (3).

8. Otros Autores:

Para terminar, haremos una relación breve de otros autores que han enfocado al jíbaro desde distintos ángulos:

Luis Lloréns Torres es el escritor culto que ha utilizado la vida del campesino sólo para expresar sus sátiras o ideas filosóficas. Evaristo Ribera Chevreumont es de los poetas que ha tenido mejores logros al inspirarse en motivos campesinos.

Los humoristas han recogido aquellas fases del costumbrismo y psicología del jíbaro, que pueden servirle para manifestar sus anécdotas y chascarrillos, en un tono jocosos y algo burlón. Pedro C. Timothée es uno de los mejores representantes de este aspecto.

Cayetano Coll y Toste y Salvador Brau pertenecen al grupo de los que han

(1) Meléndez Concha: Prólogo de Solar Montoya. San Juan, P. R., Imp. Venezuela, 1939. 379 p.

(2) Labarthe, P. J.: Comentario echo en la Universidad de México. 10 de Septiembre de 1945.

(3) Núñez y Domínguez, José de J.: La Novela Contemporánea de Hispano América y Rómulo Gallegos. Dirección de Acción Social. México, D. F. 1944.

escrito sobre distintos temas: tradiciones, psicología, problemas sociales, etnología y costumbres, con gran precisión.

En conjunto, apreciamos el valor de la literatura sobre el campesino. Casi todos los géneros literarios han ensayado el tema, con más o menos éxito. Por ser el jíbaro una de las más valiosas manifestaciones de nuestra cultura, esperamos que su significación se estudie con mayor interés en nuestras escuelas públicas, no sólo para desvanecer las erróneas impresiones que todavía se repiten, sino también para que nuestra comprensión lo sitúe en el sitio que merece.

CAPITULO XI.

Virgilio Dávila -- Poeta Criollo.

1871 — 1943.

Al terminar esta investigación sobre la literatura regional en Puerto Rico, observamos que "el jibbarismo" se inicia, como tema literario, a mediados de la pasada centuria, y desde entonces ha sido motivo de preferencia por parte de muchos ensayistas, poetas, novelistas, pintores, músicos, así como de los narradores de cuentos, leyendas, anécdotas y chascarrillos.

Esta producción artística ha tenido siempre buena acogida por los intelectuales de la isla y del extranjero, porque como ya hemos indicado, el jibbaro es la expresión más genuina del puertorriqueño, que insiste en conservar la lengua, la religión, y las tradiciones que heredó de la madre España, a pesar de medio siglo de dominación norteamericana.

Por un lamentable error de nuestra escuela rural, se enseñó al hijo del jibbaro, que su peculiar manera de expresarse, y sus costumbres eran ridículas y anticuadas. Al sentirse así humillado, y sin medios de ganarse la vida en el campo, trató de imitar los modales pueblerinos, y prefirió la esclavitud del obrero a la vida feliz y tranquila de la montaña.

Una red de magníficas carreteras se extendió por toda la isla, y el automóvil, el radio, los vendedores, los políticos y los misioneros de nuevas religiones, encontraron fácil acceso al bohío. El jibbaro se vió envuelto en la ola del progreso que le prometía una vida más cómoda, convirtiéndolo en un asalariado, después de vender su pequeño predio al ingenio de azúcar o a la corporación tabacalera. El miserable sueldo de unos cuantos dólares semanales, le pareció mejor que su vida de propietario, agricultor y negociante de sus productos.

El cine, el fonógrafo, los muebles y las ropas compradas en la tienda, le agradaban más que sus bailes y sus fiestas: los instrumentos musicales y los utensilios del hogar hecho por la familia, le parecieron muy toscos. Y así se ha ido extinguiendo nuestro jibbaro, como el gaucho argentino, como el indio norteamericano, o como el lapón escandinavo.

Los artistas observaron la transformación de nuestros campos, y recogieron los

contrastes en sus obras; pero no siempre lograron captar el verdadero espíritu que presentaban, quizás por apatía o por falta de visión. No obstante, esta producción artística, ha rendido gran beneficio, pues los habitantes de las ciudades están construyendo bellas residencias en la altura y estiman más el paisaje tropical.

Al mismo tiempo, el gobierno ha tomado medidas para retener al jíbaro en el campo, devolviéndole su pequeña propiedad, y modificando la enseñanza rural. Hay por lo menos una escuela en cada barrio: algunas ofrecen toda la instrucción elemental, métodos científicos para el desarrollo de la agricultura, y ocupaciones u oficios de utilidad. Hay médicos, trabajadoras sociales, y oficinas de salubridad para la asistencia de la zona rural. La última legislatura aprobó una ley creando la "granja del maestro", que será el centro social de cada comunidad. Con el Nuevo Trato, en el gobierno del Presidente Roosevelt, la isla recibió varios millones de dólares, lo que ha beneficiado mucho nuestros campos.

Las instituciones religiosas construyen capillas, donde los niños campesinos reciben educación moral y cristiana, después de celebrar los servicios y ceremonias de los cultos que profesan.

La Universidad y escuelas de segunda enseñanza, proyectan llevar misiones culturales a la montaña. Si lo hacen en la debida forma, creemos que el puñado de jíbaros que aún nos queda, recobrará su personalidad de antaño, y volverá a celebrar sus bailes y sus fiestas, sintiéndose tan feliz y satisfecho, como sus ascendientes andaluces o sus hermanos de hispanoamérica.

Es la labor de nuestros escritores regionales la que más logros ha tenido en esta justa causa, y debemos reconocerlo públicamente.

Pero, a nuestro juicio, el verdadero intérprete de la campiña puertorriqueña, es Virgilio Dávila, el poeta muy querido que ha muerto recientemente. Vivió alejado de la nueva sociedad, conservando sus costumbres hogareñas, y por su carácter, dulce y afable, se ganó las simpatías del tímido jíbaro, cuya psicología logró asimilar completamente.

Lo más importante de su obra poética son sus libros "Aromas del Terruño" y "Pueblito de Antes", donde nos describe la vida de una aldea, en el último tercio del siglo XIX, parecida a las de toda la América hispana en la época colonial:

"Es el pueblo chiquito, y alegre y pintoresco.
Su treintena de casas de antigua construcción
y algunas nuevas. Todas pintadas al fresco,
y unas con antepechos, las otras de balcón.

En el medio, la iglesia, de ligeros perfiles,
con su media naraja de subido punzón,
ostentando orgullosa en dos torres gentiles,
en una, las campanas; en la otra el reloj.

A compás de la iglesia, la placita cuadrada
que simula por mayo una alfombra floreada.
(En el centro ella tiene un viejo flamboyán)
¿Lo demás? Los bohíos, hogar del desconsuelo,

por detrás de las casas, pegaditas al suelo,
como si en ocultarse vincularan su afán". (1).

En este libro, no busca el poeta las notas de color, se limita a hacer una observación humana de la pequeña aldea. No le importa la simplicidad de su estilo poético, es la interpretación fiel la que persigue. Cada soneto tiene la fugacidad de una acuarela, y el conjunto es un álbum de preciosas estampas, donde las figuras son tipos clásicos como los de las novelas de Pérez Galdós o Rómulo Gallegos: "Un boticario dado a la música y a los pinceles", un barbero devoto de Baco, plagiando a Bécquer y a Espronceda; la cocinera que narraba cuentos fantásticos para dormir a los niños; el sereno romántico, recorriendo el poblado a pasos de tortuga, con "un farol humoso de cicatrices lleno".

El médico titular que atendía a los campos era graduado en universidades europeas, creía en la medicina general, hacía vida bohemia, apostaba a los gallos y era amable con las señoras enfermas:

"De Madrid o Santiago muy orondo llegaba,
Su criterio exponía con petulancia atreva,
y ninguno en el pueblo a replicarle osaba,
porque el médico era, sino un dios, casi un dios."

El saltaba del lecho a las doce del día,
que ayer y hoy tramochaba, y mañana también;
y si alguno del campo sus auxilios pedía,
sin verlo, una receta daba en santiamén." (2).

Los tipos que vivían en el pueblito de antaño, eran hijos de españoles, que aclimatados al trópico, seguían la rutina cotidiana, sin preocuparse de investigaciones científicas, sin intentos de predicar el Evangelio, y más triste aún, sin ambición personal, ni ideales patrióticos.

Por un momento olvida el poeta la ternura que deposita en su verso, para ahondar en la vida del pueblito, y presentarnos un cuadro de desolación: "Es la hora muerta, una hora de inercia en nuestros pueblecitos de antaño. Medio día, sol, espulgo casero. . . . Son voces muertas de un pueblito que se ha echado a dormir confiando demasiado en su historia." (3)

"Silencio. La abuelita, sin nada que la apure,
en la hamaca la siesta, duerme como un brón,
En el umbral del cuarto, reclinada en un ture,
está la buena esposa, zarcando un pantalón." (4).

"Van cayendo una a una desde la torre enhiesta
las doce campanadas que da lento el reloj.
Luego el cantar se escucha de un gallo de amplia cresta
que del muro del atrio a la plaza voló."

- (1) Dávila, Virgilio: "El Pueblo" en las. (Tercera Edición de "Pueblo de Antes". Talleres Moreno e Hijos, Bayamón, P. R., 1941. p. 15.
- (2) Dávila, Virgilio: "El Médico" en "Pueblito de Antes". (Obra citada). p. 43.
- (3) Belaval, Emilio S.: "Crítica Mínima" en "Pueblo de Antes". Obra citada. p. 7.
- (4) Dávila, Virgilio: "Medio Día en el Hogar" y "Medio Día en la Plaza" en "Pueblitos de Antes". Obra citada. p. 79 y p. 77.

Siguenlo las gallinas. Con sus alas al suelo,
jadeantes, la sombra buscan del flamboyán,
y dan la voz de alarma, al ver que cruza el cielo
enorme guaraguao. Agobiados están

por el sol, junto al templo, realengos animales,
tal como si esperaran en los sacros umbrales
para entrar a que abriesen el macizo portón". (1)

Leyendo las páginas de este libro, observamos que don Virgilio tenía el verdadero desecho de pintar su época y su ambiente. Probó muchas veces que podía hacer versos tan bellos como los de los mejores poetas de su generación, en la isla; pero cuando su musa borinqueña se paseaba por las estrechas calles de nuestras aldeas, subía a la montaña, o pintaba el amanecer tropical, parecía olvidar un poco su lirismo, y con sus ojos y sus oídos muy abiertos, captando el alma del ambiente a su alrededor, escribía pensando en días pasados o amargamente ante la visión de lo porvenir. Pero, dejemos que el poeta nos describa su musa :

"Mi musa no se viste con traje muy galano.
Para ostentar primores mezquino es su caudal,
y a los lujosos trajes, más de segunda mano,
ha preferido siempre su traje de percal.

Bien sientan los zafiros, diamantes y rubies;
no así lo que es de ellos falaz imitación.
Mi musa lleva al pecho un ramo de alevías,
y ornato de sus sienes las madreselvas son.

Sencilla y sin afeites, cual joven rusticana,
expone sus sentires con frase lisa y llana,
sin términos pomposos y a su conciencia fiel.

Si por humilde y franca mi musa borinqueña
la charla que te brinda tu corazón desdeña,
ya estás junto al bohío. No pares del dintel." (2)

Antes de terminar el estudio de esta obra, deseamos mencionar las versiones al inglés de muchos sonetos, hechos por el hijo del poeta, el Dr. José Antonio Dávila, que han gustado mucho a los habitantes norteamericanos de la isla:

"My mentor was an old man with eyes alive and clear
Who, following our dreaded end-of-term examination,
Delivered a discourse that exhausted pretty near
All the adjectives. And gained from the town a great ovation. (3).

El libro "Aromas del Teruño" es el que mejor nos gusta, quizás, porque se acerca más al tema que discutimos. Es en esta obra donde encontramos el verdadero trovador de nuestras campiñas. Sigue paso a paso las transformaciones en la vida del habitante de la montaña, y así lo va cantando en sus versos. Como él nos decía:

"Notará usted el contraste que existe entre "El Jibaro" y "La Jibarita". Esta última fué escrita a raíz del cambio de soberanía. La perturbación económica que trajeron este hecho y

(1) Dávila Virgilio: "Medio Día en el Hogar y Medio Día en la Plaza" en "Pueblito de Antes". (Obra citada), p. 79 y p. 77.

(2) Dávila, Virgilio: "Portada" en "Pueblito de Antes". Obra citada, p. 13.

(3) Dávila, José A.: "The School Master" en "Pueblitos de Antes". Obra citada, p. 105.

su consecuencia --la conversión de nuestra moneda en moneda americana, la agravó el ciclón de San Ciriaco, y la situación del campesino fué entonces peor que la de hoy..... De ahí, mi jibarita triste. "El jíbaro" en cambio, fué escrita muy posteriormente, en una época de verdadera prosperidad para la isla. De ahí, mi jíbaro alegre". (1).

"Por la vereda angosta que baja de la sierra,
y con el calabazo terciado en el cuadril,
poblando viene el aire de rústicas canciones
la jibarita anémica, la jibarita triste,
como una flor escuálida de malogrado abril.

Por eso en sus canciones se nota el dejo amargo
del que la ausencia llora de un suspirado bien;
por eso cuando ríe, parece que solloza
la bella adolescente de talle y pie menudos,
que alberga en sus montañas la pobre Borinquén." (2).

"En la montaña, junto al río,
y bajo el techo de un bohío
que el buen labriego de mi padre tejió con yaguas del palmar
llegué a la vida en esa hora
en que la tierra se colora,
porque recibe apasionada el primer ósculo solar.

Tuve el trabajo por escuela,
tostó mi cuerpo la candela
del astro rubio que a Borinquen le pone trajes de arrebol;
bebí del campo la alegría,
y soy alegre como el día,
como la abeja laboriosa, y tan alegre como el sol". (3)

En igual forma añorando el poeta la pérdida de nuestras tradiciones, y parecía sentir toda la melancolía del corazón del jíbaro, que sólo puede suspirar y cantar sus penas :

"Ahora es igual que los otros
el que fué nuestro gran día.
¡Ay, Madre Melancolía!
¡Qué ya no somos nosotros!

Ya en el batey no me espera
para ser mi cumaracha,
la decidora muchacha,
fresca, linda y zandunguera.
Ya la copla lisonjera
no bulle en la mente mía.
Ya no figura este día,
como los años que fueron.....
¡Ya los Reyes se murieron!
¡Ay Madre Melancolía! (4).

Observaremos que en estos versos, como en muchos otros, el poeta trató de imi-

- (1) Dávila, Virgilio.: Carta inédita, 1934.
- (2) Dávila, Virgilio.: "La jibarita" en "Aromas del Teruño". Obra citada, p. 53.
- (3) Dávila, Virgilio.: "El jíbaro" en "Aromas del Teruño", (Edición de 1939). Obra citada, p. 23.
- (4) Dávila, Virgilio.: "Elegía de Reyes" en "Aromas del Teruño", (Edición de 1939). Obra citada, p. 23.

tar el tipo de décima más en boga en nuestros campos, así como el tono alegre, dulce o melancólico que dan los jibaros a sus cantares y recitaciones.

En la última edición de "Aromas del Terruño" (1939), hay más rencor contra las corporaciones extranjeras que han despojado al campesino de sus tierras, y explotan su labor:

"Como ninguno frugal,
con ese débil caudal
ágil, alegre y morocho

nuestro jibaro vivía
antes de aquel turbio día
del año noventa y ocho." (1).

¡Y lo que ha venido a ser
en este tiempo tacaño!
¡No es el jibaro de hogaño
ni una sombra del de ayer!

Huérfano de su terrón,
Cuando lo llama el pitirre,
a "La Guánica" o "La Aguirre" (2)
véase a dejar el pulmón.

Y el hambre siempre en su acoso,
enfermo, triste, haraposo
va muriendo lentamente,
en tanto a la bolsa extraña
corre el oro de la caña
con ímpetu de torrente." (3).

Pero, sin duda, lo que más molestó a nuestro suave poeta, es el traspaso de tierra puertorriqueña, a manos extranjeras. Abandona su "tono menor" y grita lleno de patriotismo y cólera a los que venden su terruño:

"No des tu tierra al extraño,
por más que te pague bien,
el que su terruño vende,
vende la patria con él.

Dios el mundo concluido
tiróle un beso al azar;
el beso cayó en el mar,
y es la tierra en que has nacido.

De sus llanos la grandeza
admira la gente extraña.
En ellos canta la caña
la canción de la riqueza.
Como una enorme turquesa
allá el tabacal se extiende.
¡La imaginación se enciende
ante ese cuadro admirable!
¡Qué bajo y qué miserable
el que su terruño vende! (4).

(1) Dávila, Virgilio: "Ayer" en "Aromas del Terruño". (1939). p. 119.

(2) "Corporaciones azucareras de Puerto Rico".

(3) y (4) Dávila, Virgilio: "Hoy" y "No des tu tierra al extraño" en "Aromas del Terruño" (1939). Obra citada, p. 123 y p. 8.

Seguramente perteneció Dávila al "bando liberal", partido político, que durante la soberanía española, luchó por la autonomía de la isla. Aunque, después no parece haber tomado parte muy activa en las filas de las nuevas agrupaciones políticas, se mantuvo fiel a sus principios, y demostró firmeza en sus derechos de ciudadano. Por esto, invocando el nombre de uno de nuestros más grandes patriotas, se encara con los nuevos ricos, que por dinero se convertirán en parias:

"Te lo dijo Matienzo, y no quisiste
oír del prócer el consejo sano,
y poco a poco en extranjera mano
cayendo va la tierra en que naciste.

Si el alma del emulio no resiste
la tentación del oro americano,
en un futuro por de más cercano
llegará un día doloroso y triste.

Llegará el día triste y doloroso
en el que de este suelo primoroso
ni un solo palmo quedará al isleño.

Y cuando tal enormidad suceda,
si nada ya de Borinquen te queda
di: ¿Cuál será tu patria, borinqueño? (1).

Otro aspecto de amor por su isla, y más aún por su pueblito, del que nunca se alejó mucho, es el poema "Nostalgia", que nos hace recordar los bellos cantos de Gautier Benítez, el Bécquer puertorriqueño, al no poder vivir lejos del terruño:

"Tras un futuro mejor
el lar nativo dejé,
y mi tienda levanté
en medio de Nueva York.

Lo que miro en derredor
es un triste panorama,
y mi espíritu reclama
por honda nostalgia herido
el retorno al patrio nido
¡Mamá! Borinquen me llama.

.....
Si escucho aquí una canción
de las que aprendí en mis lares,
o una danza de Tavárez,
Campos, o Dueño Colón, (2)
mi sensible corazón
de amor patrio más se inflama,
y heraldo que fiel proclama
este sentimiento santo,
viene a mis ojos el llanto.....
¡Borinquen es pura flama!

.....
Priva en el jardín la flor,
camina parleró el río.

(1) Dávila Virgilio: "Responde" en "Aromas del Terruño". Obra citada (1939). p. 11.

(2) Músicos y compositores puertorriqueños.

el ave en el bosque umbrío
canta su canto arbitrario,
y aquí..... ¡La nieve es sudario! (1).

El alma noble y generosa de Virgilio Dávila, no sabía de envidias ni rencores, y se llenaba de placer al celebrar las glorias de sus compatriotas, o participando en los triunfos de sus compañeros en letras:

"Pisa la tierra andaluza
en pos de sabiduría,
y "al pie de la Alhambra", un día
besan su frente las musas.
Tal caricia no rehusa,
y con los cantos que ensaya
a la misma altura raya
de los más grandes cantores
el que salió de Collores
en una jaquita baya." (2).

"Patriota y santo, es lo mismo,
patriotismo es religión,
y estos que aquí honramos, son
los santos del patriotismo.

Quien con arrogancia suma
un día tras otro día,
por la patria combatía
con el verbo y con la pluma.

De la gran constelación
de estos eximios varones,
es don Francisco Quiñones
quien hoy llama a la oración.

Paladín sereno y bravo,
a defender se levanta
la causa más noble y santa:
la redención del esclavo". (3)

Su poesía bucólica es exquisita, y quizás única en su especie. Las pastoras son jibaritas reales, con ojos de murta, labios de miel, que huelen a corola de limonero, y tejen hamacas mientras oyen canciones de amor. Para ella, la reina del bohío, el jíbaro trabajador y alegre, con su machete bajo el brazo, ordeñará la vaca, dando al aire la "cantata de sus amores"; labrará la tierra con su sudor, jugará su mejor gallo, y ganará dinero para comprarle botas de seda, zapatitos rosados, zarcillos y collares brillantes que adornen su cuello. Resulta, pues, como nos dice Fernández Juncos:

".....un poeta bucólico a la moderna, sincero y natural, sin pastores convencionales... sino con mozas y mozos campesinos, impresionables, enamoradizos, de charla pintoresca, ac-

(1) A (2) Dávila, Virgilio: "Nostalgia" en "Aromas del Terruño". (Obra citada, 1939), p. 19. "A Luis Llorens en la Noche de su homenaje", p. 33.

(3) Dávila, Virgilio: "Misa Profana" en "Aromas del Terruño". Obra citada 1939), p. 39.

tuando en una campiña riente, perfumada, constantemente florida, arrullada por un mar más azul y rumoso que el Egeo, y bajo un sol maravilloso, de luz de belleza, y de fecundidad". (1).

La naturaleza ocupa sitio preferido en la poesía de don Virgilio. Con su pincel de artista refinado, y su paleta que contenía toda la gama de colores de esta isla tropical, ha pintado lo que ven sus ojos de observador entusiasta, con la intensidad de su corazón de poeta ardoroso. Pero sus acuarelas no pueden confundirse con otras escenas del trópico. Es el panorama que admira desde "su rancho", donde aparece el jibaro, el bohío, y el costumbrismo típico de la región que lo vio nacer, cautivándolo en tal forma, que no tuvo deseos de visitar tierras extrañas, ni escribir sobre otros rincones pintorescos de su patria, como El Yunque, El Guajataca, las lagunas, o las hermosas playas que rodean la isla. Sus paisajes resultan graciosos y sencillos, con admirable belleza de colorido y detalles de miniaturista. A veces, nos parece panteísta, amando todo lo que Dios ha creado. El caballo, la palma real, el amanecer, las montañas, el medio día, la noche, el verano, la luna y el alba, son temas favoritos de su lira; pero es el pequeño pájaro gris, que despierta cantando al sol, el que inspira uno de sus más bellos poemas:

"Leve pagarito de la tierra mía
de plumaje pardo como el ruseñor,
nuncio de la aurora, pombo de alegría,
deja que en mi canto te celebre yo.

Cuando su dorada túnica se viste
el rincón florido donde yo nací
en alegre tornas el ánima triste
que oye desde el lecho tu limpio clarín.

Con las frescas notas de tu cantarito
llamas a los hombres, lírico mucicín,
porque gracias rindan al Sér Infinito
que dictó sus leyes desde el Sinaí.

"¡Pitirre! ¡Pitirre!", insistentemente
una vez y otra suena tu canción,
como si dijeras al hombre indolente:
"¡Ya es hora! ¡Despierta! ¡Corre a tu labor!" (2).

El bohío hubo de sugerirle las más hermosas metáforas. Para este trovador de la tierra, no hay nada más bello que los campos en flor, y desde allí ofrece sus homenajes a las Reinas del Carnaval, a los poetas que nos visitan:

"Poeta... ¡Bien venido!
La campiña ha sabido
de tu llegada; quiere tributarte
el homenaje a tu valer debido,
y me dá la misión de saludarte.
.....

Mas, ¿qué te digo? Si saber anhelas,
como es hermosa la tierra mía,
y que guarda en su seno más poesía.

- (1) Fernández Juncos, Manuel: "Boceto Crítico de Aromas del Terruño". — Tip. Germán Díaz Hno. San Juan, P. R., (1916).
(2) Dávila, Virgilio: "El Pitirre" en "Aromas del Terruño" obra citada (1939) p. 57.

-y más conciencia que todas las escuelas,
vente conmigo por sus verdes campos,
bajo el ala de argento de la luna,
del sol inmenso en los aurinos lampos,
o en el misterio de la noche bruma.

El bohío parece...
¡Ven y verás lo que es nuestro bohío!
Un ave gigantesca y amarilla,
echada al pie del monte, o a la orilla
del río, y que así echada, se adormece
con las canciones que le manda el río.
¡O bien es una cesta
dejada en la mitad de la floresta
y cuando por la tarde o la mañana,
salen a la ventana
las mozas, ostentando su alegría,
sus garbos y primores,
entonces... ¡se diría
que está la cesta derramando flores! (1)

En el tema folklórico que tan ingeniosamente iniciaron Alonso y Fernández Juncos, mostró nuestro poeta, grandes aptitudes, ya que era tan buen observador. Y lejos de parodiar la lengua o el costumbrismo, se identificaba con el ambiente, y expresaba su sentir como interpretando la voz popular:

"Con insolencia a sus vecinos trata,
y acérrimo enemigo del trabajo,
aunque en su perra vida no da un tajo,
anuda siempre en sus pañuelos plata.

Juega al azar, y compra una garata
si la contraría el tallador se trajo,
y con el más gracioso desparpajo
los bailes en el barrio desbarata.

Faja, espadín y pañuelito al cuello
insignias son de su pujante brío;
sin dejar en el campo ni un cabello,

es vencedor en todo desafío:
más le llega su hora, y el resuello
le quita un jibarito escolorio". (2)

Don Virgilio que no se apartó jamás de la vida recta y sana, herencia que le legaron sus antepasados, no veía con buena voluntad las costumbres modernas, y con un poco de sarcasmo, lo expresa en sus coplas:

"Si en la música del cielo
le dan entrada al fox-trot,
aunque mucho lo deploro,
me quedo sin ver a Dios.

(1) Dávila, Virgilio: "Embajada a Villaespesa", en "Aromas del Terruño" (obra citada) 1939, p. 45.

(2) Dávila, Virgilio: "El Caja del Barrio" en "Aromas del Terruño". (Obra citada) 1939, p. 53.

No me gusta que me beses
con ese besar de hielo.
Ve por las noches al cine
y verás lo que son besos!

Déjate de changuerías
y baila con fundamento.
Eso de cara con cara
sólo se estila en el pueblo.

Ni el ministro protestante
el día que tú me quieras,
se ha de quedar en el barrio
sin coger su horrachera". (1)

Ya hemos explicado cómo el campesino puertorriqueño conoce los meses del año por el nombre de fiestas religiosas; las estaciones por la recolección de frutos o flores. También sigue la tradición de las Cabañuelas, observando el clima de los primeros días del año, y deduciendo de ello, los meses en que habrá sol y lluvia, cuáles serán los calurosos o fríos, y la mejor época para la labranza: Esta misma tradición la encontramos en los indios mayas de Yucatán, México, (2). Dávila recoge este costumbrismo en su poesía:

"Mes de agosto, Santa Rosa.
A regar los sembreros
va el jibaro, y placenteros
lo ayudan hijos y esposa". (3)

Agosto reina, mes de los calores.
Estamos en las tierras tropicales,
y hora del medio día.
Como el sol arde en el zenit, dardea
verticalmente la feraz llanura.

Un sudor copiosísimo me baña:
el rancho dejo y tomo la vereda
que ha de llevarme hasta el cercano río.
¡Cómo, esquivando las doradas flechas,
bajo mis pies mi sombra se engurruña! (4)

"Es que llegaron los días,
en que de tiempo lejano
celebra el mundo cristiano
la naldá del Mesía." (5)

Nos dijo, ya este cantor criollo, que no gustaba de la imitación, y prefería su "musa sencilla, humilde y franca"; pero él leía con entusiasmo la nueva poesía de Es-

- (1) Dávila, Virgilio: "Coplas" en "Aromas del Terruño", (Obra citada) 1939, p. 141.
(2) Campos, Rubén, M.: "Tradiciones y Leyendas Mexicanas" en "Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía", Tomo II (Quinta Ejoca): México, 1937, p. 133.
(3) (4) (5) Dávila, Virgilio: "Mes de Agosto", "En Verano", "Diciembre" en "Aromas del Terruño" (1939) p. 95, 127 y 133.

pañe e Hispanoamérica, y los poetas extranjeros que visitaban la isla, amaban la charla amena de don Virgilio. No es de extrañarse, pues, que sus últimos poemas tengan reminiscencias de otro autor, y su expresión poética adquiriese modalidades de ritmo y musicalidad, peculiares a las modernas tendencias:

“¡Qué bonito que está el monte
y que bonita la vega,
que, verde, más que lo verde,
más que lo verde, verdea!”

El dormilón arroyuelo
sorprendido se despierta,
y corre, corre que corre
cantando su cantinela”. (1)

Dos libros más, hay en la obra poética de Dávila: “Patria”, (1903), que es una colección de poesías patrióticas; “A mis Nietos”, (1931) contiene poesías infantiles. No creemos oportuno discutirlos en este estudio, porque no se refieren en nada al tema que nos ocupa.

Quizás haya material en Antologías y Revistas para publicar un quinto libro; pero de todos modos, la producción es demasiado limitada, para intentar una clasificación más seria de sus obras.

Lejos de nuestra mente está el propósito de expresar elogios para este poeta criollo, que no aspiró nunca a ser una figura internacional, ni siquiera se preocupó en ser el primer poeta de su isla. Admitía siempre la sencillez de su vida y de su obra, y no quería más título que ser “el embajador de nuestra campiña”:

“Vengo, pues, a decirte su saludo,
y también a tu noble compañera,
en mi lenguaje rudo,
mas, lleno de una devoción sincera.

Como Luis de León, busqué la senda
que me alejaba del social ruido,
y fui a plantar mi tienda
fuera de la urbe, como el ave el nido.

Mi verso no es el verso que se alía
y del buril al golpe se sujeta,
¡No lo olvides, poeta!
¡Soy el embajador de la campiña!

.....
Ven y celebra bajo el combo cielo
tus bodas con mi tierra peregrina...
¡Ya la novia te espera con su velo
de cándida neblina!

¡Ven a decirle tu pasión de esteta
por su raro esplendor y galanía,
que tú eres el poeta,
y es Borinquen, mi tierra, la Poesía!” (2)

- (1) Dávila, Virgilio: “Nace el Día” en “Aromas del Terruño” (Obra citada) 1939, p. 69, (Influencia del F. García Lorca).
(2) Dávila, Virgilio: “Embajada”. (Poesía citada).

BIBLIOGRAFIA

- Abbad Lasierra, Fray Iñigo: Historia y Geografía Civil y Natural de San Juan Bautista de Puerto Rico. Imp. Acosta, San Juan, P. R. 1886. Cap. XXX:398.
- Abril, Mariano: Sensaciones de un Cronista. Tip. La Democracia, San Juan, P. R. 1903. p. 83 y 209.
- Alegria, José S.: El Jibaro. La Estrella, San Juan, P. R. Abril 8 de 1933.
- Aguayo Vélez, Manuel: La Enseñanza Industrial en las Escuelas Rurales. Índice, San Juan, P. R. Enero 13 de 1930.
- Aguero, J. G.: el Tío Jiribá. Imp. Ratols, Barcelona, 1925. 28 p.
- Alonso, Amado: Problemas de Dialectología Hispanoamericana. Buenos Aires, 1930. p. 110.
- Alonso, Manuel: El Gibaro. Barcelona, 1849. 204 p.
- Asenjo, Federico: Páginas para los Jornaleros de Puerto Rico. Lib. de las Bellas Artes, San Juan, P. R. 1879. 102 p.
- Ashford, Bailey K.: El Azote del Campesino en Libro de Puerto Rico. El Libro Azul Pub. Co. San Juan, P. R. 1923. p. 366.
- Bagué, Jaime: Tipos Idos. El Mundo, San Juan, P. R. Noviembre 6 de 1932.
- : Recuerdos de Ayer. El Mundo, San Juan, P. R. Octubre 4 de 1931.
- Barea, Justo D.: Pontuario Ortográfico y Paremiológico Portorriqueño. Imp. Nigaglióni Hnos. San Germán, P. R. 1902. 181 p.
- Blanco, Antonio N.: El Tiple y El Bohío en Y Muy Sencillo. Standard Printing Works, San Juan, P. R. p. 123 y 148.
- Blanco Fernández, Antonio: Memorias de un Indiano, Imp. Cantero Fernández, San Juan, P. R. 1922. 112 p.
- Blythe, Marion: An Americann Bride. (Life in Porto Rico) Femlengg H. Revel Co. N. Y. 1911. 205 p.
- Bonafoux, Luis: El Capitalista en Autores Americanos. V. H. Sanz Calleja. Madrid. ¿fecha? p.
- Brau, Salvador: Las Clases Jornaleras de Puerto Rico. Imp. El Boletín Mercantil, San Juan, P. R. 1882. 886 p.
- : Puerto Rico y su Historia. Imp. F. Vives Mora. Valencia, 1894. 404 p.
- : La Campesina. Imp. González Font. San Juan, P. R. 1886. 54 p.
- : Puerto Rico en Sevilla. Conferencia en el Ateneo de Puerto Rico. 1896. 31 p.
- Brookings Institution: Viviendas Rurales. El Mundo, San Juan, P. R. Junio 2 de 1930.
- Cadilla de Martínez, María: La Poesía Popular en Puerto Rico. Cuenca, Imp. Moderna. Madrid. 1933 3666 p.
- Callejo Ferrer, F.: Música Regional en Música y Músicos Portorriqueños. Tip. Cantero Fernández. San Juan, P. R. 1915. 316 p.

La naturaleza de esta investigación no nos permite dar algunos datos biográficos de la vida interesante del cantor puertorriqueño, que acaba de dejarnos para continuar su vida apacible y serena en la eternidad. Supo el poeta que su terruño lo amaba intensamente, y que los hijos del jíbaro recitarán sus versos y cantarán sus coplas mientras observan el atardecer de la montaña, en el batey, junto al bohío.

Creemos, como Emilio S. Belaval, que el valor en la obra poética de este autor, consiste en que supo situarse en su medio y en su época, para cantar el paisaje y las costumbres de Puerto Rico, sin cansarnos con chascarrillos, discusiones sociológicas o prédicas del proletariado:

"En el estudio de una época literaria es cuando más resalta esta cantidad de poesía inútil que pulula por la obra de un poeta... Con Virgilio no nos pasará esto; el poeta está cómodamente situado dentro de su medio; más aún, forma con dos literatos más de su tiempo, con Miguel Meléndez Muñoz y con Matías González García, una sólida trilogía de nuestro tema criollo... Se puede decir, que dentro de todos los problemas peculiares que diferencian a una generación de otra... los tres constituyen, para felicidad nuestra, una espléndida época de transición.

La generación de la ante-guerra (1898-1918), es responsable de un serio error de perspectiva literaria: haber tratado de luchar contra una posible invasión de la cultura norteamericana, con un nuevo afianzamiento de Puerto Rico a la cultura española. La temática fundamental son los tres temas fatales: idioma, raza religión — ni aún nuestro Lloréns Torres, el más inmenso poeta de nuestro antillanismo de esa época — pudo librarse de la tentación, y es una generación no sólo divorciada de la realidad puertorriqueña, sino más aún, de la realidad hispano continental nuestra. Es una generación que trata desesperadamente de asirse a la cultura española, aún a manera más tradicional que la que existía en la propia España. Son nuestros últimos incondicionales.

Virgilio Dávila, galeote de nuestro tema criollo, bogando en la barca desvencijada de nuestra medrosa personalidad naciente, es una excepción tan decorosa, que para guardar su composición de lugar, se queda rezagado, sin gloria, sin más asidero que un presentimiento". (1)

—oOo—

(1) Belaval, Emilio S.: "Crítica Mínima". (Trabajo citado).

Carreras, Carlos N.: (Compilador) Florilegio de Cuentos Puertorriqueños. Imp. de Puerto Rico Ilustrado. San Juan, P. R. 1924. 316 p.

Cestero, Ferdinand: Drama Pastoral, Puerto Rico Ilustrado. San Juan, P. R. Septiembre 9 de 1931.

Chavier, Augusto: Desarrollo y Evolución del Arte Musical en Puerto Rico en Libro de Puerto Rico. Libro Azul Publishing Co. San Juan, P. R. 1923. p. 776.

Coll y Toste, Cayetano: Estado de la Colonización Española en la Isla a fines del Siglo XVI. Boletín Histórico de Puerto Rico. Vol. XII:71.

-----: El Arborear de la Literatura Puertorriqueña. Boletín Histórico de Puerto Rico. 1926. Vol. 13:333.

-----: La Cogida de Café. Almanaque Asenjo. San Juan, P. R. 1917. p. 85.

-----: La Raja de Leña. Boletín Histórico de Puerto Rico. Vol. XI:124. 1924.

-----: Leyendas Puertorriqueñas. Casa Murcia. Barcelona. 1929. 2 Vols. 264, 268 p.

-----: Mestizaje de la Raza Blanca, India y Negra. Boletín Histórico de Puerto Rico. 1924. Vol. XI:289.

-----: ORIGEN ETNOLOGICO del Campesino Puertorriqueño. Boletín Histórico de Puerto Rico. Vol. II:127.

Coll y Toste, Cayetano: Por qué el Jibaro es Arisco. Boletín Histórico de Puerto Rico. Vol. II:159.

-----: Prehistoria de Puerto Rico. Imp. El Boletín Mercantil, San Juan, P. R. 1907. 298 p.

Cuevas, Zequeira, Rafael: Balada de los Niños Tristes. Los Quijotes. San Juan, P. R. Enero 2 de 1926.

Daubón, José A.: La Fiesta de Cruz en Cosas de Puerto Rico. Tip. Boletín Mercantil, San Juan, P. R. 1905. p. 60.

Dávila, Virgilio: Aromas del Terruño. Tip. Moreno. Bayamón, P. R. 1916. 120 p.

-----: Pueblito de Antes. Imp. Cantero Fernández, San Juan, P. R. 1917. 65 p.

-----: La Canción del Pálido en Parnaso Puertorriqueño. Ed. Maucci. Barcelona. 1920 p. 232.

Degetau, Federico: En el Fondo del Aljibe en Cuentos Pedagógicos, y Literarios. Ed. Puerto Rico Ilustrado. San Juan, P. R. 1925. p. 15.

Dinwiddie, W.: The Peasants of Porto Rico. Harpers Weekly, N. Y. April 20, 1899. Vol. 43:234.

Domínguez, José: Los Gíbaros en Escritos sobre Puerto Rico por J. González-Font. 1913. p. 138.

Espina, Rafaela: Description of Community Barrio. Summer School Review, University of P. R. July 13, 1931.

Esteves, José de J.: El Bohío en Arbor Day en P. R. Bur. Sup. Prtg. San Juan, P. R. 1911. p. 40.

Fernández Juncos, Manuel: Artes y Letras-Décima Jibara en Libro Azul de Puerto Rico. El Libro Azul Publishing Co. San Juan, P. R. 1923, p. 756.

-----: Cuentos y Narraciones. Tip. Venezuela. San Juan, P. R. 1926. 213 p.
-----: Costumbres y Tradiciones. Imp. Bellas Letras. San Juan, P. R. 1883.
132 p.

-----: Tipos y Caracteres. Bib. El Buscapié. San Juan, P. R. 1882. 183 p.
-----: El Jibaro en Varias Cosas. Imp. Las Bellas Letras. San Juan, P. R.
1884. 232 p.

Fernós Isern, Antonio: La Salud del Campesino Puertorriqueño. Índice, San Juan, P. R. 13 de enero de 1930.

-----: Por Nuestros Campesinos. Puerto Rico Ilustrado. San Juan, P. R. Febrero 1o. de 1919.

Fewkes, J. Walters: The Aborigenes of Porto Rico. Gov. Prtg. Office. Washington, 1907. p. 17-20.

Fleagle, Fred K.: Social Problems in Porto Rico. D. C. Heath & Co. N. Y. 1917. 137 p.

Fortuño Sellés, R.: El Tiple de Compay Cache. El Mundo. San Juan, P. R. 28 de enero de 1934.

Gandía Córdova, Ramón: Organización Rural de Puerto Rico. Neg. de Materiales. San Juan., P. R. 1922. 304 p.

Gil de Lamadrid, Joaquín: Las Tragedias del Bohío en Vendimia Interior. Imp. The Globe Publishing Co. San Juan, P. R. 1925. p. 21.

González García, Matías: La Primera Cría. Tip. de Arturo Córdova. San Juan, P. R. 1893 77 p.

-----: Ernesto. Folletín de El Buscapié. San Juan, P. R. 1893. 101 p.

-----: El Tesoro del Ausubal. Imp. Borinquen. Caguas, P. R. 1913. 206 p.

-----: Cosas de Antaño y Ogaño. Tip. R. Morel Campos. Caguas, P. R. 1922. Vol. I:260. Vol. II:234.

-----: Carmela. Ed. de Puerto Rico Ilustrado. San Juan P. R. 1925. 149 p.

Hill, Robert C.: The People en Cuba and Porto Rico. The Century Publishing Co. N. Y. 1909. Cap. XVIII:165.

Enríquez Ureña: Observaciones sobre el Español en América. Revista de Filología Española. 1921. Vol. XII:357.

Huyke, Juan B.: La Maestra de Jácana. Neg. Mat. Imp. San Juan, P. R. 1924. 32 p.

-----: El Batey. Neg. Mat. Imp. San Juan, P. R. 1925. 42 p.

-----: Cuentos de Puerto Rico. Rand Mc Nally, Chicago. 1926. 276 p.

-----: Un Romance en el Campo. El Mundo, San Juan, P. R. 15 de noviembre de 1931.

Huyke, Juan B.: El Jibaro. El Mundo, San Juan, P. R. Agosto 10 de 1931.

Infiesta, Alejandro: El Velorio de Oller en la Exposición de Puerto Rico. Boletín Mercantil, San Juan, P. R. 1895. p. 95.

Jiménez, Francisco U.: La Jibarita. Puerto Rico Ilustrado. San Juan, P. R. Julio 3 de 1920.

- Laguerre, Enrique: Dos Novelas de Zeno Gandia. El Mundo, San Juan, P. R. Octubre 23 de 1932.
- Juliá Marín, R.: La Gleba. Tip. Real Hnos. San Juan, P. R. 1912. 135 páginas.
- Lefebvre, Ernieque: La Riña de Gallos en Paisajes Mentales. Tip. Cantero Fernández. San Juan, P. R. 1918 p. 99.
- Ledru, André Pierre: Viaje a la Isla de Puerto Rico en el año 1797. Imp. Militar de J. González, San Juan P. R. 1863. Cap. VII.
- Lloréns Torres, Luis: Campesina Criolla en Antología Completa de Poetas Puertorriqueños. Ed. Puerto Rico Ilustrado, San Juan, P. R. 1922. Tomo II:131.
- Malaret, Augusto: Diccionario de Provincialismos. Imp. Cantero Fernández. San Juan, P. R. 1917. 151 p.
- _____ : Diccionario de Americanismos. Ed. Rafael Carrero. Mayaguez, P. R. 1925. 641 p.
- _____ : ¿Por qué llamamos jíbaros a nuestros campesinos? El Mundo, San Juan, P. R. Enero 23 de 1932.
- _____ : El Lenguaje del Jíbaro. El Mundo, San Juan, P. R. Enero 31 de 1932.
- _____ : Un Puñado de Provincialismos. El Mundo. Febrero 14 de 1932.
- Martínez, M. E.: El Hombre de la Epoca. Ponce, P. R. 1921. 156 p.
- Martínez Alvarez, Rafael: Don Catí. Imp. Venezuela. San Juan, P. R. 1923. 284 p.
- Mason, J. A.: Porto Rican Folklore. Journal of American Folklore, N. Y. Edited by Aurelio M. Espinosa. Vol. 37:334.
- Meléndez, Concha: El Llamado de la Montaña. El Mundo, San Juan, P. R. Septiembre 10. de 1935.
- Meléndez Muñoz, Miguel: El Picapleitos. Puerto Rico Ilustrado, San Juan, P. R. Junio 8 de 1912.
- _____ : Yuyo. Imp. El Boletín Mercantil, San Juan, P. R. 1913. 171 p.
- Meléndez Muñoz, Miguel: Tristeza Campesina. Puerto Rico Ilustrado. San Juan, P. R. 15 de abril de 1916.
- _____ : Estado Social del Campesino Puertorriqueño. Imp. Cantero Fernández. San Juan, P. R. 1916. 124 p.
- _____ : Una Tradición que se Pierde. Puerto Rico Ilustrado, San Juan, P. R. febrero 19 de 1915.
- _____ : La Alimentación del Campesino. Puerto Rico Ilustrado, San Juan, P. R. Mayo 19 de 1915.
- _____ : Dentro del Bohío. Puerto Rico Ilustrado, San Juan, P. R. Julio 5 de 1919.
- _____ : La Vivienda Campesina. Almanaque Puertorriqueño. San Juan, P. R. 1915. p. 115.
- _____ : Lecturas Puertorriqueñas. Tip. Real Hnos. San Juan, P. R. 1919 208 p.
- _____ : La Miseria y el Carácter de Nuestro Pueblo. Puerto Rico Ilustrado, San Juan, P. R. Octubre 19 de 1918.

- Meléndez Muñoz, Miguel: Apuntes sobre la psicología de nuestro pueblo. Puerto Rico Ilustrado, San Juan, P. R. Noviembre 11 de 1932.
- : Un Tercero en Discordia. Puerto Rico Ilustrado. San Juan, P. R. Agosto 17 de 1912.
- : El Velorio. Puerto Rico Ilustrado. San Juan, P. R. 22 de junio de 1912.
- : La Pequeña Propiedad en el Desarrollo Agrario de Puerto Rico. Libro de Puerto Rico. Libro Azul Publishing Co. San Juan, P. R. 1923. p. 723.
- : Lucha Religiosa y la Familia, el Matrimonio y la Religión. Indice, San Juan, P. R. Enero 13 de 1930.
- : Los Señores, la Tierra y el Pueblo. Puerto Rico Ilustrado, San Juan, P. R. Junio 24 de 1916.
- Méndez Quiñones, Ramón: Jibaros Progresistas. Imp. El Propagador. Mayaguez, P. R. 1882. 30 p.
- : Un Jibaro. Imp. Martín Fernández. Mayaguez, P. R. 1881. 24 p.
- Mixer, Knowlton: Porto Rico --History and Conditios Social, Economic and Political. Mac Millan, N. Y. 1926. 329 p.
- Morales Cabrera, Pablo: Cuentos Populares. Tip. El Progreso. Bayamón, P. R. 1914. 193p.
- : El Jibaro en Misceláneas Históricas. La Correspondencia, San Juan, P. R. 1924. p. 51.
- Navarrete, Agustín: Origen de la Población de P. R. en Conferencias Dominicales. San Juan, P. R. Vol. II:1913.
- Navarro Tomás, T.: Lingüística Puertorriqueña. Indice, San Juan, P. R. 13 de enero de 1930.
- Núñez y Domínguez, J.: La Novela Contemporánea de Hispanoamérica. México D. F. 1944. 7 p.
- Padín, José: El Jibaro y la Escuela. Indice, San Juan, P. R. 13 de enero de 1930.
- Paniagua y Oller, Angel: Bosquejo Etnológico Social. El Libro de Puerto Rico. El Libro azul Publishing Co. San Juan, P. R. 1923. p. 88.
- Pedreira, Antonio S.: Apreciaciones del Cuentista. Indice, San Juan, P. R. Enero 13 de 1930.
- : Insularismo. Tip. Artística, Madrid. 1934. 237 p.
- Peñaranda, Carlos: Cartas Puertorriqueñas. Imp. Rivadeneyra. Madrid. 1885. 193 p.
- Pubill, Félix: Puerto Rico, su Progreso y su Miseria. Tip. El Día. Ponce, P. R. 1916 129 p.
- Quiñones, Samuel: Nuestros Novelistas de la Tierra. Indice, San Juan, P. R. Marzo 13 de 1930.
- Ramírez de Arellano, Rafael: La Jurga y Adivinanzas en Folklore Puertorriqueño. Madrid. 1926. p. 137, 272.
- Real, Matías: La Campesina. Puerto Rico Ilustrado, San Juan, P. R. 27 de julio de 1912.
- Real Cristóbal: Crítica de Yuyo. Puerto Rico Ilustrado, San Juan, P. R. 4 de abril de 1914.
- Ribera Chevremont, Evaristo: Sonetos Regionales. El Mundo, San Juan, P. R. Marzo 12 de 1932.

Ribera Chevrement, Evaristo: El Valle del Toa. El Mundo. San Juan, P. R. 20 de septiembre de 1931.

-----: La Noche y el Bohío. Puerto Rico Ilustrado. San Juan, P. R. 10 de marzo de 1932.

Robinson, A. G. The Porto Rico of To-day. Charles Scribners Sons, N. Y. 1899. 240 p.

Roosevelt, Theodore: Porto Rico has a Future. Review of Reviews, N. Y. August 1930. p. 50-54.

Rosario, José C.: The Porto Rican Peasant in Porto Rico and its Problems by Clark. Brookings Institution. Washington, D. C. 1930. p. 380.

-----: Historical Development of the Jbaro of Puerto Rico. (Tesis para el grado de Master) Universidad de Chicago, 1932.

Ruiz Arnau, Ramón: Desarrollo Etnico Social del Pueblo Puertorriqueño en el Cuarto Centenario de la Colonización Cristiana de Puerto Rico. San Juan, P. R. 1908. p. 99-105.

Salaverria, José María: Martín Fierro y el Criollismo Español en El Poema de la Pampa. Ed. Caleja, Madrid. 1918. p. 29.

Sierra Berdecia, E.: Tiempo Muerto. San Juan, P. R. 1942. 50 p.

Stahl, Agustín: La Religión de los Indios Borinqueños en Revista Puertorriqueña, San Juan, P. R. 1887. Vol. I:423.

Tapia y Rivera, Alejandro: La Cruz del Maestro Perico en Mis Memo. De Laisne & Rossboro Inc. 1928. p. 54.

Timothée, Pedro C.: La Acera de en Frente en Cuentos Populares. San Juan, P. R. 1917. 196 p.

-----: Celos Campestres. El Mundo, San Juan, P. R. Septiembre 18 de 1930.

Tizol, José de J.: El Malestar Económico de Puerto Rico. Tip. La Correspondencia de Puerto Rico. 1922. 142 p.

Valero, Mercedes: La Casa de Campo en Arbor Day in Puerto Rico. Bur. Sup. Prtg. San Juan, P. R. 1911, p. 36.

Van' Deussen, Elizabeth: Stories of Porto Rico. Silver Burdett Co. N. Y. 1926. 240 p.

Valle Atilas, Francisco, del: El Campesino Puertorriqueño. Revista Puertorriqueña. Imp. González Font. San Juan, P. R. 1887. Vol. I-I.

Zeno, Francisco M.: Cuestiones Sociales. Tip. La Correspondencia. San Juan, P. R. 1922. 153 p.

-----: El Obrero Agrícola en los Campos. Libro de Puerto Rico. El Libro Azul Publishing Co. San Juan, P. R. 1923. p. 736.

Zeno Gandía, Manuel: El Negocio. Imp. Powers, N. Y. 1922. 360 p.

-----: La Charca. Ed. Campos. San Juan, P. R. 1930. 237 p.

INDICE

Introducción	3
Capítulo I.—Origen del Vocablo Jíbaro.....	5
Capítulo II.—Etnología	10
Capítulo III.—El Idioma del Jíbaro.....	14
Capítulo IV.—Estado Social.....	22
Capítulo V.—Psicología	30
Capítulo VI.—Cultura	42
Capítulo VII.—Tradiciones y Costumbres.....	53
Capítulo VIII.—Tipos Campesinos.....	65
Capítulo IX.—El Bohío.....	75
Capítulo X.—Principales Autores de la Literatura Regional.....	80
Capítulo XI.—Virgilio Dávila. Poeta Criollo.....	91
Bibliografía	104



FE DE ERRATAS

Página	Renglón	Dice:	Debe decir:
5	7	Ababd	Abbad
6	22	inelt	inculto
6	32	qu	que
7	1	antila	antilla
11	19	ms	más
14	22	tomás	Tomás
15	20	Hartzenbuch	Hartzenbusch
16	25	mjs	más
17	18	homóplatos	omoplatos
24	3	parentezco	parentesco
25	26	formaildá	formalidadá
25	28	al	la
35	12	cinats	cintas
37	10	bohía	bohío
45	19	Dominaca	Dominica
45	31	celebran	celebran
46	6	biales	bailes
46	32	celebración	celebran
47	46	Arellano	Arellano
54	9	empinaban	empinaban
58	29	melancóliso	melancólico
59	20, 32	transeúnte	transeunte
61	14	presentab.	presentaba
64	15	lamenatn	lamentan
67	16	la	al
68	11	afianzadas	afianzada
68	31	de genio, alegre	de genio alegre.
70	37	aguzza	agudeza
71	33	golpen	golpean.
72	14	porque el	porque el que

71	34	que enjabonando	que van enjabonando
75	7	la de las	de las
76	1	compuesto	compuesta
77	8	agrdble	agradable
78	1	nacene	nacen
78	3	de esta	da esta
78	15	zizaguea	zigzaguea
81	24	a una tan	a una gente tan
85	10	ueno	Zeno
85	27	campesnias	campesinas
88	24	Eutacio	Eustacio
91	23	una asalariado	un asalariado
92	37	naraja	naranja
93	22	en santiamén	en un santiamén
94	34	prety	pretty
94	36	ons	nos
97	23	Gautier	Gautier
99	34	ali	allí
100	19	iniciaron	iniciaron
104	36	3666 p.	366 p.
105	36	Escritos	Escritos
107	20	Porto Rican	Porto Rican
108	16	Conditios	Conditions
109	11	Naster	Master
109	15	Caleja	Calleja

Omisión en Bibliografía:

Laguerre, Enrique A.: La Lllamarada. Imp. Venezuela, San Juan, P. R.
1933. 379 p. (Tres ediciones).

_____ : Solar Montoya. Imp. Venezuela, San Juan, P. R.
1941. 351 p.